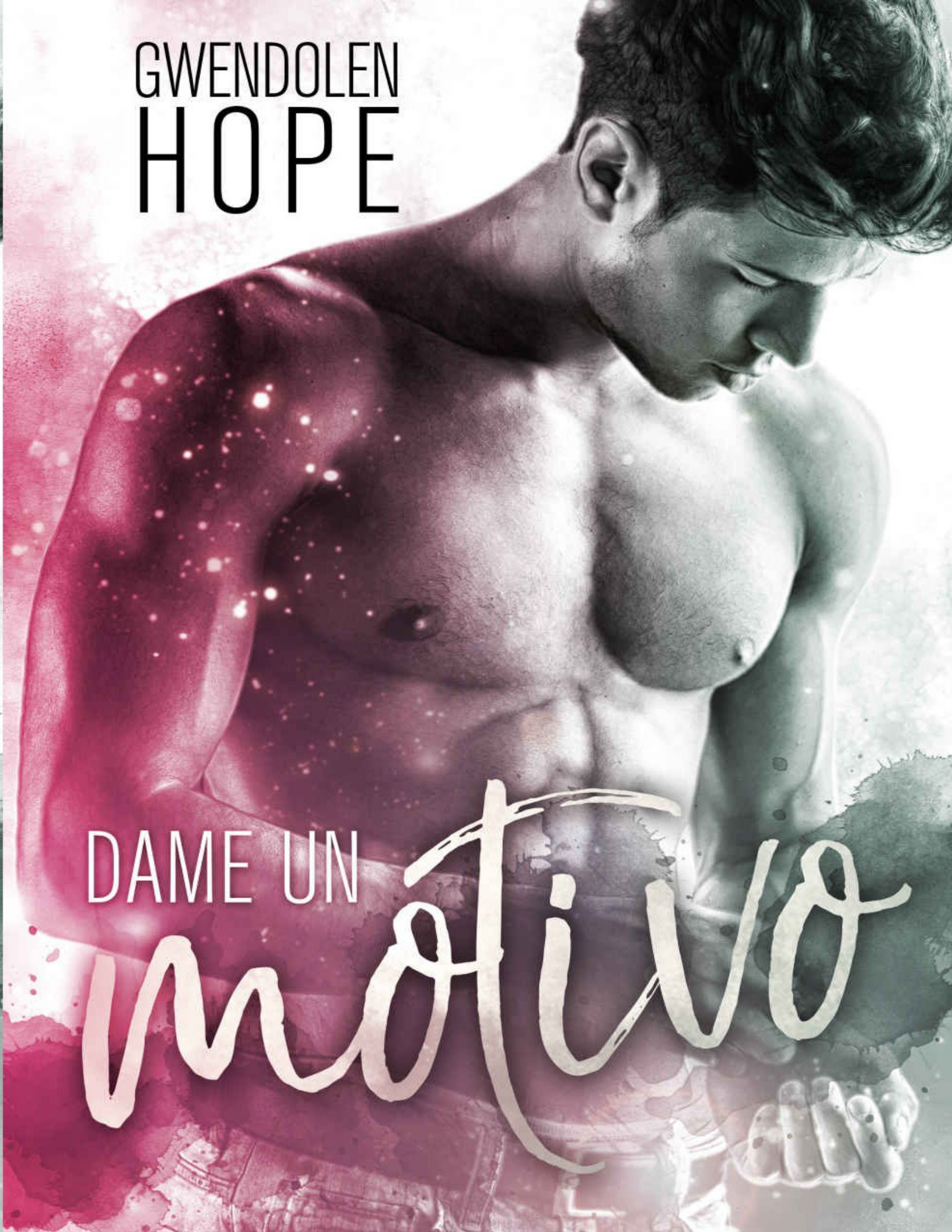


GWENDOLEN
HOPE

DAME UN

motivivo



DAME UN MOTIVO

GWENDOLEN HOPE

Copyright © 2019 Gwendolen Hope

Traducción: Tra Parole

All rights reserved.

Independently published

Dale a cada día la posibilidad de convertirse en el mejor día de tu vida.

(Mark Twain)

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, utilizada o transmitida sin la autorización del autor.

El contenido de esta novela es fruto de la imaginación, cualquier referencia a sucesos, cosas o personas, vivas o muertas, debe ser considerado puramente casual.

Portada elaborada por Catnip Design - Be Sophisticated © |

www.catnipdesign.it

Procesamiento de imágenes © bigstockphoto.com

Sumario

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Omaha – Nebraska Victoria

Mi padre estaba emocionado, incluso me atrevería a decir eufórico.

Pocas veces lo había visto en ese estado ya que, a decir verdad, no había mucho que pudiera despertar su interés o su sorpresa. Parecía insensible a toda forma de sentimiento o emoción, absolutamente impermeable a cualquier estado de ánimo diferente a la imperturbabilidad. Pero no esa mañana. Esa mañana se lo veía acelerado, como si hubiera sucedido algo verdaderamente especial y emocionante.

Estábamos en el último piso de la torre Sanders, el edificio que llevaba el nombre de nuestra familia y que dominaba el centro de Omaha. Desde ese rascacielos se habían tomado decisiones que habían marcado nuestro destino y, sobre todo, que habían generado dinero, mucho dinero.

Era una jornada fría pero no en nuestras oficinas. En el interior de la torre Sanders la temperatura estaba regulada de modo tal que los hombres pudieran llevar sus trajes de lana italiana peinada y las mujeres sus vestidos ajustados y largos hasta la rodilla. Incluida yo. Adoraba abrir el armario cada mañana y escoger qué vestir en base a mi estado de ánimo.

El ánimo de mi padre estaba por las nubes.

Mi hermano Jackson y yo habíamos sido convocados a su oficina y Tally, su secretaria, nos había anticipado que se encontraba entusiasmado y que también ella estaba sorprendida. A sus órdenes desde hacía más de veinte años, la mayor emoción que había dejado traslucir en su presencia era el disgusto por un café excesivamente caliente o demasiado frío.

Encontré a Jackson sentado en el sillón y a mi padre dándole la espalda y mirando a través del amplio ventanal, como en las mejores películas.

Jackson estaba impecable, igual que siempre. Lo que llevaba puesto valía cuatro semanas de salario de Tally y él tenía armarios repletos. Por otra parte, era lo que correspondía: Jackson trabajaba en las industrias Sanders dándolo todo de sí. Se especializaba en las contrataciones y era un negociador formidable. También yo hacía lo mío en otro sector, me ocupaba esencialmente de los recursos humanos de la compañía. Éramos los reyes del maíz en Nebraska: siembra, cosecha, procesamiento y venta. En todo el estado no teníamos competencia: gracias a nuestros capitales y a nuestra agresividad en el mercado, la habíamos derrotado por completo hacía ya mucho tiempo.

—Aquí estás hermana, te estábamos esperando.

Al escuchar el saludo de Jackson, mi padre se volteó y tuve la confirmación de lo que me había anticipado su secretaria. Su abundante cabello blanco se encontraba parado en todas las direcciones y sus ojos se hallaban inyectados por la agitación.

—Ah, bien Victoria, finalmente has llegado. ¡Siéntate!

Obedecí. No sentía preocupación sino más bien curiosidad. Estaba especialmente ansiosa por conocer el motivo de esa convocatoria. —¿Qué sucede papá?

—Myers —respondió como si esa fuera la llave de todo. Y tras ese apellido un silencio

sepulcral cayó sobre la habitación.

No. ¡Otra vez!

Me contuve para no resoplar y sabía que Jackson estaba haciendo lo mismo. Lo espí con el rabillo del ojo y reconocí su expresión exasperada.

Isaac Myers se había convertido en la obsesión de mi padre hacía muchos años y probablemente lo sería para toda su vida.

—¿Finalmente ha cedido? —preguntó mi hermano con voz aburrida. Sabía exactamente a qué se refería. Isaac Myers y ese maldito terreno suyo eran la cruz más grande de mi padre desde que tenía memoria.

Yo había comenzado a trabajar para la empresa familiar inmediatamente después de graduarme y en ese entonces él no hacía más que hablarme del viejo Isaac y de cuánto hubiera querido pasar por sobre su cadáver con tal de tener su terreno. El terreno. Siempre ese maldito terreno. Llanura de los Robles, se llamaba, y sería su obsesión hasta que llegara la hora de su muerte.

Isaac Myers era el propietario. Se trataba de una considerable parcela de tierra en el campo de Nebraska y mi padre simplemente la quería. No sabía por qué había hecho de ello una razón para vivir, pero parecía que el único propósito con el que se levantaba cada mañana y afrontaba sus días, era convencer a Isaac Myers de que le vendiera Llanura de los Robles a él.

Vender hubiera sido la opción más obvia para cualquiera que tuviera una pizca de sentido común. Mi padre pagaría generosamente por esas tierras, de seguro mucho más que su valor real en el mercado, y finalmente su alma encontraría la paz.

Otro detalle, que en mi opinión era una cuestión fundamental: con esa adquisición se reagruparía el área de producción. De hecho, la exigencia nacía de la localización geográfica de ese terreno. Si se miraba desde lo alto el mapa de la zona, parecía más o menos un puzzle de las mismas dimensiones que un cuaderno, cuyo cuadrado central sería de un color diferente. Ese era el terreno de Myers, Llanura de los Robles.

—¿Qué ha hecho esta vez? ¿El viejo Myers ha decidido vender?

—Murió —respondió triunfante mi padre.

El silencio volvió a caer en la habitación. Espí una vez más a Jackson: ese aire somnoliento había desaparecido por completo de su cara y parecía más despierto que nunca.

No conocía personalmente a Isaac Myers pero sabía que tenía más o menos la edad de mi padre. Es decir, podría haber vivido perfectamente unos cuantos años más. Y, sin embargo no, había muerto.

—¿Y entonces? —Lo presionó mi hermano.

—Entonces no tendré que vérmelas más con él —sonrió mi padre. Era el retrato de la satisfacción, parecía el gato que acababa de atrapar a un ratón y se encontraba listo para saborearlo lentamente. Tenía la típica expresión de quien está por darle la estocada final a su adversario.

—Y sino es con él, ¿con quién?

Por supuesto, era una buena noticia. Tal vez su viuda se dejaría convencer más fácilmente, quizá no tenía la más mínima intención de manejar una parcela destinada al cultivo intensivo de maíz como hacía su marido, aunque solo fuera para fastidiar a mi padre.

—Con sus herederos. Me parece que tiene hijos varones, pero no importa. Lo importante es que él ha muerto.

Claro que, dicho de ese modo, no parecía una consideración muy misericordiosa, pero así era

él: mi padre era el tipo que siempre había puesto los negocios delante de todo, incluso de la familia. Y continuaría haciéndolo.

Era el precio a pagar por tener a cambio holgura y lujos, todas comodidades que a mi hermano y a mi nunca nos habían faltado en la vida. Ni cuando nuestro padre se ocupaba de proporcionárnoslas en forma directa, ni cuando habíamos comenzado a trabajar en la empresa de la familia.

—Bien, diría que es una buena noticia —admitió mi hermano mirando a su alrededor.

Mi padre se sentó y unió las manos, como si estuviera orando.

Yo sabía que no era momento de bajar la guardia, estaba por llegar algo inesperado y debía estar lista. Si había una lección que había aprendido, precisamente en la familia, era que nunca se podía confiar al cien por cien en nadie. Ni siquiera en el círculo más cercano.

—Sabéis cuán importante ha sido siempre este terreno para mí.

Lo sabíamos y cómo. Para él se había vuelto una especie de obsesión, su idea fija y la certeza de que con todo su dinero no podía comprar la voluntad férrea de un hombre, prácticamente lo había hecho enloquecer.

—Es por este motivo que os confío a ambos la tarea de traer a casa el resultado.

Hizo una pausa estudiada y luego asestó el disparo final.

—Quien logre adquirir el terreno de Isaac Myers...

Dejó en suspenso la frase y obtuvo exactamente el resultado que esperaba. A mi pesar, colgaba de sus labios. Siempre había sido así y lo mismo valía también para Jackson, lo sabía. Nuestra vida siempre había estado plagada de desafíos y pruebas entre mi hermano y yo. Para mi padre todo había sido siempre una competencia y continuaba siéndolo.

—...tendrá el mando de mi empresa. Se convertirá en CEO de la Sanders Corporation.

Sus palabras hicieron que la habitación se sumiera en el silencio.

Jackson se recuperó antes que yo de la impactante noticia.

—¡No puedes dejar la empresa! —dejó escapar con tono lastimero. Lo miré. Qué hipócrita. No veía la hora de sentarse en el sillón de nuestro padre, de poner la placa de bronce con su nombre en la puerta y de repartirle órdenes a Tally y a cualquiera que estuviera debajo de él, es decir, a todos. Y yo quería exactamente lo mismo, excepto maltratar a Tally.

—Hay un tiempo para todo, hijo mío. Me ocuparé de otra cosa.

La adrenalina comenzó a circular dentro de mí sin control.

Era una oportunidad que no podía dejar escapar. El mando, el control, el poder. Todo estaba tan terriblemente al alcance de la mano. Solo debería estirar el brazo y tomarlo. Con el rabillo del ojo miré a Jackson. Sabía que estaba haciendo exactamente el mismo razonamiento que yo. Excepto que en mi lógica femenina estaba segura de ser mucho más inteligente que él. Solo ese era ya un motivo válido por el cual la empresa de la familia debería pasar a mis manos. Si le tocara a Jackson todo se iría por el caño en el curso de pocos años. Se rodeaba de las personas equivocadas, tomaba decisiones erróneas envuelto solo en una ambición que se lo comía vivo.

—Eso es lo que he decidido y estoy firmemente convencido de que es la elección correcta.

No me dejaría embaucar tan fácilmente. Mi padre era peligroso como un lobo, astuto como un zorro y feroz como un león.

—Deberá ser una competencia leal —dije e inmediatamente después me arrepentí. Mi padre y mi hermano estaban hechos de la misma pasta, con la única diferencia que mi padre era mucho más inteligente y mi hermano mucho más joven. Yo había heredado su astucia pero también el buen corazón de mi madre, que no me permitía ser tan inescrupulosa como hubiera querido y, de seguro,

no tanto como podía serlo Jackson.

—Cada uno actuará como prefiera. No me importa si colaboráis o si os obstaculizáis entre vosotros, lo importante es el resultado. Recordad lo que está en juego.

Miré a mi padre a los ojos y supe que no estaba bromeando, verdaderamente estaba en juego nuestra empresa. Lo único que no entendía era por qué no tomaba él mismo esa gran oportunidad. La había buscado toda la vida, la había perseguido, deseado y, finalmente ahora, que estaba en sus posibilidades tomarla, había decidido cedernos el paso a nosotros, sus hijos. ¿Qué era más importante para él que acaparar la Llanura de los Robles? Evidentemente el deseo de vernos combatir uno contra otro, competir, era más fuerte que cualquier otra ambición. Miré a mi hermano y supe que nunca podría ganar en igualdad de condiciones. Para vencerlo debería hacer trampa porque él, la mayor parte de las veces, jugaba sucio.

Pero estaba dispuesta a todo y lo haría.

Capítulo 2

Victoria

La habitación que había destinado a un estudio en la casa de huéspedes respondía en todo a mis deseos. En primer lugar, se encontraba en casa de mi padre, una especie de apéndice de la construcción en la que siempre había vivido mi familia, una residencia de lujo en las afueras de la ciudad.

No es que yo particularmente quisiera quedarme en la villa Sanders, pero todo era parte del mismo paquete de confort. Tenía una entrada independiente y prácticamente estaba siempre sola; mi padre pasaba el día en el trabajo, mi hermano se dedicaba a perder el tiempo como el mujeriego de primera categoría que era.

En años anteriores no habíamos compartido nunca nada de todo lo que nos hubiera convertido una verdadera familia: casi nunca habíamos comido juntos, nunca nos habíamos reunido a ver la televisión. Éramos tres personas distintas que tenían el mismo apellido y que vivían bajo el mismo techo. Un techo lujoso y lleno de comodidades en la capital de Omaha. Pero nada más. Por lo tanto, mi mudanza a la casa de huéspedes no había ocasionado ningún cambio a nuestro estilo de vida.

Cuando mi madre vivía era diferente. Si bien llevábamos vidas separadas, ella exigía que compartiéramos momentos y siempre lograba conseguir su objetivo. Muerta mi madre, había desaparecido el sutil e invisible hilo que mantenía unida a la familia Sanders. Pero nos habíamos habituado también a eso, al fin y al cabo, era posible acostumbrarse prácticamente a todo.

Cloe levantó la cabeza del ordenador.

—Aquí no hay nada sobre ellos.

Cloe era mi amiga desde siempre, desde que tenía memoria, y era la única que podía permitirse contradecirme impunemente. Nadie lo hacía, todos en el trabajo me trataban con el respeto que se debe al jefe; pero Cloe, que con mi trabajo no tenía nada que ver, me trataba como la mejor de las amigas. Y sobre todo, era la persona más diferente a mí que conocía.

Estábamos buscando información sobre los hijos de Sanders. Había decidido planificar mi misión y para hacerlo necesitaba saber bien en qué me estaba metiendo.

El conocimiento es poder, lo había aprendido desde pequeña. Por lo tanto, para tener la posibilidad de vencer a Jackson en el juego que mi padre había inventado para nosotros, debería saber más que él. Para Cloe era solo un pasatiempo, ella tenía una vida completamente diferente, se ocupaba de la ropa y era totalmente ajena a los juegos de poder de mi familia.

—Obvio que no hay nada, no son personas famosas —repliqué mirando la horrenda falda gitana con un llamativo estampado floreado que había tenido el coraje de ponerse ese día. Con Cloe éramos amigas desde tiempos inmemoriales pero yo nunca había aprobado su estilo.

Ella incluso había llegado a convertirlo en un trabajo, porque las mismas prendas de ropa que vestía, las vendía en su boutique alternativa; sin embargo nunca aparecerían en mi armario, por

ningún motivo del mundo. Siempre había tenido en claro que antes de vestir algo así, preferiría ir desnuda.

Pero había dejado de luchar hacía mucho tiempo, ella era así y punto, tómalo o déjalo.

—Tampoco los Sanders son famosos, pero si pongo en Google tu nombre y luego hago clic en *buscar*, inmediatamente me aparece tu cara de niña rica y consentida —objetó sin ningún rastro de mordacidad. Era cierto. Era rica y consentida, no habría podido definirme mejor con tan pocos adjetivos.

—Has dicho bien, no somos famosos pero somos ricos y eso basta para estar en la web. Ellos, en cambio, los herederos de Isaac Myers, son solo campesinos anónimos. No son ricos, no son famosos. Y es por eso que cuando vaya a hacerles mi oferta no podrán rechazarla.

Cloe se limpió las gafas redondas que la hacían parecer una versión femenina de Harry Potter con una igualmente horrenda camiseta de terciopelo de color rosa claro. Al menos era lisa.

—Sin embargo, hasta hoy, el dinero de tu padre lo han rechazado —objetó amable y concentrada como si se estuviera realizando una exposición acerca de un tema de gran complejidad.

Me fastidiaba darle la razón pero debía admitirlo, había crecido en el lujo, el dinero me gustaba y no lo ocultaba. —Es cierto, pero mi padre con frecuencia carece de tacto. Exige todo y ya, inmediatamente, y también Jackson es así. Por eso creo que al final seré yo quien se lleve la mejor parte.

—En mi opinión no será simple. — Odiaba cuando Cloe personificaba a Pepito el grillo y hacía ver complicado lo que a mí me parecía un juego de niños. Aunque la mayor parte de las veces tenía razón. Todo me parecía simple porque en el fondo para mí lo era; eran pocas las cosas que el dinero no podía comprar.

—Los Myers no me preocupan, me importa solo la empresa familiar. Además Jackson se convertirá en mi empleado, ¿puedes imaginarlo? La perspectiva de mi hermano por debajo de mí, me hacía caer la baba.

Cloe se levantó del ordenador y fue a la ventana.

—Pobrecito, lamento que le vaya mal. Esto debe ser muy importante también para él.

A veces Cloe me parecía un ser sobrenatural, un extraterrestre. Jackson siempre la había rechazado y tratado mal, se había burlado de ella por sus vestidos y por sus excentricidades desde que íbamos a la escuela. Y con todo, Cloe nunca lo había detestado, por el contrario, siempre lo había justificado y de algún modo u otro terminaba por ignorarlo o compadecerlo en cada oportunidad. A pesar de que mi amiga siempre había frecuentado nuestra casa, nunca había manifestado un interés particular por el dinero, el lujo, todo aquello de lo que estaban hechas nuestras vidas.

Me puse en su lugar en el ordenador y abrí mi casilla de correo, la privada. Tenía un único email para leer y era el único que me interesaba.

Sonreí anticipando la victoria.

—Ha llegado el email que esperaba.

Luego me dirigí a Cloe. —Cuidadito con dejar escapar una sola palabra ante Jackson de lo contrario...

—¿Qué?

—Te arreglaré una cita con él —espeté. Esos dos eran como el agua y el aceite.

—Entonces puedes estar segura de que te seré fiel por siempre. ¿Quién te escribe?

Respondí mientras abría el mensaje.

—El detective privado al que le encargué investigar sobre los herederos de Myers.

Cloe se acercó a mí, había conseguido despertar su curiosidad. —¿Has llegado al punto de contratar a un detective privado?

—Por supuesto, si tienes dinero, la mitad del éxito está garantizado.

—¿Qué dice?

Abrí el mensaje y comencé a leer. —Veamos... dice que Isaac Myers tiene tres hijos varones. Cam, Sem, Jafet. ¿Pero qué clase de nombres son?

—Los nombres de los hijos de Noé —replicó rápidamente Cloe.

—¿Qué?

—¿Conoces la tradición cristiana? Noé, el del diluvio universal...tenía tres hijos que se llamaban así.

—Que el viejo Myers era extraño se sabía, pero que era un fanático religioso lo ignoraba. De todos modos, estos tres tipos tienen respectivamente veintinueve, veintitrés y trece años.

—¿Y su esposa?

—Aquí dice que la señora Myers murió dando a luz a su último hijo. Hay una cosa que tienen en común mi padre y él: ambos viudos. —Solo eso, por lo demás no podrían haber tenido vidas más diferentes.

—¿Ese es el argumento que pretendes utilizar? ¿Te gustaría presentarte en su casa, golpear a su puerta y decir "Buenos días herederos de Myers, como todos somos huérfanos de madre, qué me diríais de vender vuestro terreno —cosa que su padre no habría hecho nunca, ni siquiera estando en su lecho de muerte— a mí, para que pueda heredar la empresa de la familia"?

—Eres muy chistosa. No, no será esa mi táctica. Más bien quiero valerme de algo que pueda ser de su interés. Algo que el dinero no pueda comprar.

—La premisa no es de las mejores.

Miré a Cloe, con sus cabellos cortos y de un tono tan llamativo, sus ropas coloridas como las de una gitana, esa expresión tan suya de tener siempre la cabeza en las nubes.

—Tú, por ejemplo, ¿qué consideras prioritario? Quiero decir, ¿por qué te dejarías corromper?

—¿Yo?

—Sí, tú.

Pensó por un momento y luego respondió. —Por los sentimientos. En mi opinión los sentimientos son lo más importante que tiene una persona.

Era un buen punto de partida; comencé a pensar en voz alta. —Ok, eres una mujer de veinticinco años. Por lo tanto, para ti, mujer de veinticinco años, los sentimientos son lo que a un chico de veintitrés el sexo.

—¿El sexo?

—Por supuesto, no piensan más que en eso desde los catorce años en adelante.

—Y entonces, ¿qué pretendes hacer? ¿Presentarte a su puerta con un impermeable sin nada debajo y abrirlo para dejarte ver? ¡Piensa si te encuentras frente al chiquillo de trece años! —La escena me hizo reír.

—Nadie dijo que yo sea su tipo. Tal vez podrías serlo tú, en ese caso deberás sacrificarte por la causa.

Esta vez fue ella la que hizo una mueca y luego rio de buena gana. —Victoria por mucho que yo te quiera, creo que nunca podría hacer algo así. Este plan es demasiado Sanders y yo haré todo lo que esté en mis manos para disuadirte de llevarlo a cabo.

Sacudí la cabeza. El punto fuerte de mi amistad con Cloe siempre había sido no tomar todo en

serio y reírnos mientras decíamos una infinidad de tonterías. Continué leyendo el email que proporcionaba otros datos interesantes que podrían servirme. Aún no sabía para qué, pero un plan tenía que idear. Lo que estaba en juego era demasiado grande.

—Nunca creerás lo que tengo ante de mi vista. —Su voz interrumpió mis pensamientos.

Mis ojos estaban pegados al monitor del ordenador y nos lo aparté de allí.

—Espera, estoy terminando de leer.

—No, debes venir a ver, no puedes perderte esta escena por nada del mundo.

Me puse de pie y me uní a ella junto a la venta. Qué podía ser tan...

—Oh Dios mío... —dejé escapar. Estaba sin aliento.

En nuestro estacionamiento, al que daba mi sala de estar, estaba haciendo su ingreso triunfal una grúa que transportaba el auto deportivo de mi hermano. Era un BMW descapotable, último modelo, azul oscuro metalizado. Excepto que parecía literalmente irreconocible.

Los asientos estaban completamente llenos de algo que incluso a la distancia resultaba inconfundible. Caca, estiércol, mierda.

El auto estaba literalmente lleno, como si una pala gigante de excremento se hubiera caído sobre los preciosos asientos de cuero, convirtiendo a todo el vehículo prácticamente en una masa de excremento ambulante. Era una escena nunca antes vista.

—¡No puedo creerlo!

Salí corriendo por la puerta ventana e inmediatamente fui golpeada por el olor agrio del estiércol. Era algo insoportable.

Inmediatamente detrás de la grúa hizo su entrada un auto más bien pequeño y modesto conducido por mi hermano. Su rostro estaba lívido de ira, podía verlo claramente incluso desde ahí. Bajó golpeando la puerta con una fuerza tal que hubiera podido sacarla de sus bisagras.

Estaba furioso. También yo lo habría estado si mi auto, que de todos modos era mucho menos costoso que el suyo, hubiera quedado en esas condiciones.

—¿Se puede saber qué sucedió?

Mi pregunta despertó su atención. Jackson se giró hacia mí. Tenía los ojos rojos inyectados de cólera.

—Desearía haber tenido una pistola en la mano para matar a ese granjero.

—Probablemente él tenga en casa una escopeta de caza, no te habría convenido tanto — intervino Cloe, ganándose una fea mirada de mi hermano. Él la ignoró deliberadamente.

—¿Quieres decir que fueron los Myers los que dejaron a tu auto así? —No podía creerlo.

—Ese mal nacido del hermano mayor. Había ido a hacerles una oferta. Cincuenta mil dólares, diez mil más de lo que nuestro padre le había propuesto la última vez a su viejo. Y ese maldito, ¿sabes qué hizo?

Permanecí en silencio porque su pregunta no buscaba una respuesta; Jackson solo deseaba desahogar su rabia. —Escuchó todo mi discurso haciéndome creer que lo estaba considerando. Nos encontrábamos de pie en la puerta de su casa, él en el umbral y yo de espaldas a mi auto. Tenía una cara que me hacía pensar que diría que sí, por el contrario el muy bastardo solo estaba pensando cómo deshacerse de mí.

Tragó y su rostro se puso rojo de ira con el simple recuerdo de lo sucedido.

—Luego, en un momento, hizo una seña a alguien que estaba detrás de mí. Ese hijo de puta de su hermano. No le di importancia porque estaba concentrado en el resultado. Sentía que lo estaba convenciendo, tenía la situación en un puño. No me había interrumpido ni una vez durante todo mi discurso y después...

—Y después... —lo apremió Cloe.

—Vi que repentinamente su expresión se había transformado en una sonrisa maliciosa. Sin embargo, yo no había dicho nada particularmente divertido, solo estaba describiendo los detalles de la oferta. Entonces sentí el hedor insoportable, me giré y...

El tono de Jackson se convirtió casi en un lloriqueo. —¡Mi niño! ¡Ese bastardo del hermano había dejado caer una pala de mierda con su excavadora directamente sobre mi pequeño, cubriéndolo!

Escuchaba que Cloe detrás de mí contenía una risita y esperé que Jackson no lo advirtiera. En efecto, estaba demasiado sacudido por el relato como para notarlo y fue algo positivo porque no sabía cómo lo habría tomado.

—Y entonces ¿qué hiciste?

—Lo insulté y llamé a la grúa. ¿Qué más debería haber hecho? En el depósito me prestaron este cacharro para volver a casa —agregó mirando el pequeño automóvil del que había bajado.

—Creo que por mucho que puedas hacerlo limpiar, ese tufo nunca se irá completamente. —Miré el auto de mi hermano que había acabado de ese modo tan terrible. Estos Myers eran verdaderamente tipos duros.

—¿Te retiras? —le pregunté en un instante de audacia.

Vi que su expresión se hacía más lívida aún.

—Me retiraré cuando lo vea arrastrarse a mis pies y pedir perdón.

Teniendo ante nuestros los ojos la prueba de lo que habían sido capaces de hacer los Myers era difícil pensar que tipos así se doblegarían fácilmente. —Más bien te doy un consejo —siseó hacia mí con la mirada perdida. —Ni siquiera te metas con ellos. Son animales. Si me han hecho esto a mí, tú no tienes ninguna posibilidad de poder convencerlos.

Amaba los desafíos y lo que estaba en juego era demasiado grande como para rendirme. Iría hasta el final, con métodos diferentes a los que mi padre y mi hermano habían usado hasta ese momento. No utilizaría sus mismas armas, que se habían revelado completamente inútiles. Sería más inteligente. Mucho más inteligente que ellos.

Capítulo 3

Cam

Acababa de terminar de preparar el almuerzo para Jafet. Dos sándwiches con ensalada de pollo y mayonesa. Nunca serían como los que me preparaba nuestra madre cuando tenía su edad, pero era el mejor almuerzo que podía ofrecerle para la escuela y eso era todo. Debería conformarse.

—¡Jafet! —grité en dirección a las escaleras con el rostro dirigido hacia arriba.

—¡Date prisa si no quieres perder tu aventón!

Cada mañana la misma historia. Le costaba terriblemente levantarse de la cama y, si hubiera sido por él, el aventón lo habría perdido con gusto, tan grande era su deseo de ir a la escuela. Culpa de las series de TV que veía hasta altas horas de la noche.

Le ordenaba que apagara la televisión con el tono más autoritario que podía y luego caía en un sueño tan profundo que no hubiera sabido decir qué hacía mientras yo estaba prácticamente en coma. Pasaba largos y agotadores días que comenzaban antes que el sol saliera y terminaban bastante después de que hubiera oscurecido. Por las noches no podía resistir mucho tiempo despierto. El trabajo en nuestros campos no estaba tan automatizado como en otros, era mucho más tradicional y manual. Requería una fuerza física considerable. La parte principal la hacíamos Sem y yo junto a nuestro padre, antes de que enfermara. Llamábamos trabajadores estacionales para que nos ayudaran, pero solo ocasionalmente y en los períodos de mayor labor.

De cualquier forma, el resultado era el mismo cada mañana de todos los santos días. Yo me despertaba como un grillo, Jafet con la vitalidad de un oso que acababa de salir del letargo.

Ese día en particular, Sem y yo estábamos en pie desde el alba. Habíamos preparado la porción de tierra que sembraríamos esa tarde de acuerdo a lo previsto en un calendario que se seguía en la familia desde hacía años y que se basaba en el influjo de la luna. Mi padre siempre había sido metódico en esa actividad. Sembrar el maíz, cultivarlo, cosecharlo y venderlo era nuestra vida hacía generaciones.

Habíamos tenido que levantarnos temprano porque se trataba de una porción bastante respetable, pero estábamos listos. En abril se sembraba y sabíamos perfectamente lo que nos esperaba por varios días más. Conocíamos nuestro trabajo, lo habíamos hecho durante toda la vida junto a mi padre e incluso Jafet sabía de memoria los pasos para un excelente cultivo. Era nuestra vida, la historia de nuestra familia. Raíces a las cuales los cuatro estábamos ligados, incluido nuestro padre, mientras vivió.

Lo habíamos sepultado hacía un mes y la sensación que prevalecía, además del dolor, era la de estar a la deriva. No quería que Sem y Jafet se sintieran del mismo modo. Quería que estuvieran seguros de nuestra familia y de nuestro destino, aunque no sabía exactamente qué hacer para que eso sucediera. Mi padre se había encomendado a mí en su lecho de muerte, y no solo por la Llanura de los Robles.

Me había tomado la muñeca, con una fuerza sorprendente para un hombre en sus condiciones,

y me había obligado a hacer un juramento por el futuro de mis hermanos. Debería tomar su lugar como jefe de familia, darles a ellos la tranquilidad que desaparecería con su muerte. No permitiría que mis hermanos vivieran en la incertidumbre y en la miseria, por ningún motivo del mundo. El juramento me había surgido espontáneamente, sería el propósito de mi vida desde ese momento.

Había tenido la posibilidad de asumir mi tarea esa misma mañana, con la inesperada visita de Jackson Sanders y la lección que le habíamos dado. El día no podía haber comenzado mejor. Ese hijo de puta se había aparecido temprano en nuestra casa, con su auto de millones de dólares, y nos había presentado sus falsas condolencias. Ya eso solo había bastado para ponerme nervioso. No lo habíamos visto nunca en la vida y ahora venía a proclamarse dolido por la muerte de mi padre a quien ni siquiera conocía. Éramos nosotros los que sabíamos casi de memoria la lista de abogados a través de los cuales su padre nos había hecho contactar durante años para acordar la cesión de Llanura de los Robles. Había habido varias etapas: adulación, amenazas, súplicas. Todas tácticas que siempre tenían una única finalidad: apropiarse de nuestras tierras.

Inmediatamente después de su llegada, Sanders había dejado caer la máscara, le había tomado realmente muy poco. Estaba convencido de que bastaba agitar frente a nuestras narices cincuenta mil dólares para comprarnos. Qué estúpido. Nuestra familia no se vendería por ninguna cifra, podía agregar todos los ceros que quisiera, el resultado no cambiaría ni una coma.

Pero gente como él nunca podría entender un razonamiento de ese tipo. Gente como él comprendía solo el valor del dinero y lo que el dinero podía comprar.

Mientras continuaba con su perorata, escuchada y vuelta a escuchar desde que era niño un millón de veces en boca de esos bastardos de los abogados de su padre, había hecho un gesto a Sem y él había comprendido al vuelo mis intenciones.

La noche anterior habíamos terminado de abonar el terreno. Había sobrado mucho estiércol del que deberíamos deshacernos lo antes posible porque en pocas horas más el hedor se volvería insoportable. Sem estaba en la excavadora y lo estaba llevando lo más lejos posible de casa cuando se cruzó con mi mirada. Una buena carga de estiércol descansaba sobre la pala suspendida en el aire. Me había bastado bajar la barbilla y levantar el pulgar en señal de vía libre y la jugada estaba hecha.

La cara de ese dandy que creía tener ya en el bolsillo la victoria, en el momento en el que se había girado y había visto a su joyita llena de nuestro precioso abono, había sido impagable.

Fue una inyección de buen humor formidable. Había comenzado a gritar, a despotricar contra nosotros y a cubrirnos de insultos. Toda su falsa cortesía se había ido al diablo mientras amenazaba con poner el asunto en manos de sus abogados. Nos dejaría en la calle, seguía diciendo y, mientras iba hacia la salida con el teléfono pegado a la oreja, rojo como un tomate y con las venas del cuello a punto de estallar por el esfuerzo de gritarle órdenes a alguien para que lo fueran a buscar.

Recordaría esa escena por días sin dejar de poder reírme. Y de disfrutar.

Mientras esperaba que Jafet bajase, salí al patio y vi que Sem estaba sentado en la mecedora enrollando tabaco para armar un cigarrillo. Hubiera sido mi deber arrancarle todo de las manos y gritarle y, tal vez en otro momento, lo hubiera hecho. Pero después de la muerte de nuestro padre intentaba sostenerlo y darle seguridad. Reprenderlo o impedirle fumar no lo habría ayudado. Sem no había vuelto a sonreír después de la muerte de nuestro padre, al menos hasta esa mañana, cuando habíamos dado a Sanders la recompensa adecuada por sus jodidas condolencias. No deseaba estropear ese momento dándole un sermón paternalista que nadie había pedido.

—Lindo modo de comenzar el día, ¿cierto?

Se giró con esa misma sonrisa estampada en el rostro. —¿Has visto qué cara tenía Sanders cuando le arrojé esa palada de mierda sobre su auto?

—Puedes apostar hermano, me sentí orgulloso de ti.

La euforia fue eclipsada por un instante de preocupación. —¿Pero no crees que ahora nos abrirá una causa y que deberemos resarcirlo?

—Se encontraba en nuestra propiedad —respondí encogiéndome de hombros. No estaba tan seguro de que funcionara de esa forma, no entendía de cuestiones legales, pero no quería que se preocupara. Las consecuencias de ese hecho, si es que las había, habrían sido solo mi responsabilidad.

Mis hermanos se preocupaban por el dinero, que nunca era suficiente, y eso me causaba un dolor que no podía expresar. No debía ser un motivo de preocupación para ellos, así como no lo había sido para mí cuando nuestros padres estaban vivos. Me rompería el alma y trabajaría día y noche para hacer que vivieran tranquilos.

—No somos nosotros los que debemos preocuparnos sino él.

De eso estaba seguro.

—No venderemos Llanura de los Robles, ¿cierto Cam?

También esa era una de las pocas certezas que tenía en mi vida. Miré a mi hermano y vi en sus ojos, tan parecidos a los míos, tantos sentimientos que podría haberme hundido ahí dentro. Incertidumbre, miedo, orgullo, deseos de salir adelante, a pesar de todo.

—No, no venderemos nunca, cualquiera sea la cifra que esos repugnantes Sanders nos ofrezcan. Respetaremos la voluntad de nuestro padre, permaneceremos unidos a esta tierra que nos pertenece y que es nuestra desde hace generaciones. Para siempre.

Era la respuesta que esperaba de mí y su rostro se relajó. Confiaba en mí, mis dos hermanos lo hacían, no los desilusionaría.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro —respondí.

Y me juré a mi mismo que honraría esa solemne promesa como el más sagrado de mis compromisos. Para toda la vida.

Me giré a tiempo para ver que Jafet estaba en la puerta y había escuchado mis palabras. Bien. Era justo que también él tuviera sus certezas y nuestra tierra era una de ellas.

—Has conseguido bajar. Intenta no quedarte hasta tan tarde con la TV por las noches y ahora ve a la escuela, te acompaña Sem.

Tenía el rostro serio y ya sabía qué estaba por decirme. —No me apetece ir a la escuela, quiero quedarme aquí sembrando.

Respondí del mismo modo en que lo hacía mi padre conmigo cuando tenía la edad de Jafet. —Sembraremos antes del atardecer, por lo tanto podrás trabajar tú también.

Pero Jafet no se rendía y jugó su última carta. —¿Pero si regresa Sanders? Me perdería una escena divertida como la de esta mañana. —Debía habernos escuchado.

Fue Sem quien respondió. —Tranquilo, por el momento no regresará. Estará en el calor de su casa, lamiéndose las heridas. —Luego se dirigió a mí. —¿Por qué crees que vino su hijo y no el viejo como en los últimos tiempo? A este ni siquiera lo conocíamos, no se había presentado aquí nunca en su vida.

No lo sabía, también yo me lo había preguntado. Aventuré la primera hipótesis que me vino en mente. —Tal vez, muerto nuestro padre, Edward Sanders ya no sabe cómo relacionarse con

nosotros. Debe haber pensado que su hijo podría convencernos.

—Cree que cambiar de táctica puede beneficiarlo —comentó Sem dando una pitada a su cigarrillo y mirando a lo lejos.

—Iluso —replicó Jafet con desprecio.

—Exacto —agregué— El tipo que vino hoy aquí, solo ha visto al campo en una postal, no tiene la más pálida idea de qué consistencia tiene el terreno en esta zona. —Ni de cómo está hecho el terreno en general.

Jackson Sanders parecía un dandy, un hijo mimado de papá que nunca se había ensuciado las manos. Había venido vestido como para ir a una junta directiva.

—Ahora vete o llegarás tarde y deberás escuchar a la señora Martin.

Vi a Sem y a Jafet subir al auto y mientras se alejaban dirigí la mirada a la finca.

Llanura de los Robles era mucho más grande de lo que se podía ver, la propiedad que nos había dejado mi padre se extendía más allá del alcance de nuestros ojos. Era un rectángulo de tierra que tuvo la desgracia de encontrarse ubicada justo en medio de la vastísima plantación de los Sanders. Se trataba de una historia que había comenzado hacía decenios y que aún no había tenido fin. El viejo Edward le habría vendido su alma al diablo para quitarle las tierras a mi familia y lo mismo habría hecho mi padre para resistir a todas sus ofertas de dinero. Y habían sido muchas. Había habido momentos en nuestra vida familiar en los que hubiéramos necesitado desesperadamente acceder a esas cifras que Sanders nos ofrecía. Pero eso no había bastado para doblegar la voluntad de mi padre. Y todos nosotros habíamos crecido en esos valores.

Ese terreno representaba la vida de mi familia, nuestro pasado y nuestro futuro y nunca permitiría a ninguno de los Sanders, por ningún motivo del mundo, arrancárnoslo.

Capítulo 4

Victoria

Me había quedado despierta toda la noche pensando en lo que le había sucedido a Jackson y a la mañana siguiente sabía exactamente qué hacer.

O más bien, qué no hacer. Mientras bebía el café encaramada en el taburete de la cocina pensaba en quién tenía en frente. Mi enemigo. Así debía considerar a los Myers, como un desafío de trabajo, un adversario al que vencer.

Ciertamente, la mente de toda la organización debía ser el hermano mayor, Cam Myers. Era el más grande, por lo tanto le correspondía a él liderar esa resistencia tan tenaz. Lo que con seguridad no debía hacer era usar el mismo método del que había intentado valerse Jackson, es decir, ofrecerle dinero. No tenía un auto como el suyo por el que temer, pero con esa única táctica el fracaso estaría asegurado, no hacía falta ser un genio para comprenderlo. Tan pronto como Cam Myers escuchara mi apellido me echaría a patadas en el culo de su propiedad.

Tenía que hacer algo diferente, ingenioso, pero no sabía exactamente qué.

Me esforcé por idear un plan, pero cualquiera idea que me venía en mente hacía que regresara inmediatamente a mi memoria el auto de mi hermano y el recuerdo de lo que eran capaces esos granjeros. No era tan simple como había imaginado.

Al atardecer salí de casa, solo para distraerme un poco de esos pensamientos. Definitivamente estaba muy mal vestida, con unos leggings y una camisola larga. Pero no importaba, en cualquier caso no tenía intenciones de bajar del auto. Conduje alejándome de la ciudad sin un destino, con la cabeza llena de hipótesis y estratagemas para vencer a mi hermano. Le demostraría a mi padre que era un mejor estratega que Jackson, el modo en que doblegaría a los Myers haría que me prefiriera sobre él. Era capaz de tomar el mando de las industrias de la familia. El hecho de que fuera más pequeña que mi hermano no significaba nada, lo que contaba era el ingenio y el espíritu empresarial y yo demostraría que tenía más de ambos que él.

Distraída en esos pensamientos conduje de manera automática hasta encontrarme en cercanías de Llanura de los Robles. Cuando me di cuenta, lo interpreté como una señal del destino y decidí avanzar hasta la puerta de entrada, solo para echar un vistazo y estudiar al enemigo.

Detuve el auto y me bajé. Atardecía y el sol era como una bola de fuego que se hundía en el terreno. Había algo de poético en todo ese naranja que penetraba en la tierra, daba la sensación de que un ser superior había creado toda esa belleza, porque la mano del hombre nunca habría sido capaz de lograr algo similar. El nombre de ese lugar era realmente acertado: Llanura de los Robles. Uno parecía encontrarse frente a una extensión infinita y plana que se perdía de vista para el ojo. Los campos estaban desnudos a la espera de la siembra pero en pocos meses más estarían florecientes de vegetación. El terreno se extendía más allá de una valla de hierro vieja pero robusta y todo alrededor una red de alambre de púas protegía la propiedad. No era una defensa particularmente organizada, parecía más que nada un modo de marcar los límites. Tenía la

impresión de que el viejo Myers debía poseer medios mucho más eficaces para defenderse, sobre todo para haberse opuesto a mi padre durante todos esos años.

Estaba inmóvil, contemplando el paisaje, cuando escuché el sonido de un motor: un auto se había detenido junto al mío.

—¡Ey! —Escuché que llamaban y me giré de golpe. Un chico cuyo cabello era del mismo color que el trigo y de ojos oscuros me miraba desde su auto.

—¡Ey! —respondí. Era realmente guapo, joven, un poco más que yo, tal vez. Debía tener unos veinte años.

—¿Necesitas algo?

¿Necesitaba algo? Sí, por supuesto pero ciertamente no se lo diría a él. Estaba frente a la propiedad Myers, por mis investigaciones sabía que uno de los hermanos tenía veintitrés años: estaba casi segura de encontrarme frente Sem Myers. Me lamí los labios, indecisa sobre si tomar o no esa oportunidad. Debía decidir rápidamente pero también era muy arriesgado. Podía escoger retroceder, regresar a casa y planear una estrategia para tomar esa fortaleza, o probar con medios menos convencionales, tal vez improvisar e intentar llevar a casa el resultado. No hice una elección racional sino instintiva y en ese momento no podía saber que lo pagaría caro, muy caro.

—¿Necesitas algo? —repitió el chico bajando del auto con un manojito de llaves en la mano. ¡No podía creerlo, no tenían una puerta automática! Absurdo. ¡Nadie en el mundo bajaba del auto para abrir la puerta de su propiedad, luego subía al coche, avanzaba y bajaba nuevamente para cerrarla! Sem Myers no parecía en absoluto molesto por esa inútil pérdida de tiempo. Era bastante alto, musculoso pero no demasiado robusto, un rostro transparente aunque poco sonriente. Era realmente muy lindo.

—En realidad necesito un teléfono —improvisé.

Él me miró frunciendo el ceño. Levanté mi iPhone último modelo agitándolo en la mano. —El mío está descargado y debo llamar a alguien para que me ayude, tengo un problema con el auto.

—¿Qué clase de problema?

Si, ¿qué clase de problema podía tener con mi auto prácticamente nuevo que usaba poquísimos, solo para hacer pequeñas comisiones?

—No encuentro las llaves. He visto esta encantadora puesta de sol, me detuve y saqué las llaves, deben haberseme caído aquí, en la hierba y ahora parecen haber desaparecido.

Evité tocarme el bolsillo del jeans donde las había metido antes de bajar.

—Estarán aquí, en medio del hierba —conjeturó el chico mirando hacia abajo.

—Seguramente, solo que no consigo encontrarlas. Llegué hasta allá... —dije alejándome una docena de pasos. Me siguió haciendo el mismo trayecto y siempre mirando hacia abajo.

—Pero esta hierba está tan alta que no veo nada.

Continué buscando en silencio. —No las encuentro —dijo al final rascándose la cabeza. Me daba un poco de pena porque parecía que verdaderamente se estaba esforzando.

—Si quieres hacer una llamada puedes entrar a casa —dijo finalmente y en mi interior me sentí exultante por la victoria.

—Gracias, sería muy gentil de tu parte. —Asintió satisfecho. No podía saber que yo estaba mil veces más conforme que él. Fue hasta la puerta y la abrió, luego entró con su automóvil.

—Metamos dentro también el tuyo —dijo bajando. —Tú te pones al volante y yo empujo, solo para quitarlo del camino, podría ser peligroso.

Un chico con mucho sentido común, pensé mientras seguía diligentemente las instrucciones. Si había pensado que era débil, me equivocaba. Aunque tenía una contextura delgada, contaba con un

potente haz de músculos en sus brazos que le permitieron empujar con eficacia mi auto mientras yo solo movía el volante para corregir la dirección y hacerlo entrar en la propiedad. Cuando el joven Myers cerró la puerta a nuestras espaldas tuve un escalofrío. De algún modo había entrado, ahora venía lo difícil.

—Me llamo Sem —extendió la mano sonriendo. Su sonrisa era realmente linda, abierta, leal, inspiraba confianza.

—Yo soy Victoria —le tendí la mía.

—El camino para llegar a casa es largo, sube al auto y te será más fácil. —Obedecí y me acomodé en el asiento del pasajero. —Mi hermano debería estar en casa, ahí podrás hacer tu llamada.

—Gracias, me has salvado Sem. —Mirándolo pensé que tal vez podría seducir al chico. No sabía a qué me llevaría pero la idea era excitante, además de peligrosa. ¿Pocos años de diferencia podían hacer de mí una perversa? No lo sabía, sabía solo que Sem Myers era un sujeto interesante y que tal vez habría podido divertirme y ganar algo en términos de resultados.

Llegamos a la puerta de casa y Sem usó las llaves para entrar pero inmediatamente después anunció mi presencia con un grito dirigido hacia la nada. —¡Cam, tenemos visita!

Luego se volvió hacia mí sonriendo. Esa sonrisa hacía que me desarmara y que casi me arrepintiera de la puesta en escena.

—Se lo digo porque sería capaz de presentarse en la cocina en ropa interior, somos una familia de hombres y no recibimos gente desde...desde hace mucho tiempo. De hecho, disculpa el desorden. —Parecía que estaba a punto de agregar algo más pero una sombra pasó sobre su rostro llevándose esa parte de la frase.

Que no recibían invitados hacía mucho no lo habría imaginado nunca porque la cocina, que era el ambiente al que daba la puerta de entrada, era una habitación limpia y ordenada. Además de grande.

Una voz baja y poderosa vibró en el aire apartando mi atención de Sem.

—¿Qué pasa?

Lo vi. No podía ser otro que Cam Myers. Tragué con algo de aprensión y también de estupor. Tenía unos jeans y el torso desnudo y se frotaba el cabello con una toalla. Si el hermano menor era de contextura delgada, definitivamente él se podía definir como macizo. Sus hombros eran musculosos, los brazos con dos bíceps hinchados y firmes y los pectorales entrenados por el duro trabajo. Sobre el pecho tenía vellos oscuros y rizados. Era un cuerpo forjado por el esfuerzo y poseído por lo que a primera vista parecía una especie de bárbaro.

—¿Quién eres? —Preguntó dirigiéndose a mí. Tenía la boca seca y me fue difícil hablar porque parecía que mi lengua repentinamente se había vuelto de cartón.

—Me llamo Victoria...Palmer y...tuve un problema con el auto. Tu hermano muy gentilmente, me dijo que podía hacer una llamada desde vuestra casa.

—Palmer no es un apellido muy común en estas partes. —Era cierto, no conocía a nadie en la zona que se llamara así, lo había inventado en el momento.

—Efectivamente no soy de la zona, mi familia es originaria de Iowa. —Esperé que el interrogatorio sobre el origen del apellido terminara ahí porque no estaba preparada para ir más allá de eso.

Sus ojos oscuros me escudaron a fondo, como si pudiera ser un enemigo.

No bajaron más allá de mi rostro, como por el contrario yo había hecho con él y esto inesperadamente me desilusionó más que halagarme. ¿Qué me pasaba? Parecía que de repente

había olvidado el motivo por el que me había metido en esa casa, con el cerebro en corto a causa de ese hombre al que en principio debía intentar timar.

—¿Qué clase de problema?

Sem vino en mi auxilio. Casi me había olvidado de su presencia, tan aturdida como me encontraba.

—No encuentra las llaves del auto, las buscamos juntos pero parecen desaparecidas en la hierba. Está demasiado alta en el camino, deberíamos cortarla.

Tuve miedo de que Cam Myers pudiera leerme la verdad directamente de la cabeza, que pudiera, solo mirándome, comprender que todo lo que había dicho no era más que una gran y sucia mentira. Imaginé que se acercaba, que venía tan cerca de mí que me dominaba con su estatura y que me gritaba con su poderosa voz que yo era una sucia mentirosa. Pero eso era simplemente imposible.

—Es peligroso dejar el auto en este camino —dijo solamente.

—Tu hermano muy gentilmente me permitió meterlo en vuestra propiedad —respondí intentando mantener la calma. Era todo perfectamente plausible, no debía preocuparme por nada.

—Bien. Entonces ¿qué podemos hacer por ti ahora?

Si no era el modo más gentil que ese tipo conocía para ponerme de patitas en la calle, no sabía qué más podía ser.

—Quisiera hacer una llamada para ver si mi amiga Cloe puede venir a traerme la copia de las llaves. —Estaba yendo todo por la senda correcta, ahora él no tendría motivo para decir que no.

Pasaron instantes que me parecieron eternos durante los cuales Cam Myers pareció evaluar la factibilidad de mi pedido. Había dejado de frotarse el cabello con la toalla y estaba inmóvil mirándome con esos ojos oscuros, penetrantes y desconfiados. Estuve casi tentada de decir que renunciaba a la llamada, que prefería irme, cuando él habló.

—Adelante. El teléfono está en la sala.

Me indicó con el brazo la puerta abierta a sus espaldas. Me dirigí titubeante en esa dirección con la certeza de tener sus ojos encima. No podía perder la calma precisamente en ese momento.

Aunque el ambiente estaba iluminado con una lámpara, el salón resultaba más bien oscuro y parecía bastante antiguo. Había un divancito de terciopelo y dos sillones de color beige haciendo juego y en frente una pequeña mesa con superficie de mármol rojizo. Sobre ella había apoyada una caramelera que debía tener al menos medio siglo. De seguro alguien limpiaba la habitación pero no con la misma asiduidad con el que era mantenida la cocina y ciertamente no era muy frecuentada por los habitantes de la casa.

Sobre una columnita de madera que representaba un tallo retorcido había un teléfono de los años cincuenta, de esos en los que para llamar a un número era necesario meter el dedo en una especie de anillo y luego girar. Compuse el número de Cloe controlando atentamente que nadie pudiera escuchar lo que diría.

Mi amiga algo gitana respondió al tercer tono mientras yo suplicaba internamente que cogiera la llamada. Cloe era muy conocida por no darle demasiada importancia al teléfono y no me hubiera sorprendido si tenía el celular sin batería o peor, si deliberadamente decidía ignorarlo.

—Cloe, soy Victoria, debes hacerme un favor —susurré como si le hubiera revelado un secreto de estado.

—Victoria, ¿pero de qué número me llamas? Te escucho muy bajo, ¿puedes hablar en voz más alta?

—No puedo, intenta escuchar. Debes hacer algo por mí. Manda a alguien del personal de casa

de mi padre, tal vez a Manuel que es de confianza, a la finca de los Myers esta noche. Encontrará mi auto dentro. Dile que se cuele de algún modo, que consiga meterse dentro. Dile que deje el auto de tal modo que no arranque, no me importa que se rompa definitivamente. Lo importante es que no pueda arrancar. ¿Ok?

—Pero por qué...

—Cloe, no debes hacer preguntas, es cuestión de vida o muerte.

—Me asustas. Es algo absurdo lo que me estás pidiendo. Además, ¿qué haces ahí? ¿Estás segura que no te has metido en problemas?

—Claro que me metí en problemas. Ahora debo irme, por favor, recuerda: es cuestión de vida o muerte. —Con Cloe era necesario remarcar algunas cosas un poco, de lo contrario no tomaría en serio el asunto y yo necesitaba desesperadamente que lo hiciera.

Después de colgar el teléfono me giré y el corazón dio un brinco en mi pecho. Había un muchachillo a dos metros míos y me miraba con cara de pocos amigos. Tenía una especie de flequillo que bajaba sobre su frente y un físico bastante delgado. Era increíblemente parecido a los otros dos y no hacía falta ser un genio para comprender quién era.

—Hola —dije esforzándome por sonreír. Dentro de mí me pregunté si por casualidad habría escuchado algo.

—Él es Jafet —dijo Sem alcanzándolo y poniéndole una mano en el hombro. Se parecía a él en el cuerpo delgado pero tenía los ojos y el comportamiento hostil de Cam. Probablemente cuando creciera sería alto y grande como él.

Debía esperar que el mocoso no hubiera escuchado nada de mi llamada, pero no podía saberlo con certeza. Si les contaba a sus hermanos las instrucciones que le había dado a Cloe, con seguridad no lo pasaría nada bien.

—Mi amiga no puede venir a traerme las llaves, ni a buscarme —dije frunciendo un poco los labios,— está fuera de la ciudad. —El chiquillo permaneció impassible, mientras Sem me miraba como si el problema no tuviera solución.

Hubiera querido sugerirles que podría quedarme ahí por esa noche, habría sido la mejor solución para mí, ¿pero qué clase de chica haría una propuesta de ese tipo a perfectos desconocidos? Ninguna. Precisamente en ese momento hizo su aparición el hermano mayor. Se había vestido, o más bien, se había puesto una camiseta sobre ese pecho de infarto del que era dueño y tenía las manos hundidas en los bolsillos del jeans.

—Te llevo yo —se ofreció. Pero no tenía el aire de una invitación cordial, sino más bien de un orden, un modo sencillo e indoloro de liberarse de mí en poco tiempo. Ok, me llevaba él, seguía siendo una ocasión para hacernos amigos y debía aprovecharla.

—Bien, no me atrevía a pedirlo —respondí estampándome en el rostro la mejor sonrisa que tenía a disposición en mi repertorio.

—Vámonos entonces —Cam se giró, agarró un sweater azul oscuro de una silla y se lo puso, de ese modo sus hombros parecieron aún más macizos. Tomó un manojito de llaves de una canasta que estaba sobre la mesa de la cocina y lo hizo girar entre sus dedos. Yo lo seguí, volteándome hacia los otros dos hermanos Myers. —Chau entonces, y gracias por haberme dejado hacer la llamada, regresaré mañana por la mañana con las llaves de respaldo para recuperar mi auto. Gracias de nuevo por haberme ayudado.

Sem respondió sonriendo mientras que Jafet me miró serio.

Era seguro: a Sem le gustaba y Jafet me detestaba. ¿Qué había de Cam? Lo descubriría en el trayecto.

Lo seguí hacia la entrada de la casa donde estaba estacionado el auto que poco antes había usado su hermano. Continuó caminando hasta dejarlo atrás y yo intenté imaginar con qué medio de transporte me llevaría a casa. ¿Un tractor, tal vez? No, tenía una normalísima pick-up negra algo anticuada. Nada que ver con los autos deportivos de mi hermano o los coches oficiales de la empresa de mi padre.

Subí trepando pero sin mucho esfuerzo. El interior estaba perfumado y limpio y me sorprendí. En el fondo, que alguien cultive la tierra no quiere decir que viva en medio de la tierra.

—¿Dónde vives?

¿Dónde vivía? Responder era un problema. No podría indicar uno de los barrios más exclusivos de Omaha, donde se encontraba villa Sanders, habría sido un autogol imperdonable.

—Camp Green —respondí. Era el barrio periférico en donde vivía Cloe.

—Bien, sé dónde es.

Salimos de la finca. Estaba oscuro y me encontraba en el auto con un hombre que decididamente me turbaba. Un desconocido. ¿Por qué diablos estaba montando toda esa farsa? También yo tenía dificultades para recordarlo. Ah sí, la conquista de las industrias Sanders. Tenía que convencer a ese pedazo de macho que tenía al lado, y que parecía el hermano gemelo de un hombre de las cavernas, de venderme la tierra que representaba todo para su familia.

En ese momento no me importaba absolutamente nada mi misión, solo me importaba estar en ese ambiente pequeño con Cam Myers y dejar que él se aprovechara de mí o yo de él. Lástima que al hombre no se lo veía nada entusiasmado con la situación. Parecía molesto por ese imprevisto y deseoso de dejarme en destino lo antes posible.

—Tienen nombres muy originales en vuestra familia —dije solo para interrumpir el silencio.

—Son nombres de la Biblia —respondió como si hubiera tenido que dar la misma explicación centenares de veces en su vida.

—Interesante, quién sabe cuántas bromas te habrán hecho de chico. —¿Qué estaba mal conmigo? ¿Por qué no activaba el filtro entre el cerebro y la boca?

Me lanzó una mirada resentida.

—Te sorprendería cuánta gente no lee la Biblia.

—Sí, tampoco yo la leo mucho pero sé...

Pero él no agradeció mi intervención y me interrumpió seco— ...y, de todos modos, llegó un momento en que el deseo de fastidiar se terminó. —No me costaba creer qué método había usado para persuadir a quienquiera que lo hubiese tomado como punto en sus bromas de dejar de hacerlo. Cam tenía bíceps que habrían podido retorcerle el pescuezo a cualquiera y parecía haberse desarrollado en forma temprana.

—¿Tú qué haces? —preguntó a quemarropa.

¿Qué hacía? Estaba a cargo de los recursos humanos en las industrias de la familia. Tragué esa respuesta que de seguro me habría hecho ganar un lindo paseo de noche, sola, a través de la estatal, presa de los lobos y otros animales salvajes.

—¿Yo? Me ocupo de moda. Moda a precios bajos. —¿A precios bajos? ¿Pero qué se me había cruzado por la cabeza? Era el modo en el que se me había ocurrido describir el tipo de ropa que vendía Cloe. Menos mal que Cam no debía ser un experto en ese campo.

—¿Y vienes de Iowa? —Era un tipo atento a los detalles, parecía tener buena memoria.

Demasiadas preguntas para mi gusto. Intenté mantenerme sobre el perfil de Cloe. Evitar contar demasiadas mentiras me ayudaría a recordar las patrañas que le estaba diciendo de mí. Bastaría describir la vida de Cloe para no traicionarme.

—Vengo de Des Moines y no tengo parientes en varias millas a la redonda, me refiero a que están todos del otro lado de la frontera. Estoy aquí sola y principalmente me frecuento con una querida amiga, rica y malcriada, que no sabe lo que significa ganarse la vida. —Suspiré. Había hecho mi retrato y esperé que Cam no preguntara nada más por el momento.

—¿Tú qué haces? —pregunté de repente espiándolo. Sabía exactamente lo que hacía pero no sería creíble si no me interesaba al menos un poco.

—Tengo una explotación agrícola, cultivamos maíz hace generaciones.

Como no, en el mismo terreno que tendrían que vender para hacer que mi padre le pusiera fin a su enferma obsesión.

—Un trabajo pesado —comenté. Solo podía imaginarlo, nunca había estado en un campo en mi vida, mi actividad se desarrollaba en cómodas oficinas con aire acondicionado, no bajo el sol.

—Es un negocio familiar, es toda nuestra vida.

Tragué un nudo de repentina y aguda desesperación. Sería difícilísimo arrancarle a Cam la razón por la cual vivía. Una empresa prácticamente desesperada. Pero yo era de las que no desisten tan fácilmente y estaba determinada a llevarme a casa el resultado.

Sentía que tenía todos los pelos de la nuca parados por la adrenalina que mi cuerpo estaba produciendo. Era el peligro, el ser conciente de que estaba haciendo algo deshonesto, me dije. Pero sabía que me estaba mintiendo a mi misma. Se trataba sobre todo de la presencia de ese hombre, era ese el factor que me ponía nerviosa. Inspiré intentando calmarme. Acababa de sentar las bases de una estrategia que me llevaría a ganar la guerra, solo debía ser paciente, jugar con astucia y todo iría por el rumbo correcto.

Capítulo 5

Cam

El sol aún no había salido y ya sostenía mi taza de café entre las manos. Sería la primera de una larga serie, considerando el tipo de jornada que tenía por delante. Nuevamente deberíamos sembrar al atardecer, así como lo habíamos hecho el día precedente y lo mismo sucedería en muchos días más que vendrían; el terreno había sido adecuadamente preparado, pero yo nunca estaba satisfecho y, mientras todavía hubiera tiempo, seguiría girando la tierra donde aún no habían sido arrojadas las semillas.

La siembra debía ser perfecta, solo así podríamos tener una cosecha satisfactoria. Cosecha satisfactoria significaba bienestar para nosotros, para el invierno que vendría. La hora de la verdad llegaría en septiembre, ese era el mes en que cosecharíamos y los tres teníamos en claro que sería una buena producción solo si preparábamos todo del mejor modo.

Dejaría dormir a Sem por otra hora mientras yo daba una vuelta con el tractor para girar una última porción de suelo con la que no estaba plenamente satisfecho. Subí al vehículo y lo puse en movimiento. No debía temer despertar a alguien porque en Llanura de los Robles no teníamos vecinos en un radio de millas. Y también esa era la belleza de nuestra propiedad, estar en medio de la nada, con el silencio de la naturaleza y poder disfrutarlo por completo.

Me acerqué al límite entre la propiedad y el camino rozando casi la puerta de ingreso. El auto de Victoria Palmer estaba detenido ahí, donde ella y mi hermano lo habían dejado la noche anterior.

Esa mujer había tenido agallas para meterse en la casa de unos perfectos extraños. No que me hubiera disgustado, de seguro era atractiva, pero si no hubiéramos sido buenas personas le podría haber sucedido de todo.

Paré el tractor y me detuve a mirar con atención. Era un auto pequeño pero ciertamente no barato. Nada extraño. Tal vez con su negocio de ropa a precios bajos, así como ella lo había definido, podía permitirse ese tipo de gastos. Quizá tenía una fijación por los autos e invertía en ello todos sus ahorros. A pesar de que buscaba convencerme de que todo era normal, había algo que no estaba bien, lo sentía. Era como una sensación que se insinuaba bajo mi piel, un hormigueo extraño y persistente.

En efecto, como habían contado mi hermano y ella, la hierba estaba muy alta y, si las llaves se habían deslizado de su bolsillo, sería difícil encontrarlas, a menos que se peinara el terreno palmo a palmo. Apagué el motor, bajé y fui a echar un vistazo. Giré alrededor del auto y luego miré debajo. El cárter de aceite parecía desaparecido y el tanque de combustible goteaba sobre el terreno. Aunque hubiera encontrado las llaves, habría hecho falta una buena suma de dinero para reparar ese coche.

Subí nuevamente al tractor y seguí mi camino. Tenía mucho por hacer, no podía perder tiempo con esas estupideces.

Eran las doce y habíamos trabajado duro, del mismo modo que lo habíamos hecho el día anterior y como seguramente lo haríamos también el siguiente. Solo Sem se había concebido una pequeña pausa para dejar a Jafet en la escuela, pero había regresado de inmediato y había retomado el trabajo sin demoras. Ambos olíamos como cerdos y necesitábamos una buena ducha pero en ese momento el hambre era más fuerte que el deseo de asearme y lo mismo valía para mi hermano. Nos habíamos abandonado, yo sobre una silla con una cerveza en la mano y Sem sobre la mecedora olfateando el aroma de los filetes que se asaban en la parrilla. Nuestro patio era ideal para ese tipo de almuerzo, tenía abundante sombra y a esa hora era fresco, con un vientito que traía alivio a nuestra fatiga y estimulaba el apetito.

—Está llegando alguien.

Ambos sabíamos de quién se trataba. Ladeé el cuello permaneciendo sentado y extendí la mano hacia el binocular que teníamos en la mesa, listo para ser utilizado. La entrada al campo estaba lejos pero con ese aparato podíamos ver quién se presentaba, aunque teníamos pocos visitantes y esos pocos no eran nada gratos.

—Es una grúa y detrás hay un auto —dije mirando a través de los lentes.

—Debe ser Victoria —respondió Sem con una luz de alegría en los ojos. No me gustaba esa luz. Y, para ser honesto, no me gustaba mucho esa mujer.

—Voy a abrirle —dijo saltando de la silla como un grillo. Era como si, súbitamente, todo su cansancio se hubiera evaporado como el humo que salía de nuestros filetes. Quería decirle que la hiciéramos esperar un poco pero no pude hacerlo porque ya se había subido al auto. Toda esa solicitud era molesta e injustificada. Esa mujer era una charlatana rompe pelotas que solo nos había procurado fastidio. ¿Qué hacía falta para liberarse de ella y pasar a otra cosa? Además, no podía imaginar cómo había podido resistir con el auto en esas condiciones. Si no hubiera perdido las llaves en la hierba, con lo dañado que estaba, se habría quedado a pie, de seguro.

Con los binoculares vigilé lo que sucedía. La grúa remolcó el auto y salió por la puerta que Sem había abierto. El otro auto, en cambio, avanzó lentamente hacia la casa, seguido por Sem. No sabía por qué, pero verla venir hacia mí me quitó repentinamente el hambre.

El coche se detuvo delante del patio y de ahí salieron dos: Victoria y otra tipa de cabellos cortos y color rojo zanahoria.

—¡Hola Cam! —la escuché gritar. Un sonido que decir fastidioso era poco.

¿Desde cuándo teníamos tanta confianza? No respondí, solo alcé la mano.

Ambas se acercaron al patio. —Te presento a mi amiga Cloe, me dio un aventón hasta aquí para recuperar mi auto.

—Hola —mascullé en dirección a esa excéntrica mujer. Dejé que se aproximaran, estaba seguro que el olor que Sem y yo teníamos después de una mañana de trabajo las disuadiría de permanecer por mucho rato. Por el contrario, Victoria pareció no notarlo en absoluto, sonrió y estiró los brazos hacia mí, poniendo en mis manos algo que hasta ese momento yo no había notado y que tenía la forma de un plato. —Traje una tarta de arándanos para agradecerlos por vuestra gentileza.

¿Gentileza? No quería ser gentil y no lo había sido. ¿Qué rayos decía? ¿Y por qué no se le quitaba esa sonrisa perfecta de la cara?

En algún lugar del fondo de mi conciencia registré que estaba más bella que la tarde anterior, radiante casi. Al sol sus cabellos castaños tenían reflejos cobrizos y la piel parecía tan suave que era perfecta. Pero no era tan virtuoso como para notar únicamente esos detalles. Cuando se giró le miré largamente el trasero y cuando estuvo frente a mí no pude menos que notar como la blusa que

llevaba se tensaba en su pecho. Esa mujer estaba despertando mi lado animal y no lo agradecía en lo más mínimo. Me gustaba tener bajo control las situaciones, gobernarlas, no ser presa de sensaciones que no podía dominar y que me obligaban a pensar con lo que tenía entre las piernas.

—No era necesario —respondí. No quería ser brusco pero de todos lo resulté.

—Ya que están, porque no os quedáis a almorzar con nosotros, estamos asando filetes en la parrilla. —Fulminé con la mirada a Sem. Sonreía como un idiota en dirección a ambas. Lo único positivo de todo ese fastidio eran las sonrisas de Sem. Yo pagaría oro con tal de verlo sonreír.

—Ya hemos comido —dijo la tipa de cabellos cortos. Parecía sincera y desenvuelta. Se la notaba fascinada por la naturaleza, como si realmente le gustara el campo.

Me sentí aliviado.

—Pero con gusto nos quedaremos para probar la tarta —replicó Victoria sonriendo.

Fantástico. Si había algo que adoraba era comer carne poco hecha en paz con mi hermano, sin pronunciar una palabra. El silencio no nos incomodaba, por el contrario, era agradable saber que no debíamos impresionar a nadie y que podíamos masticar nuestro pedazo de carne jugoso sin interferencias innecesarias.

Sem tomó dos sillas e hizo acomodar a las mujeres mientras yo les daba la espalda para voltear los filetes. Inmediatamente después, Victoria estaba a mi lado con un timing fastidioso.

—Eres un buen cocinero.

¿Qué debía responder? Me giré para mirarla a la cara y buscar la inspiración correcta para mandarla a la mierda pero me choqué con sus ojos verdes, con los rizos de ese particular tono de castaño rojizo y algo pasó dentro de mí. Aparté rápidamente la mirada, fuera lo que fuera no lo necesitaba. Me encontraba muy bien así como estaba.

Volví a girar los filetes. Precisaba solo una buena comida, un buen descanso y luego reanudar el trabajo.

Sem y yo comimos mientras Cloe y Victoria cortaban la tarta. Mi hermano mantenía viva la conversación mientras yo, como el patán que era, permanecía concentrado en mi comida y respondía con monosílabos.

Lo que más me fastidiaba era que Victoria parecía tomar mi hosquedad como un incentivo. Conversaba alegre como una cotorra y, mientras más alegre y chispeante era ella, más me ensombrecía yo. Y sin embargo, por más que me esforzara en mirar mi plato, no podía evitar lanzar miradas en su dirección.

Era un hombre, joder, y no me concedía una mujer desde hacía tanto, demasiado tiempo. Tal vez era ese el motivo por el que mis ojos estaban imantados por sus senos. Le tensaban la blusa, eran voluminosos y firmes. Quién sabe cómo tendría los pezones, si alargados o planos, rosa claro u oscuro. Debí agradecer al cielo por estar sentado y tener las piernas metidas bajo la mesa, de lo contrario las consecuencias de mis pensamientos se habrían exhibido ante la vista de todos.

Engullí la carne y rechacé el postre. Estaba de mal humor, la presencia de Victoria Palmer me había arruinado el almuerzo y no veía la hora de que ella y su amiga se largaran. Aunque a decir verdad el fastidio era ella, esa Cloe de cabellos rojos y cortos era mucho más silenciosa y, en consecuencia, mucho más agradable a mis ojos.

Cuando me levanté para llevar el plato a la cocina cualquier rastro de fantasía erótica se había desvanecido, la había hecho desaparecer con fuerza de voluntad. Puse mi plato en el lavabo y advertí una presencia a mis espaldas. —Puedo darte una mano para lavarlos.

Me giré y la encontré levantándose las mangas hasta los codos. Era demasiado.

—No es necesario, ni siquiera has comido.

—Pero quiero ayudar, fueron tan amables conmigo que...

—He dicho que no —respondí bruscamente. Tal vez demasiado. La vi abrir los ojos con sorpresa y también un poco asustada.

—Quiero decir que no es necesario que lo hagas.

Me miró fijo a los ojos. —Si alguien quiere hacerte un favor simplemente lo hace y punto. — Lo dijo como si fuera el razonamiento más obvio del mundo. ¿Cómo podía explicarle, sin ser demasiado brusco, que no soportaba la intrusión y que no debía meter la nariz en mi espacio ya que éramos dos perfectos desconocidos? Busqué las palabras correctas manteniendo mis ojos en los suyos y esforzándome en no deslizarlos más abajo, de lo contrario sería mi capitulación, el fin de mi credibilidad.

—Escucha, perdóname, yo no quería ofenderte es solo que...no estoy acostumbrado —admití. ¿Podía ser suficiente? Absolutamente no, obvio.

—¿Acostumbrado? Repliqué mirándome con ojos que no entendían. Tal vez gastar saliva ahora me ahorraría perder más tiempo con ella en un futuro. Intenté.

—Sí, mira somos tres hermanos, mi padre murió recientemente, mi madre hace tiempo ya. Yo me ocupo de ellos pero nadie me pregunta si puede hacer algo por mí. Es difícil de explicar y no sé bien por qué lo estoy haciendo contigo que ni siquiera me conoces.

En lugar de ofenderse, sonrió. Y vaya que era hermosa cuando sonreía.

—Deja que te ayude y punto —dijo apartándose y poniéndose frente al lavabo. Su cadera golpeó ligeramente la mía y me pareció sentir mil chispas ahí donde había sido esa conjunción. Me alejé para ir a buscar el resto de la vajilla que quedaba por lavar pero también con el firme propósito de recuperar un poco de lucidez. ¿Qué me estaba sucediendo?

Afuera encontré a Sem que reía con Cloe y habían recogido casi todo.

—Le he dicho a Cloe que el domingo próximo será la feria de la agricultura y que después de la exposición de las maquinarias la noche se transforma en un evento muy divertido. Podrían venir con nosotros.

Cloe respondió antes de que pudiera fulminar a mi hermano con la mirada.

—Sería fantástico.

Fantástico un cuerno. La feria era un momento importante, iba hacia una vida con papá y recientemente había comenzado a venir también Sem; evaluábamos la compra de nueva maquinaria, la venta de las viejas, todo con mucha atención porque no podíamos permitirnos grandes gastos. En esos momentos debía estar concentrado porque estaba en juego nuestro dinero. ¿Cómo Sem podía transformar una cosa tan seria en un paseo?

El golpe de gracia lo dio Victoria desde el interior de la cocina.

—El domingo el negocio está cerrado, ¡definitivamente iremos!

La media hora siguiente pasó entre los juramentos que decía en mi interior y las risas del resto del grupo.

—Voy a descansar, tenemos un arduo trabajo por delante esta tarde.

Las dos chicas entendieron la indirecta y se pusieron de pie. Nos saludaron con cortesía pero sin intercambiar besos y Sem y yo las vimos alejarse con su auto a través del sendero.

—En los últimos dos días, dos grúas han dejado nuestra propiedad —comenté pensando en esa curiosa coincidencia.

—Es verdad —dijo mi hermano.

“Sí —respondí.

Capítulo 6

Victoria

—¿Se puede saber qué necesidad hay de mandar a Manuel a sabotear tu auto a la finca de los Myers? No sirvió prácticamente para nada, ¿no recuerdas haber mentido descaradamente diciendo que habías perdido las llaves en la hierba?

Resoplé. —El hecho es que cuando salimos de la propiedad con la camioneta de Cam, las dejé caer por la ventanilla a unos cuantos metros de la puerta. Bastó sacar el brazo con indiferencia, ni siquiera hicieron ruido al caer entre la hierba.

Cloe me miró como si estuviera loca. —¿Y por qué, si puede saberse, toda esta puesta en escena?

«??Ufa Cloe, pero tengo que explicártelo todo. Tarde o temprano las encontrarán y pensarán que todo lo que dije era completamente cierto. Con el auto sabotado por Manuel no he corrido el riesgo de que Sem lo pusiera en marcha y me lo trajera de vuelta.

—¿Y a dónde? ¿Si ni siquiera saben dónde vives?

«Cam lo sabe, le he dado la dirección de tu casa haciéndola pasar por mía.

Cloe permaneció en silencio unos instantes para procesar todo y luego habló.

—Creo que te estás equivocando completamente de táctica.

—¿Qué quieres decir? —golpeé la puerta del auto que acababa de estacionarse frente a mi casa. También yo tenía la certeza de que las cosas no estaban yendo por el camino correcto pero no sabía qué hacer. ¿Cómo penetrar un muro de goma? Sí, porque así se podía definir la actitud de Cam Myers hacia mí. Oscilaba entre el fastidio, la intolerancia y la indiferencia. Ciertamente no eran buenas condiciones para seguir adelante.

—Quiero decir que antes que nada debes identificar a quién apuntar: ¿Cam o Sem?

Saqué las llaves y abrí la casa de huéspedes. Dejé esa horrible bolsa que había tomado prestada de Cloe y me tiré sobre el diván desconsolada. Claro que ese también era un problema, pero dentro de mí sabía que había poco para decidir. La naturaleza haría lo suyo, estaba en el orden de las cosas.

—Al principio había pensado en Sem, más joven, seguramente más maleable pero después que vi al hermano...

—Has pensado que quieres follarte a ese pedazo de carne

Me horroricé. —¿Qué vulgar eres! He pensado que es él quien tiene la situación en sus manos. Sem no cuenta para nada, las decisiones las toma ese bárbaro troglodita...»

—...por el que te dejarías follar en todas las posiciones —agregó Cloe decidida a no rendirse.

—¿Continúas? —Le reproché. Pero la verdad era que estaba ardiendo de solo pensarlo.

—No soy vulgar en absoluto, solo digo la verdad y deberías hacerlo tú también. ¿Has visto que espalda? ¿Y qué ojos? Parece que te está taladrando con esa mirada y, en mi opinión, sería mucho lo que podría taladrarte con otras partes.

—Estoy convencida —suspiré. Era cierto que estaba haciendo todo para vencer la competencia con Jackson y acaparar la empresa familiar, pero sucedía que por momentos lo

olvidaba completamente. La verdad era que ahora que había conocido a Cam Myers no me habría disgustado en lo más mínimo meterme en su cama. Y quedarme en ella un buen tiempo.

—¿Tú crees que si lograra entrar en su gracia, podría persuadirlo de venderme la propiedad?

Cloe frunció los labios con una expresión que no hacía presagiar nada bueno. —Fue poco tiempo el que pasé con él pero me he hecho la idea que es un tipo duro, alguien que no se vendería por ningún motivo del mundo.

—Qué dramática eres. No quiero que se venda. Quiero que venda, simplemente. Él también sacará provecho de toda esta historia, de hecho, ellos, toda la familia obtendrá su beneficio.

Pero Cloe era despiadada. —¿Estás seguras? Te estás describiendo como una benefactora. ¿Cómo llamarías lo que intentas hacer?

Estallé exasperada. —Persuasión, lo llamaría persuasión.

Cloe tomó una manzana verde de la frutera que tenía sobre la mesa, mordió la pulpa crujiente y fue hacia la ventana. —Yo me he persuadido, en cambio, que a ese lo rompes pero no lo doblas. Tiene el sentido del honor y de la familia en la sangre. Las raíces, todas esas cosas.

También yo tenía la misma impresión pero no quería admitirlo. Admitirlo significaba afrontar un desafío mucho más complicado de lo que había imaginado. Por otra parte, que esos Myers eran duros lo había experimentado mi padre en primera persona, él que era uno de los hombres de negocios más despiadados de Nebraska.

—Pero ¿quién es, tu hermano ese?

Me levanté perezosamente del diván y me asomé yo también para mirar desde detrás del vidrio. Era él, el mismo Jackson, dentro de un lujoso auto deportivo flamantemente nuevo. Abrí la ventana.

—¡Jackson! —Mi hermano salió del auto y se acercó a la ventana donde Cloe y yo estábamos admirándolo. Sin quitarse las gafas de sol nos dirigió una mirada de esas deslumbrantes, casi como las lentes de sus preciosos Ray-Ban.

—¿Has cambiado de auto?

—No soportaba la idea de tener que hacer limpiar el otro —replicó presumido con una mueca.

—Eres un comprador compulsivo —le recriminó Cloe riendo.

—Un materialista amante del lujo y del dinero, para completar la definición.

—¿Has tirado la toalla con los Myers? —lo interrogué. Estaba más que segura de que no era así, cualquiera fuera la respuesta que me hubiera dado Jackson.

—Me estoy lamiendo las heridas, pero no he abandonado. ¿Y tú?

Sonreí. —Tengo un plan en mente. Estoy trabajando en ello.

—Un plan que por el momento está yendo mal, de hecho muy mal —sonrió Cloe.

Le di un codazo en las costillas. —¿Se puede saber de qué lado estás?

—Del que se comporta lealmente —respondió sin perder el buen humor; era fácil para ella, el Fair Trade y todas esas estupideces que le gustaban tanto eran un paraíso para los corazones tiernos como ella. Cloe no sobreviviría ni siquiera un día en mi mundo o en el de mi hermano.

—Entonces deberías alejarte de esta casa Cloe —dijo sinceramente mi hermano.

Era cierto. Mi padre nos había criado a ambos poniendo en primer lugar la astucia y el arte del engaño. Éramos un ejemplo viviente del lema de los Maquiavelo. El fin justifica los medios.

—En el fondo no son malos, solo codiciosos.

—¡Gracias por el cumplido!

—Por favor, Jackson.

Cuando Cloe dejó mi casa esa noche, me recosté sobre el diván con una buena copa de vino

tinto en la mano. Tenía mucho que planear. Si quería continuar con mi programa, debía tener el valor de llegar hasta el final y sobre todo de darle un buen impulso a la situación. Jackson había regresado de nuevo a la pista, no se quedaría para siempre con las manos en los bolsillos, pronto actuaría. Y yo no tenía ninguna intención de perder la partida.

El domingo siguiente llegó después de lo que me pareció una eternidad y lamentablemente llovía. No era una buena señal y sobre todo no hacía presagiar nada bueno, pero yo no era supersticiosa y me sentía particularmente confiada. Era el día justo para imprimir un giro a mi relación con Cam, más que nada para crear una relación con él, considerando que hasta ese momento se había mostrado más bien frío y distante.

Había obligado a Cloe a quedarse en casa, aunque ella hubiera ido con gusto a una feria agrícola. Poseía un interés potente y marcado por todo lo que era artesanal, hecho a mano y proveniente de la tierra. Tenía el número de teléfono de Sem con el que me había apresurado a concertar la cita. Habíamos acordado encontrarnos delante de la propiedad Myers y yo había sido puntual. Había venido en mi auto e iríamos a la feria con el de los chicos. Estaba esperando dentro del habitáculo, golpeado por una lluvia densa e insistente. Me había puesto un par de jeans y había sacado del fondo del armario una camisa a cuadros negra y rosa. Me había maquillado los ojos pero había evitado el labial. Naturalmente tenía una boca bella y consideraba que tal vez lo mejor sería evitar el efecto seductor conciente. De acuerdo a mis presunciones, habría hecho que Cam huyera despavorido. Más bien lo seduciría sin que él lo notara.

Puntual como un reloj suizo vi una silueta que, a paso marcial, bajaba de la pick-up negra. ¿Por qué solo una? La puerta de mi auto se abrió y Cam entró goteante y tremendamente enojado. —¿Estás solo?

—Como puedes ver. —No comenzábamos nada bien. ¿Por qué estaba tan nervioso?

—Jafet tiene fiebre y Sem se quedará con él. No podemos dejarlo solo y no puedo llevarme el auto, nunca se sabe.

—Ok. —Si podía pasar todo el día a solas con Cam, tal vez después de todo la fortuna estaba de mi lado. Siempre que su humor mejorara, aunque fuera un poco. En ese momento parecía que solo deseaba despedazar a alguien. Apenas me puse en marcha bajó el volumen de la radio.

—Perdona, tengo un enorme dolor de cabeza. —Pero no parecía para nada alguien que quisiera disculparse.

—No hay problema, si quieres podemos conversar un poco, para mí es mejor. Me gusta hablar. —Habría jurado que escuché a sus muelas rechinar. No debía salir así. ¿Por qué era tan complicado intercambiar dos simples palabras con ese hombre? Yo era la clase de persona que le gustaba más o menos a todos, optimista, desenvuelta. Era mi punto fuerte al tratar con las personas. Ganaba su confianza y, a decir verdad, también me aprovechaba un poco de ello. ¿Por qué precisamente él tenía que encontrarme insoportable?

—¿Conoces el camino? —preguntó huraño.

—No, pero si me dices dónde debo ir, sé conducir. —repliqué un poco molesta. No podía soportar que me maltratara eternamente, no estaba en mi naturaleza. Y además, también tenía mi amor propio. Estaba bien sacrificarse por la causa, pero no exageradamente.

—¿Qué hay de interesante en esa feria?

—Para ti creo que nada, se trata de equipos y máquinas agrícolas. —Esa respuesta hizo que

dudara; no sabía qué tan interesante podía ser el evento no para mí directamente, pero para las industrias Sanders seguramente sí.

Espí su rostro enfurruñado. Evidentemente él debía ir por obligación, yo le había caído del cielo como una sorpresa inesperada y no precisamente de las más agradables y con gusto se habría liberado de mí, si hubiera podido. Ese era el resumen de cómo estaban más o menos las cosas.

—¿Para empresas familiares?

—Sí —replicó. Bien, no corría riesgo de encontrar a mi padre y a mi hermano. Aunque ellos nunca hubieran puesto los pies en una feria, como máximo habrían mandado a alguien a hacer contactos.

Lo miré de reojo mientras conducía. También él estaba vestido sport, con jean y una camisa muy parecida a la mía. Era guapo, apetitoso casi. ¿De qué otro modo podía describirlo, considerando que hacía que se me hiciera agua la boca? Ejercía sobre mí la fascinación del hombre rudo y directo. En él no había ninguna huella de ese cuidado obsesivo que mis contemporáneos masculinos dedicaban a sus cuerpos. ¿Era posible que después de años y años de civilización y emancipación femenina me viera reducida a eso? Evidentemente sí.

¿De qué me había servido afirmarme en la empresa de la familia si luego sufría el tosco encanto de ese tipo que era todo menos gentil y afable?

Seguramente carecía de tacto, no le importaba nada hacerme quedar mal y cuidaba solo de su familia, es decir de sus hermanos, que parecía que eran los únicos a los que quería.

Fuimos la mayor parte del viaje en silencio, mientras yo percibía cómo mi desánimo aumentaba a medida que nos acercábamos a destino.

Bajamos del auto y lo primero que hice fue meter un pie en un charco de lodo. Fantástico.

—Me empapé toda —protesté.

—Culpa tuya que no llevas los zapatos más adecuados —me reprendió. Al final de ese día probablemente lo odiaría. Bajo la lluvia llegamos a la entrada y de inmediato nos metimos en el primer galpón. Estaba lleno de gente y el olor a semillas y fertilizante era casi insoportable. Nos detuvimos prácticamente en todos los stands, Cam habló con casi todos los representantes de cada empresa y yo me aburrí como una ostra. A las dos tenía tanta hambre que creía que me desmayaría.

Nos acercamos a un kiosco donde Cam compró dos sándwiches de proporciones enormes y comí el mío llena de remordimiento. Con eso había cubierto mi cuota de carbohidratos por la siguiente semana, pero estaba demasiado frustrada como para además, pasar hambre.

La tarde no fue muy diferente a la mañana, solo que se desarrolló en otros galpones que aún no habíamos visto y nosotros, obviamente, debíamos visitarlos todos. Cuando el sol se ocultó estaba más abatida que cansada. Ya había dejado de llover y me dejé caer en una banca al aire libre. Solo que estaba inundada y me empapé el trasero.

—Podría estar mojada —me previno riendo. Lo habría abofeteado. ¿Decirlo unos segundos antes no, no?

—Gracias por tu premura —repliqué resentida levantándome de un salto. Me daban ganas de llorar. Sentía la panza hinchada por ese sándwich gigantesco y la lluvia había hecho que mi cabello se viera como el de un caniche.

—¿No hay nada de divertido para hacer aquí? Sem había hablado de una fiesta o algo parecido.

—Sí, ahora, una vez que termina la feria hay un refrigerio precisamente allá, en la tienda principal.

Dirigí la mirada siguiendo la dirección a sus ojos y noté una estructura muy similar a la de un

circo, a rayas blancas y rojas. No tenía para nada el aspecto de los sitios que solía frecuentar, pero debía resignarme al hecho de que me encontraba en un mundo diferente al mío, tenía que adaptarme. El bonus era Cam, aunque hasta ese momento había resultado más un malus que otra cosa.

—No estaremos mucho, estoy cansado y mañana debo levantarme temprano para ir al campo.

—Fantástico —repliqué. ¿Era posible que solo pensara en sí mismo?

—Y creo que también tú debes trabajar —agregó casi leyéndome la mente.

Me mordí la lengua para no responder que habían pasado los tiempos en los que mis padres me mandaban a la cama temprano porque al día siguiente había escuela. Y, de todos modos, por el trabajo que hacía, no debía levantarme al alba como él. Podía ir y venir cómo y cuándo quería, nadie me diría nada simplemente porque era el jefe.

Cuando entramos en la tienda mi humor mejoró apenas un poco. Los asientos eran bancos de madera rústica y había grandes tablas en lugar de mesas. No se servían cócteles sino solo jarras de cerveza que cada quien podía tomar directamente de una barra ubicada en el fondo, mientras una musiquita alegre hacía la atmósfera efervescente. Tal vez la noche diera un giro favorable.

—¿Quieres algo de beber? —La voz de Cam me devolvió a la realidad. La primera cortesía del día. Al menos en el fondo era educado.

—Me encantaría, gracias.

Lo observé mientras me daba la espalda y se acercaba a la barra. La mía era una causa perdida, ese hombre era inmune a mis encantos, nunca entraría en su cama y jamás le arrancaría concesiones sobre sus tierras mientras estaba entre mis brazos. La verdad era que, por más que me esforzara, no le gustaba y punto. La fuerza de un luchador estaba también en comprender cuál era el momento en que era necesario deponer las armas y rendirse. Tal vez había llegado ese momento para mí, al menos por ahora. Mientras pensaba en eso, el karma decidió arremeter para darme una clara de señal de cuan cierto que era lo que acababa de pensar.

Detrás de la barra en la que se servían solo cervezas, una de las encargadas era una mujer. Era más grande que yo, tal vez tenía la misma edad de Cam, vestía el típico traje bávaro y no tenía temor de lucir un peinado con complicadas trenzas anudadas como una verdadera cantinera alemana. A pesar de la distancia, podía ver que el traje dejaba admirar un generoso escote. Se conocían. Ella le sonrió y él le sonrió. Ella dijo algo y él, en lugar de sonreír de nuevo, estalló en una carcajada, de esas liberadoras que te hacen pensar en lo bella que es la vida. Mis hombros se hundieron por el desaliento. Nunca había reído de ese modo conmigo, por más que yo hubiera intentando provocarle alguna reacción.

Era yo la que no era su tipo. Su tipo era una mujer fuerte, leal, sincera, posiblemente de su misma altura. ¿Qué era yo en cambio? Una bajita e intrigante estafadora que tenía como único objetivo engatusarlo.

Mientras esperaba que regresara con las cervezas cerré los ojos y disfruté la música. Probablemente debería renunciar esa misma noche. Tirar la toalla, desaparecer de forma misteriosa, del mismo modo en el que había aparecido en su vida. Sería la mejor decisión.

—Dame una señal- murmuré para mi misma- una señal de qué debo hacer.

—¿Quieres bailar?

Abrí los ojos. Un chico, con la nariz en forma de patata y los ojos un poco demasiado cerca pero con cejas muy largas, vestido más o menos como Cam y yo, estaba tan cerca de mi cara que hubiera podido besarme.

—¿Quién? ¿Yo?

Miré hacia Cam ocupado aun riendo de lo que la linda campesina le decía. ¿Esa era la señal que me habían mandado? ¿Un granjero que me invitaba a bailar? Si era esa, la tomaría al vuelo.

—Sí —respondí un poco crispada. Ni siquiera había escuchado bien qué tipo de música estaban tocando, pero no me importaba nada. En la pista me di cuenta que no era un baile en parejas sino en grupo y di gracias al cielo.

Comencé a hacer piruetas sin saber muy bien qué debía hacer y pisoteando muchos pies. Cuando me detuve para recuperar el aliento vi que Cam había regresado a nuestra mesa y bebía su cerveza. Tenía sed y estaba agitada, de modo que lo alcancé de buena gana.

—Salud —dije tomando el vaso y bebiendo con avidez. La cerveza estaba fresca y descendía a través de mi garganta que era una maravilla. Con un único largo trago bajé un tercio del contenido.

—Ve a bailar, tus nuevos amigos te esperan —dijo.

Me giré hacia el grupo y vi que me hacían señas para que regresara. —Estoy demasiado agotada, prefiero descansar un poco. —Volviéndome hacia la barra vi que la rubia de cabellos trenzados nos miraba. Me acerqué más a Cam. No serviría de nada, ya lo sabía, pero lo idea de rendirme no me agradaba en lo más mínimo.

Terminé la cerveza y no regresé a bailar. Cam se alejó un poco para llamar a su hermano y saber cómo estaba Jafet. Luego de una hora estábamos en mi auto, de regreso a su propiedad. Esta vez encendí la radio sin siquiera preguntar si era bienvenida o le causaba hastío. Necesitaba algo que me distrajera. No sabía si lo fastidiaba pero honestamente tampoco me importaba. Llegamos delante del acceso a Llanura de los Robles. La oscuridad era total. Había dejado de llover pero el terreno debía estar hecho un lodazal, Cam se ensuciaría todos los zapatos para llegar a su auto pero no debía importarme para nada.

—Entonces chau —dije sin girarme, mirando fijamente el parabrisas. Había que saber admitir la derrota. Regresaría a casa y al día siguiente le mandaría a Cam Myers, a través de nuestros abogados, una oferta económica respetable para la compra de su tierra. Él no sabría que V. Sanders era yo y la rechazaría con desprecio, como era de esperar.

Y ahí concluiría mi aventura con él, laboralmente hablando. Desde un punto de vista personal, en cambio, finalizaría esa misma noche. No había ningún motivo para encontrarnos de nuevo, considerando que mi compañía era tan agradable para él como una espina clavada en el culo.

Tenía el corazón apretado por la pena y no era por la empresa. Mientras esperaba que bajara sentí algo desconocido sobre mi piel. Era el toque cálido de su mano, sus dedos que con dulzura, pero firmes, tomaban mi barbilla y me hacían girar hacia él. El corazón comenzó a latirme de prisa. Sus ojos oscuros estaban determinados, el ceño fruncido como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para concentrarse. Sus labios se acercaron a los míos y en ese momento pensé que estaba por ocurrir un milagro. Los sentí sobre mi boca. Cálidos, suaves. Su aliento sabía rico, ligeramente a cerveza y a algo de lo que quería probar más. ¿Qué debía hacer? ¿Abrir la boca? ¿Meterle la lengua en la garganta? Mientras me lo preguntaba, con el corazón confundido y el cerebro alborotado, no hubo necesidad de pensar qué hacer porque fue él quien abrió mis labios con su lengua. Se metió dentro de mí y me saboreó dejándome sin aliento. Cam Myers sabía besar realmente bien. Cuando se separó de mí sus ojos estaban oscurecidos y velados por el deseo.

—Tienes mi número —susurré no sabiendo qué decir. Él asintió solemnemente y luego bajó del auto.

Capítulo 7

Cam

Sembrar siempre me había relajado, contribuía a infundir dentro de mí un sentimiento de paz. Consideraba que preparar todo lo necesario para la cosecha era una manera de distender los nervios. Pero esa vez parecía que no todo era tan fantástico. Había regresado del campo y me había dado una ducha para quitarme la suciedad y el sudor. Aún con la bata puesta había abierto la puerta y había encontrado tres facturas atrasadas. Si no pagaba la electricidad probablemente la cortarían.

—¡Cam! —Vi a Jafet acercarse en pijama con la cara aún adormilada.

—Ey gigante, ¿cómo te sientes?

—Mejor, pero no lo suficientemente bien como para ir a la escuela.

—¿Qué significa eso?

—Exactamente lo que he dicho.

Se dirigió directamente hacia el refrigerador a tomar la botella de leche. Se sirvió un vaso y comenzó a beber. La idea de que la nevera y el resto de los electrodomésticos dejaran de funcionar, me ensombreció. Y no era una perspectiva tan remota. Mientras mi padre había vivido nunca había pasado y no debía comenzar a suceder ahora que la responsabilidad de mi familia era mía.

—Ok, por hoy podrás quedarte en casa, pero si continúas sintiéndote bien mañana por la mañana irás derecho a clases.

—Está bien. —Estaba satisfecho y tenía los bigotes blancos de leche. Mi hermano era demasiado joven para sufrir privaciones y yo nunca permitiría que eso sucediera.

Escondí las boletas a pagar bajo el periódico.

—¿Noche de hot dogs?

—A decir verdad creo que esta noche saldré —tuve que confesar con algo de incomodidad.

La cara de Jafet estaba llena de sorpresa. —¿Dónde vas?

—A cenar afuera, creo. —Dar detalles me avergonzaba.

—¿Con una mujer?

—Sí —admití. No estaba acostumbrado a responder tantas preguntas y tampoco estaba habituado a hablar de mujeres.

—¿Con Victoria Palmer? —preguntó como si se tratara de algo desagradable de lo que habría que mantenerse alejado.

—El plan es ese, pero aún debo preguntarle, no sé si aceptará.

—¡Pero ya salieron juntos, a la feria, ayer!

—Sí, técnicamente sí, pero no era una verdadera cita.

—¿Quieres pedirle una cita? —Ahora estaba realmente disgustado.

—¿No te gusta?

—No.

—¿Por qué?

—Porque creo que es una timadora. —Eso sí que era interesante.

—¿En qué sentido?

—Alguien que quiere aprovecharse de nosotros.

Sonreí frente a esa desesperada defensa del territorio. —Mira a tu alrededor, no hay mucho de lo que aprovecharse. —Llevábamos una vida sobria, con pocos lujos y mucho trabajo. Nuestra casa era antigua, para no decir vieja, y no había nada atractivo en ella.

Jafet no respondió.

—Has como te parezca —me liquidó. Me puse de pie y fui hasta donde él estaba, dándole una palmada fraternal en la espalda.

—Pero me gusta que te preocupes por mí. Lo tendré en mente, me cuidaré las espaldas. — Hizo una mueca, como si se conformara con esa solución pero no estuviera del todo satisfecho. Cuando me quedé solo en la cocina tuve que enfrentarme al interrogante más difícil de manejar. ¿Cómo se invitaba a una mujer a cenar? En los tiempos en los que lo hacía frecuentemente no tenía tantos problemas, era muy desenvuelto. Además, para ser sincero, no era precisamente a cenar que invitaba a las chicas. Me bastaba intercambiar con ellas algunas palabras en un bar y tomarnos algo, para encontrarme luego en el asiento posterior de mi auto dándonos duro. Así de simple. Solo que ahora no parecía tan sencillo. Pero nos habíamos besado y el recuerdo de cómo su boca húmeda había chupado mi lengua me dio la fuerza suficiente para superar cualquier embarazo. Quería volverla a ver.

Podría comenzar preguntándole si le apetecía tomarse una copa conmigo, de seguro eso era mucho menos comprometedor que una cena.

Tomé el teléfono y escribí un mensaje.

“¿Quieres ir a beber algo esta noche?”

Dejé el celular sobre la mesa con la intención de controlarlo solo en la noche. Tenía un largo día de trabajo por delante y, aunque el recuerdo del beso no había hecho más que atormentarme, no tenía ninguna intención de estar vigilando todo el tiempo mi celular para saber si Victoria aceptaba o no la invitación.

Capítulo 8

Victoria

—¿Has seguido las instrucciones?

—Sí, a raja tabla.

—Eso deja que sea yo quien lo juzgue. ¿Cuándo has respondido?

—Dos horas después de haber recibido el mensaje.

—Perfecto, no debes mostrar ni mucho interés ni demasiado poco.

—Asómate y ve si está llegando.

Cloe se acercó a la ventana de su apartamento. Era ahí que le había hecho creer a Sem que vivía y ahí iría buscarme Cam.

Cloe se sirvió una tisana que olía prácticamente a pies.

—¿Por qué tienes que beber eso, tiene un olor espantoso!

—La melisa es purificante, deberías hablar bien si quieres entrar mejor en el personaje.

—¿Qué personaje?

—El mío. ¿No te estás haciendo pasar prácticamente por mí con Cam Myers?

Era cierto, me había apropiado de su casa, de su trabajo y de sus ropas pensando que de ese modo, Cam podía encontrarme más interesante y podríamos congeniar mejor. Probablemente me equivocaba, porque hasta ese momento le había resultado odiosa, excepto por el beso que habíamos compartido. Eso sí que había sido algo maravilloso.

—Apenas haya alcanzado mi objetivo me libraré de él y también de toda esta puesta en escena, no veo la hora de volver a ser yo.

—¡Buena suerte!

Cloe levantó la tisana como si estuviera brindando.

—Basta, ya estoy lo suficientemente nerviosa como para tener que lidiar contigo.

—¿A dónde irán?

—No lo sé, ha dicho que a tomar una copa, dejaré que él tome la iniciativa.

—Esperemos que realmente lo haga. De todos modos, ¡ya está aquí! Murmuró. Estaba por responderle del modo que merecía cuando escuché que golpeaban la puerta.

—¿Por qué no me avisaste antes! ¡Qué hacías junto a la ventana!

—Me distraje, ¿está bien?

Cloe era la persona más desastrosa que conocía, una pésima estratega. —Actúa como si fueras una invitada —susurré.

—¿Y cómo actúa un invitado?

No respondí porque fui directo hacia la puerta para abrirle a Cam. Solamente la fulminé con la mirada.

Cuando lo vi quedé sin aliento.

Si Cam Myers era fascinante en ropa de trabajo, limpio y listo para una cita era realmente irresistible. Tenía el cabello algo desordenado y húmedo, una camisa blanca perfectamente

planchada sobre su amplio pecho y una chaqueta de cuero bastante gastada. Traté de volver a mirarlo a los ojos, aunque era difícil luego de haber bajado la vista sus jeans.

—Hola —dije. Sabía qué estaba mirando. Tenía en frente una chica que no estaba mal, con un atuendo que arruinaba todo. Cloe me había obligado a ponerme una falda larga y ancha pero estrecha en la cintura y una blusa ajustada con estampado de flores de hibisco color burdeos. Había luchado para que al menos la falda fuera de un único color.

—Estoy lista —dije tratando de quitarle los ojos de encima. El recuerdo de nuestro beso afloró prepotente e inesperado. Era como si estuviera sucediendo en ese instante y sentí que mis mejillas ardían.

—Solo debo tomar la bolsa y la chaqueta. Cloe...- me dirigí hacia mi amiga – puedes quedarte cuanto quieras, siéntete en tu casa. —La vi blanquear los ojos mientras Cam nos daba la espalda.

Cuando estuvimos fuera él me esperó, escoltándome hasta su auto y luego partimos.

—Pensaba que podíamos ir a beber algo a un pub que se encuentra en las afueras de la ciudad. —Estaba serio, ¿podía ser que también él estuviera ligeramente nervioso?

—Está bien, siempre y cuando esta vez la cantinera no te coma con los ojos.

Sonrió. —¿Gretchen? Es solo una amiga.

Que con gusto te follaría, pensé en mi interior pero evité decirlo en voz alta. Era algo pronto para las escenas de celos.

Llegamos al pub en poco tiempo y nos sentamos en una mesa. Yo ordené un aperitivo y Cam un whisky.

—Cuéntame algo de ti —le pedí apenas algo más confiada a causa de ese sorbo de alcohol que había bebido.

—No es un tema muy interesante —suspiró mirándome a los ojos. Cuando lo hacía, tenía la impresión de que no podía esconderle lo que realmente estaba pensando y la cosa me preocupaba un poco.

—Deja que sea yo quien decida eso.

—Podría contarte algo, si quisieras escuchar cosas tristes y que te hicieran derramar lágrimas.

—¿Por ejemplo?

—Que mi padre murió hace poco dejándonos a todos un gran peso sobre nuestros hombros.

—¿A qué te refieres? —Pregunté con el miedo y la certeza de saber exactamente qué era lo que sucedía.

Cam bebió un sorbo de su vaso y pareció reflexionar un momento. —¿Estás segura que quieres escucharlo? —No es precisamente una historia para contar en una cita.

—Deja que yo juzgue eso —respondí de nuevo, tragando el enorme un nudo que se había formado en mi garganta. Si continuábamos así, terminaría por confesar todo.

—¿Alguna vez has oído hablar de la familia Sanders?

Un escalofrío corrió a lo largo de mi espalda y el deseo de que mis pensamientos le estuvieran velados era más vivo y fuerte que nunca.

—No es precisamente un nombre nuevo —respondí vagamente. Y bebí porque no sabía cómo distraerme de la marea de mentiras que estaba por decirle.

—Edward Sanders es el hijo de puta que posee los terrenos que rodean al mío y al de mis hermanos. Su fijación siempre ha sido tomarlo. Le da fastidio el solo hecho que nuestra tierra limite con la suya. Debe ser todo de él. Todo. Por eso se ha pasado la vida haciéndole ofertas de compra a mi padre, incluso por cifras exorbitantes, pero mi padre nunca quiso vender. Y ahora...

—¿Ahora? —pregunté.

—Ha enviado a ese bastardo de su hijo a hacer el mismo trabajo.

Con un acceso de tos cubrí que me estaba casi sofocando. No era nada que no supiera ya, había visto perfectamente a Jackson regresar a casa con el auto lleno de estiércol. Pero ese hecho contado por Cam me hacía sentir culpable, tremendamente culpable. Fue generoso con los detalles, con cara de quien no tenía remordimientos por lo que había hecho.

—No me pareces muy arrepentido.

—Fue uno de los momentos más divertidos de las últimas semanas. Al menos desde que murió mi padre. Sem no había vuelto a reír desde entonces.

Cambié de posición en la silla. —Comprendo, ¿pero por qué tu padre nunca tomó en consideración su oferta? Quiero decir, por lo que me estás diciendo, se habría tratado de una operación regular. Los Sanders no han intentado fregarlos, ¿verdad?

—No, no han tratado de fregarme, pero ese no es el punto. Ah, olvídale...

Hizo un gesto de impaciencia. —No debería estar hablando de estas cosas.

—Claro que sí, quiero saber.

Suspiró. —El hecho es que esa gente no necesita mi tierra y la de mis hermanos. Pueden perfectamente prescindir de ella, tienen tanto que podrían satisfacer la demanda de maíz de toda Omaha y más también. Ellos solo quieren derrotarnos y punto. Pero no lo lograrán.

La determinación en su mirada era tan grande que también yo pensé que sería imposible doblegar a un hombre así.

—Pero ahora basta de hablar de estas cosas —continuó. Era difícil hacer a un lado ese tema tan rápidamente, considerando que era el verdadero motivo por el cual yo estaba ahí con él esa noche. Al menos era lo que me decía a mi misma. La verdad era que quería estar allí, que no habría cambiado esa noche por nada del mundo.

—¿Quieres bailar?

No podía creerlo. ¡A Cam Myers le gustaba bailar!

—Claro.

—¿Qué pasa? ¿No te lo esperabas?

—Sabes qué es lo que sucede, no tienes la pinta de alguien que se divierte muy a menudo.

—Tal vez porque la mayor parte del tiempo lo paso trabajando, pero te aseguro que cuando quiero recuerdo aún cómo hacerlo.

Esas palabras, acompañadas de su mano que me llevaba al centro de la pequeña pista y su mirada oscura, me hicieron temblar. Quién sabe cuántas cosas hacía bien Cam Myers. Creía que era de esos que solo sabían bailar lentos, sin embargo tuve que cambiar de opinión: era suelto, seguro de sí y extremadamente sexy.

Cuando salimos del pub estaba confundida y excitada. Y eso no estaba bien. Significaba que ya no era yo la que guiaba el juego. ¿Pero cómo se hacía para ahuyentar la confusión de sentimientos y sensaciones que me hacía sentir tan extraña, eufórica y carente de defensas? ¿Y si de una vez bajaba esas benditas defensas? ¿Y si me abandonaba a esa maravillosa sensación de ser custodiada, querida, deseada...?

Llegamos a casa de Cloe. También ese escenario me recordaba el engaño que estaba perpetrando, pero en ese instante simplemente no quería pensar. Lo único en lo que quería concentrarme era en que Cam estaba junto a mí. Fuerte, grande, real.

Bajé del coche. No le di tiempo de rodearlo para venir a abrirme la puerta y descubrí que me sentía mucho más a gusto haciéndolo sola. Se acercó a mí. Era enorme, su presencia casi me

sofocaba pero habría preferido morir sintiendo que me faltaba la respiración antes que renunciar a él.

—Me gustaría salir de nuevo contigo —dije espontáneamente.

Una hermosa sonrisa apareció en ese rostro siempre serio y fue un espectáculo maravilloso.

—Me gustaría también a mí. Quisiera que vinieras a mi casa, a cenar. La parrillada de la vez pasada no cuenta y fui extremadamente maleducado.

—Está bien —susurré. Se acercó más y me olvidé completamente de todo. De los engaños, de los complots, de lo mezquino que era mi modo de actuar. Apagué el cerebro y le arrojé los brazos al cuello. Me sumergí en su boca y apenas nuestros labios se encontraron recordé exactamente su sabor. Lo había echado de menos. Sus manos rodearon mi cintura y su boca me devolvió el beso. Quería mucho más. Bajé con las manos a su pecho. Era grande, robusto, sólido. Me aferré a él desesperadamente, con todas mis fuerzas.

Sentí sus manos vagando por mi espalda y luego de golpe en mi pecho. Me estaba tocando los senos sobre esa horrible blusa floreada, justo donde estaban mis pezones. Me di cuenta que el gemido de placer provenía de mí. Metí una pierna entre nosotros y sentí un bulto más que respetable.

—No aquí, contra la puerta de casa.

—No-jadeé- entremos....

Mi mirada vagó por encima de sus hombros. Y fue en ese momento que lo vi. No me había dado cuenta hasta ese instante: el auto nuevo de Jackson estaba estacionado precisamente del otro lado de la calle, ¡lo que quería decir que mi hermano estaba en casa de Cloe!

Maldición, ni hablar de entrar. Si hubiera puesto un pie en la casa con Cam, mi hermano lo habría reconocido, no habría tenido reparos en desenmascaramme y todo mi enredo terminaría esa misma noche.

—No —dije decidida.

Cuando miré a Cam a los ojos vi primero sorpresa, casi incredulidad. Luego la máscara de autocontrol, tan típica de él, volvió a su sitio.

—Perdóname —balbuceó retrocediendo.

—No —estiré una mano en su dirección.

—Lo siento —agregué mortificada. No sabía cómo justificarme. Lo había atraído, lo deseaba y ahora lo rechazaba. Si no era un comportamiento de calentabraguetas, no habría sabido cómo definirlo.

—No hay problemas, he pasado una linda noche —me dijo con ojos que no dejaban traslucir nada. La barrera invisible se había alzado de nuevo entre nosotros, exactamente como el primer día, sino peor.

Esas fueron las últimas palabras que escuché antes que me diera la espalda y regresara a su auto.

Tenía las llaves de la casa de Cloe, por lo tanto, apenas terminé de mirar con ojos llenos de lágrimas como Cam subía a su auto y se iba quién sabe con qué idea en la cabeza porque yo lo había rechazado, entré como un ciclón a casa de mi amiga. Toda la pena que había sentido por mandar al diablo una noche que podía ser memorable, se había transformado en rabia en el momento en que había metido la llave, la había girado y había abierto la puerta.

La imagen de mi hermano casi tendido sobre el diván de Cloe con una cerveza en la mano alimentó mi furia volviéndome parecida a una loca sanguinaria.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —ladré.

—¿Se puede saber qué haces tú? —rió mi hermano.

—¿De qué te ríes?

—También tú te reirías si vieras cómo estás vestida.

No había necesidad de bajar la mirada para saber de la falda larga y la blusa floreada, pero estaba demasiado furiosa para ocuparme de ese detalle.

—No es ese el punto.

—¿Y cuál es entonces? ¿Que estás tratando de llevarte a la cama a Cam Myers para hacer que te venda la tierra? Nunca hubiera creído que fueras capaz de hacer algo tan miserable.

—No estoy haciendo eso —negué indignada. Y ni siquiera yo sabía por qué lo estaba. Era cierto, Jackson había captado la situación; ¿por qué me enojaba tanto que me dijera en la cara la verdad?

—¿Quién te lo ha dicho?

Cloe levantó su botellita de cerveza como si estuviera haciendo un brindis.

—Charla entre amigos —admitió con cara culpable.

Dirigí mi mirada a Jackson que me observaba divertido. —Y pensar que creía que era yo el inescrupuloso de la familia."

—No, quiero decir, no lo estoy haciendo por el motivo que tú piensas —me justifiqué.

Repentinamente me sentí como si estuviera desnuda, avergonzada e indefensa, como si alguien hubiera desenmascarado mi pequeño y sucio juego.

—Está bien, lo estoy haciendo pero no es exactamente como tú dices. No es tan miserable como lo haces parecer.

—¿Sabes qué te digo hermana?

Esperé que continuara, sabiendo que de su boca no saldría nada bueno para mí. —Que no creía que pudieras caer tan bajo y que entre todas las tácticas esta es realmente la única que yo nunca podría intentar. Pero te admiro porque realmente lo estás dando todo de ti. —Y río de su propia alusión.

Hubiera querido replicar pero me faltaron las palabras. ¿Qué podía decir? ¿Que no era cierto? A esa altura ya había sido lo suficientemente desenmascarada.

—Creo que en esto ni siquiera te pondré palos en la rueda porque, de todos modos, por lo que sé, tu plan no está yendo tan bien.

—No es como crees —intenté defenderme de nuevo. En tanto Jackson se ponía la chaqueta. — Gracias por la cerveza Cloe, esta noche estaba algo deprimido pero ahora sinceramente me siento mejor porque veo que hay quien está definitivamente peor que yo —continuó riendo.

—Eres injusto. —Lo detuve tomándolo por un brazo. Ni yo sabía qué quería, ¿tal vez que me tranquilizara diciéndome que no era tan terrible lo que estaba haciendo?

Se detuvo en la puerta y después de tantas sonrisas finalmente se puso serio. —No es culpa tuya Victoria. Después de todo, somos hijos de nuestro padre, solo que yo pensaba que era el peor, el inescrupuloso. Ahora, sinceramente, ya no estoy tan seguro.

Capítulo 9

Cam

Una semana después.

Solo esto nos faltaba.

Me había despertado de mal humor después de haber dormido poco y mal. La noche anterior había tenido dificultades para conciliar el sueño y el resultado era que a la mañana siguiente no podía abrir los ojos. Cuando finalmente me había arrastrado fuera de la cama, no había sido suficiente el café para infundirme ánimo. El buen humor estaba a años luz de mí y de cómo me sentía, y a esa distancia permanecería para siempre.

Ajusté la corbata alrededor de mi cuello e inmediatamente experimenté una sensación de asfixia. Tiré de ella, me la quité y la hice una pelota para finalmente arrojarla sobre la cama. Más tarde me arrepentiría de ese desahogo y debería recoger todo lo que había lanzado, pero en ese momento habría hecho volar cualquier cosa que tuviera entre las manos.

Culpa de esa maldita convocatoria, de ese aún más maldito abogado que cuidaba los intereses de los jodidos Sanders. Me lo había repetido al menos diez veces. Tres días antes había encontrado una notificación con una invitación a presentarme en su maldita oficina legal, en la aún más maldita torre Sanders en Omaha. El porqué de ese encuentro no se especificaba pero se me recomendaba encarecidamente que participara en la reunión en la que se debatirían temas que eran de interés para mí y para mi familia. La primera reacción había sido abollar la carta y tirarla a la basura, pero luego habían intervenido Sem y Jafet. Había sido Sem el que había hablado, pero por la mirada de mi hermano menor no era difícil adivinar que compartía cada una de las palabras que él decía. La tierra era también de ellos, y por lo tanto también tenían interés puesto en ellas, considerando sobre todo que dos días antes se había presentado a nuestra puerta un operario a cortar la corriente y Sem, para impedirlo, se había visto obligado a tomar el dinero que había ahorrado para sus vacaciones de verano. Fue una de las escenas más dramáticas y mortificantes de mi vida.

Esa había sido la gota que había derramado el vaso.

Había cedido. Iría a ver qué querían y los pondría al tanto a ellos. Dentro de mí era plenamente consciente que se trataba de una trampa, que había sido convocado solo para que me agitaran bajo la nariz otra de esas ofertas que no podía rechazar, que hacían que se me hiciera agua la boca y me inducían a caer en la tentación. Pero no podía ejercer un poder absoluto también sobre mis hermanos. Les debía respeto y los respetaría, aunque a costa de tragarme un sapo gigantesco como aquel.

—Estás bien también sin ella —me dijo Jafet desde la puerta.

—Será mejor que estés diciendo la verdad porque no tengo intenciones de ponérmela.

Él se encogió de hombros como para decir que no le importaba. —No creo que cambie algo, ¿o sí?

Tipo listo mi hermanito. —Tienes razón, no cambiará absolutamente nada. Es más, ¿sabes qué? No sé ni siquiera por qué se me ocurrió ponerme este maldito traje... —Estaba a punto de

quitarle la chaqueta cuando él me detuvo.

—No, déjate, pareces un pez gordo. —Sonrió.

Lo miré. Me admiraba, vestido de ese modo. Volví a ponerme la chaqueta en los hombros. — Ok, es mejor parecer un pez gordo entre peces gordos.

Asintió.

—¿Listo para la escuela?

—Casi...Escucha, Cam..

—¿Qué?

No podía sostenerme la mirada, miraba hacia abajo y se me encogió el pecho. —Prométeme que harás lo correcto. Yo... adoro Llanura de los Robles.

Miré a mi hermano. Sus palabras eran como una espada en el corazón. Esa que estaba luchando no era su batalla sino la mía, la mía y la de mi padre. Él había crecido con nuestros valores, pero probablemente le habría gustado tener ropa nueva y un ordenador que por una vez no fuera de segunda o tercera mano. Y no se equivocaba. Nunca me había detenido en ese aspecto, siempre lo había considerado algo secundario porque la tierra, la propiedad, era para mí lo más importante que podía haber. ¿Pero quién era yo para negarle todo eso?

Le apoyé la mano en el hombro hablándole directamente a los ojos. —Prometo que vendré aquí a contarles a Sem y a ti todo lo que los abogados de los Sanders me propongan y que decidiremos juntos. —No sabía ni siquiera yo qué querían decir esas palabras. ¿Que una vez en casa evaluaríamos verdaderamente la oferta? ¿Que en serio tomaríamos en consideración lo que esos hijos de puta nos propondrían? No podía hacer una previsión porque yo mismo estaba a oscuras sobre qué hacer.

Revolví su cabello y luego salí de la habitación. En el piso de abajo estaba Sem pero no me entretuve hablando con él sobre lo que debería enfrentar esa mañana, no estaba de humor después de haber hablado con Jafet. Le hice, en cambio, las últimas recomendaciones sobre el trabajo que podía hacer en mi ausencia y luego fui a la cita con la misma sensación de una presa que entra en la guarida del lobo.

Mientras conducía hasta el centro, a mi pesar, pensé en Victoria. No nos hablábamos hacía una semana, desde que delante de la puerta de su casa me había dado calabazas. Intentaba no pensar pero estaba de pésimo mal humor. Era yo el que había definido ese sentimiento como mal humor, pero sabía que no era lo correcto. Debía decir dolor. La echaba de menos, joder. No sabía cómo era posible sentir la ausencia de alguien apenas después de dos besos y un claro rechazo, pero era así.

La solución sería no pensar. Si yo no pensaba, el recuerdo de ella no me atormentaría. Fácil. Solo debía intentarlo un poco mejor porque hasta ese momento había fracasado.

Obviamente los Sanders no podían escoger una oficina que no estuviera en la zona más rica y chic de Omaha. La torre, la llamaban, esa construcción se recortaba contra el cielo cubierta de espejos, símbolo de riqueza y poder.

Me daban náuseas. Edward Sanders y su familia no tenía ninguna necesidad de nuestra tierra, para ellos era como una gota en el océano, una miga en medio de una mesa majestuosamente servida. Y sin embargo, parecía que se había vuelto una obsesión, la última porción de tierra donde poner su condenada banderita de victoria.

Con gusto hubiera puesto a su preciosa banderita en otra parte.

Obviamente fui detenido en el ingreso porque, por más bien vestido que estuviera, mi cara no inspiraba ninguna confianza.

Cuando le especificué al encargado de seguridad que tenía una cita en la oficina legal y, después de que este hubo controlado que en efecto era cierto, me indicó el piso y el número de despacho al que debía ir.

Si me encontraba ahí, era solo por mis hermanos. Me lo repetía continuamente mientras llegaba a destino y tal vez, a fuerza de repetirlo, me entraría en la cabeza. Escucharía todo lo que los Sanders tenían para decir y luego me iría. En casa me quitaría ese traje que me había arrepentido de vestir y haría razonar a Sem y a Jafet. Encontraríamos una solución a ese gran lío: probablemente la cosecha sería excelente, al menos esa era la perspectiva a juzgar el modo meticuloso en el que estábamos procediendo con la siembra. Buena cosecha quería decir buena venta, y buena venta excelentes ganancias. Podíamos lograrlo, incluso sin ellos. La tentación de regresar era muy fuerte, pero no podía hacerle eso a mi familia. No tendría el coraje de decirles que a último momento había cambiado de parecer y me había retirado de las oficinas sin escuchar la propuesta y de mentir, ni se hablaba. Odiaba a quien mentía, desde lo más profundo de mi corazón, la sinceridad y la honestidad eran los valores con los que nuestros padres nos habían criado y para mí eran los más importantes.

Bajé en el piso indicado y una secretaria sentada detrás de un escritorio me interceptó rápidamente explicándome con gentileza que podía ponerme cómodo en el sillón junto a ella mientras esperaba que me llamaran. Me hablaba como si estuviera atemorizada y tuviera miedo de que de un momento a otro pudiera transformarme en un bárbaro destructor. No intenté ni siquiera sonreír para tranquilizarla, estaba tan tenso que los músculos faciales casi que se me habían paralizado. Ella volvió a concentrarse en el ordenador mientras yo comenzaba a esperar.

Por supuesto, aquellos como yo tenían que hacer un poco de antesala, era algo que aumentaba el sentimiento de inferioridad e incomodidad, daba tiempo a pensar lo pobre que se era en comparación con ese maldito entorno. Pero conmigo les había salido muy mal porque yo no sufría esa clase de complejos. Solo quería que todo terminara lo antes posible.

Acababa de posar la mirada sobre la mesita baja de cristal pulido, cuando levanté por casualidad la vista hacia el corredor y la vi.

Era ella, imposible equivocarme aunque estuviera vestida como si se tratara de otra persona.

Victoria.

Por un momento pensé que había enloquecido, pero no, era ella.

Llevaba un vestido ajustado color azul oscuro que le cubría las rodillas, un par de zapatos con tacones alto y el cabello recogido de una manera tan ordenada que parecía que acababa de pasar por las expertas manos de un peluquero. Instintivamente me había puesto de pie y la revista que había tomado para pasar el tiempo se había deslizado de mis manos. El susurro del papel cayendo al suelo o tal vez mi imponente presencia habían captado su atención.

—¡Cam! —Sus ojos estaban increíblemente abiertos, atemorizados, como si hubieran visto un fantasma. Se había acercado a paso veloz con un andar que revelaba que se encontraba completamente a gusto sobre los tacones altos. Yo estaba confundido, no podía encontrarle sentido a lo que veía. Por un instante, antes de que me llamara, había tenido la absurda duda de que no se tratara de ella sino de una persona que se le pareciera terriblemente. Un doble. Pero era imposible. Me tomó por un brazo mirando alrededor como si estuviéramos rodeados de enemigos.

—¿Qué haces aquí?

Buena pregunta. —Yo fui convocado por los abogados de los Sanders. ¿Y tú? ¿Qué haces?

Su cara se puso roja y continuó mirando el entorno. —Estoy aquí por una entrevista de trabajo —siseó en voz baja.

—¿Una entrevista? No me habías dicho nada. ¿Pero no tienes ya un negocio? ¿Cómo harás para tener dos trabajos?

—No hemos hablado mucho en los últimos días - admitió bajando el rostro - además, el negocio no va tan bien y quisiera cerrarlo. —Parecía mortificada. Ese cajón en el que tenía encerradas las emociones y los sentimientos se reabrió de golpe dejando salir todo lo que tenía dentro.

Era cierto, después del final no precisamente emocionante de esa noche no la había vuelto a llamar y tampoco ella lo había hecho. —Estás muy bien —dije arrepintiéndome inmediatamente a continuación. Debía parecerle un idiota.

—Gracias —sonrió y el rostro se le iluminó. Por otra parte, Victoria era hermosa, siempre, en la versión elegante y en la gitana. —No sabía que estuvieras buscando trabajo. —Me parecía todo tan absurdo.

—Lo sé. De todos modos, acabo de terminar la entrevista.

—¿Cómo fue?

—Creo que bastante bien, ellos necesitan una secretaria y...sabes cómo es— Le haremos saber. —Siempre dicen eso.

Creía que se había presentado demasiado arreglada para un puesto como secretaria, estaba vestida más bien como una gerente. Pero eso no se lo dije, era un encanto.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy esperando que me llamen ahí dentro —señalé la puerta cerrada con la barbilla. — Pero si continúan haciéndome esperar, puede ser que me vaya a casa.

Victoria siguió dirigiendo miradas cautelosas a la derecha y a la izquierda. No podía entender qué miraba, ni siquiera estaba la secretaria que se había alejado hacía un rato para ir quién sabe a dónde.

La miré a los ojos. Había algo, un velo de tristeza que se los oscurecía. En ese momento en mis labios se materializó la pregunta que habría querido hacerle desde esa noche, cuando me había dicho que no. Nos había puesto un freno de un modo tan decidido que no me habría podido dar un mensaje más claro. Hubiera querido preguntarle en qué me había equivocado, porque poco antes me había parecido que también ella deseaba estar conmigo y poco después estaba volviendo a casa solo. Era una duda que hacía que corriera el riesgo de enloquecer. Hubiera querido preguntar y hacer tantas cosas, pero sucedió todo junto.

—Cam, yo querría explicarte...

Dejó la frase en suspenso. En tanto la puerta a sus espaldas se abrió. Ella se tensó y me saludó con una seña de la mano. —Creo que te toca a ti, buena suerte —susurró mientras yo me preparaba para entrar.

Atravesé la puerta de la oficina aturdido, consciente de que era el momento de levantar todas mis defensas o me llevaría la peor parte. No podía dejarme ganar por los sentimientos frente a mi enemigo. Victoria era un pensamiento que no podía permitirme, me ocuparía de ella más tarde, probablemente continuaría preguntándome que había ido mal y si tendría otra oportunidad.

Encontré a ese bastardo de Jackson Sanders sentado detrás de un escritorio de caoba y a un hombre más anciano delante. Debía ser su abogado.

—Cam Myers, siéntate y disculpa la demora.

Mascullé un saludo pensando que eran las disculpas menos sinceras que me habían dado alguna vez.

—Podemos hacer a un lado las formalidades, considerando que ya nos conocemos bastante

bien.

No pude evitar sonreír recordando el episodio de su auto. Debía admitir que, si podía bromear sobre un hecho como ese, el joven Sanders tenía sentido del humor o tal vez simplemente contaba con demasiado dinero como para preocuparse por el lamentable estado en que había dejado a su auto.

—Te presento al abogado Montgomery, pertenece a nuestro departamento legal y me he valido de su consejo para preparar la oferta más conveniente para ambas partes. —El viejo tenía una cabeza llena de cabello blanco peinado hacia atrás, como si una ráfaga de viento lo hubiera azotado y continuara aun soplando en su dirección. El abogado hizo una seña de asentimiento con la barbilla.

Obviamente la oferta más ventajosa el letrado debía haberla preparado para la parte que pagaba sus honorarios; por otro lado, estábamos entre hombres inteligentes y lo sabíamos.

—Te seré honesto, no conservo un lindo recuerdo de nuestro último encuentro, Cam.

—Lo imagino —respondí pensando en su auto cubierto de mierda.

—Pero como muestra de buena voluntad te diré que no tengo intenciones de asentar una denuncia en tu contra. Para mí ese asunto termina aquí.

Hizo una pausa, durante la cual tal vez esperaba que yo le agradeciera por ese acto de clemencia, pero permanecí en silencio. No había venido para agradecer.

—¿Por qué me has llamado?

—Estoy aquí para hacerte una nueva propuesta.

—Sabes que no hay nada que puedas ofrecerme que pueda interesarme.

Su expresión permaneció impasible, como si aún tuviera un as bajo la manga y seguramente era así, de lo contrario no me habría convocado. Sea como sea, estaba por descubrir sus cartas.

—Sé perfectamente que tú no necesitas nada, no te interesa nada de lo que mi familia o yo podamos ponerte a disposición, es una realidad con la que hemos lidiado muchas veces. Pero...

Hizo una pausa para crear suspenso y lo único que me detuvo de ponerme de pie y sacarle a base de golpes de puño las palabras fue el recuerdo de toda la vigilancia que había notado numerosa y bien distribuida en la entrada del edificio. —Ve al grano porque tengo mucho que hacer.

—Abogado Montgomery, le ruego que le explique nuestra oferta al señor Myers.

¿Qué podían tener en mente? Estaba preparado para todo.

El abogado unió las manos y comenzó a hablar con la afabilidad de un abuelo comprensivo. — Señor Myers, usted tiene dos hermanos, de los cuales uno es menor de edad, Jafet Myers. Y bien, además de la cifra que el señor Sanders le ha ofrecido la última vez, tenemos intención de agregar una beca de estudio destinada a la instrucción de su hermano menor, de modo que pueda estudiar en cualquier ámbito que él lo prefiera. La oferta comprende el pago de la matrícula en una universidad de su elección, entre las más prestigiosas y por todos los años que sean necesarios hasta que obtenga su diploma, pago del alojamiento y de todos los gastos relacionados a su formación. Del comienzo al fin, por todo el tiempo que sea necesario. Se podría considerar una inversión en el futuro de su hermano menor.

Seguramente había un truco, solo tenía descubrirlo. —No entiendo qué diferencia hay con las ofertas de dinero que he recibido hasta hoy. Con el dinero que han puesto bajo mi nariz y que siempre he rechazado podría haber mandado a Jafet a estudiar donde hubiera querido.

El abogado debía haber previsto esa objeción porque tenía la respuesta lista en la punta de la lengua. —Ciertamente, señor Myers. Pero evalúe que tendrá también a disposición la cifra que mi

cliente le había ofrecido la última vez y con la cual podrá comprar un excelente fondo agrícola donde quiera. No deberá elegir entre el trabajo y el futuro de su hermano, ya que ambos le serán garantizados.

Felicitaciones Jackson Sanders. Fijé mi atención en su rostro satisfecho. Esa cara sonriente y arrogante que moría de ganas de abofetear, mostraba perfectamente cuánto empeño había puesto en estudiar el modo más eficiente de dividir a mi familia.

—No sabéis cómo hacer, ¿verdad? —apreté los dientes. Esos malditos bastardos de los Sanders estaban jugando la carta de la discordia. Si era posible los odiaba aún más, solo por ese motivo.

—Ya que hablas tanto de honestidad, entiendo el ensañamiento de tu padre, pero no consigo comprender qué rayos pueda importarle alguien como tú. —Hablé mirando directamente a los ojos a ese hijo de puta de Sanders. Él levantó una ceja dejando ver una expresión satisfecha.

—Hay intereses en juego que ni siquiera imaginas y jugadores insospechados. Espero que tomes la decisión correcta, Myers. Tienes una semana de plazo. Podrás comunicársela directamente al abogado Montgomery, esta es su tarjeta. —Tomé el papelito y lo metí directamente en mi bolsillo para evitar romperlo.

Dejé la oficina con dos pensamientos en la cabeza: la propuesta de los Sanders y la esperanza de que Victoria no aceptara ningún trabajo bajo las órdenes de esa familia de bastardos.

Capítulo 10

Victoria

Me metí en la primera puerta que encontré a mi paso, se trataba del armario de las escobas. En la oscuridad, con el olor del detergente en la nariz, cerré los ojos pensando en el peligro del que acababa de escapar. Había faltado muy poco para que me descubrieran, lo que habría llevado a la inevitable consecuencia que Cam me desenmascarara y no quisiera tener más nada que ver conmigo. A todo eso se añadía un pequeño detalle: hacía una semana que no nos hablábamos, ni nos veíamos.

Y además, para no pasar por alto, estaba el asunto de que le había mentado una vez más diciéndole que estaba ahí por una entrevista de trabajo. Una mentira para cubrir otras tantas mentiras.

Si hubiera confesado en ese momento, no habría servido de absolutamente nada. Había mentado tanto que sería imposible salir con dignidad de ese sucio asunto.

Salí del armario solo en el momento en que escuché cerrarse la puerta de la oficina de mi hermano y un paso rápido, de seguro el suyo, alejarse. Jackson estaba tramando algo. Me acerqué a la secretaria del piso, no había mejor modo para descubrir algo que pasar por las secretarias.

—¿Tally?

—Victoria, hola, me alejé solo un momento.

—No es eso, no te preocupes. Antes de que te fueras estaba aquí Cam Myers, ¿por casualidad tienes idea qué le ha propuesto mi hermano?

—Sabes, realmente yo no debería decírtelo, si Jackson se enterara podría despedirme.

Jackson nunca había sido muy tierno con Tally, de hecho tendía a ser un poco tirano con ella e internamente yo esperé que su resentimiento pudiera prevalecer sobre el temor.

—Pero no lo sabrá porque yo no se lo diré. Para mi es importante, te lo ruego Tally.

Suspiró. —Está bien, no estoy segura, pero creo que han querido ofrecerle la posibilidad de hacer estudiar al hermano menor. Una suerte de beca para la universidad o algo parecido. Además de la oferta de dinero por la propiedad.

Jackson era una especie de serpiente de cascabel. Si todo el dinero que mi padre había puesto en las narices de los Myers hasta ese momento no era suficiente, él había encontrado otro modo. Había redoblado la apuesta agregando algo por lo que hacerlo sentir culpable, tremendamente culpable.

Me alejé con la cabeza dándome vueltas. No podía creer que le estuviéramos haciendo todo eso. Cada uno de nosotros estaba contribuyendo a hacerle la vida imposible a Cam Myers, cada uno a su modo. Mi hermano con ofertas que era difícil rechazar, apelando al sentimiento de culpa de un hombre que hasta ese momento había trabajado siempre y solo para su familia.

Yo, por mi parte, tal vez había montado la parte más solapada y despreciable de todo ese asunto, esa por la cual no había ninguna posibilidad de que me perdonaran. Y en todo ese caos de situaciones imposibles debía añadir la peor: me estaba enamorando de él. Era inútil que me lo negara a mí misma, era así.

Entré en el ascensor y apoyé la espalda en el interior de la cabina. ¿Cómo me sentía? Ni siquiera yo habría sabido definir cómo: un asco, un ser abyecto, alguien por quien no podía tenerse ninguna estima.

Necesitaba dormir. Tal vez podría despertarme y darme cuenta que todo era un malentendido, que por algún milagro tenía la posibilidad de comenzar nuevamente desde cero. Si hubiera podido hacerlo, me habría presentado en su puerta con honestidad, corriendo el riesgo de ser echada por las cuestiones relacionadas a los negocios pero abriéndome una oportunidad para el amor.

Salí del ascensor tambaleándome, me acerqué a la entrada de las oficinas de la torre Sanders e inmediatamente avisté un taxi que se dirigía hacia mí. Como en las películas levanté el brazo y, por milagro, el taxi se detuvo. Me senté con poca gracia y murmuré la dirección de casa, de mi verdadera casa. Estaba exhausta por todo lo que me estaba sucediendo. Luego apagué el teléfono. Por esa jornada tenía cartón lleno, estaba saturada de todo, no quería pensar en nada más.

No había salido bien ninguna de las actividades que había programado. Prácticamente no había pegado un ojo en toda la tarde, a pesar de que me había puesto la mascarilla de raso; se había hecho de noche y me sentía peor que antes. Me metí bajo la ducha y dejé correr el agua caliente sobre mi cuerpo. En lugar de sentirme mejor estaba peor. Llorar por mi mediocridad encerrada en casa no me ayudaría. Me puse un par de jeans descoloridos y una blusa negra mortalmente seria, ambas rescatadas del fondo de mi armario. Por otra parte, así me sentía, anónima y desechable. Tomé la bolsa, la chaqueta y salí sin destino.

Conduje ignorando a dónde estaba yendo exactamente y sin programarlo en absoluto llegué al local en el que había estado con Cam unas noches antes, esa misma noche en la que después lo había liquidado delante de la casa de Cloe.

Perfecto, si no quería pensar, decididamente estaba en el sitio equivocado. Pero no tenía deseos de buscar otro, en el fondo tal vez creía que me merecía un poco de dolor, de otro modo el conducir en modo automático no me hubiera llevado precisamente ahí.

Merecía sufrir y pensar en todo lo que había echado a perder. Por mi culpa. Merecía sentarme en la misma mesita en la que me había sentado con él, cuando aún podía cultivar alguna esperanza y pensar en qué estúpida había sido al perder esa ocasión y cuán mal me hacía herirlo y desilusionarlo.

Cuando entré una música triste y melancólica que me recibió. Bien, también merecía eso.

La mesita en la que me había sentado noches atrás con Cam estaba ocupada. Perfecto, el castigo continuaba. Me senté en la barra sola y ordené un whisky. Odiaba el whisky, detestaba ese sabor seco típico de los licores fuertes, esa sensación de fuego que quemaba el esófago. Después del primero ordené otro, sintiendo sobre mí la pesada mirada del cantinero que debía juzgarme como un caso desesperado. Y estaba solo en el segundo vaso.

Pagué las consumiciones y fui al baño, solo para presentarme poco después y sentarme en un taburete en el otro extremo de la barra. Ahí servía una chica, tal vez podría vaciar otros dos vasos en santa paz sin parecer lo que realmente era: una fracasada que quería ahogar sus penas en alcohol.

No estaba en condiciones de lograr mis objetivos con honestidad. Necesitaba timos y engaños, nunca podría vencer jugando en forma leal. Y también jugando sucio perdía.

¡Si ese no era un motivo suficiente para beber!

¿La escalada al poder de la empresa familiar era tan importante para comprometer mi relación con Cam? ¿No podía conformarme con trabajar bajo las órdenes de mi hermano y gozar de los mismos beneficios que tenía? En el fondo era y seguiría siendo una de las jefas. En mi disculpa solo podía aferrarme al hecho de que, antes de comenzar con esa perversa empresa, no conocía a Cam y no sabía lo que me perdía. Pero de todos modos nada justificaba mi naturaleza traidora.

Después de cuatro vasos comencé a sentir la cabeza pesada y decidí apoyarla sobre mis brazos, en el mostrador, solo por unos cuantos minutos. No le haría mal a nadie. Finalmente sentía que tenía la mente más ligera y que la punzada de arrepentimiento se estaba debilitando.

Cerré los ojos.

Alguien me sacudió. Levanté la cabeza, maldición me había dormido. El bar estaba mucho menos lleno que cuando había entrado y había alguien cerca mío, muy cerca.

—Victoria, despierta.

Uní rostro y voz en un tiempo relativamente breve, considerando mis condiciones. Era Sem Myers, con su estatura de gigante, su cuerpo espigado y los ojos oscuros fijos en los míos. Eran ojos preocupados y llenos de pena.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté. Tenía la lengua dura como el cartón y el estómago me ardía terriblemente.

—¿Qué haces tú? —preguntó a su vez.

—Oh, yo...debo haber dormido. —Qué justificación tan penosa.

—¿Estás sola? —Lo había preguntado solo por cortesía porque era obvio que estaba sola.

—Sí, estoy volviendo a casa.

Bajé del taburete y por poco no me caí encima suyo. De hecho, prácticamente lo hice.

—Has bebido demasiado. —No era una pregunta sino una constatación. Hubiera querido objetar que no era cierto, pero había faltado poco para que hiciera un cara a cara con el piso y realmente me sentía como si estuviera en un barco en medio del mar. No recordaba bien por qué estaba en ese estado, pero tal vez era mejor así. Había algo que me atormentaba pero en ese momento no podía concentrarme en qué era.

—No puedo dejarte conducir en estas condiciones.

—Entonces llévame tú —repliqué espontáneamente. No me hice preguntas, del tipo si acababa de llegar o si estaba con alguien. En ese momento no me importaba nada o no podía hacer de la buena educación una prioridad.

—Ok, de todos modos ya me iba. Había entrado solo por un trago y lo bebí antes de verte dormida en la barra. —Así como lo contaba él, no se veía como una linda escena. Parecía más bien una imagen lamentable.

Lo seguí tambaleándome hasta la salida, enganchada a su brazo como una vieja se aferra a su nieto para ir a la iglesia; afuera el aire fresco me golpeó como una bofetada en pleno rostro.

Llegamos a un auto oscuro que reconocí de inmediato. La pick-up de Cam. ¡Cam! La cabeza comenzó a girarme y las lágrimas brotaron de mis ojos. Recordar era un verdadero fiasco. ¿No podía seguir bebiendo hasta olvidarme de él para siempre?

—Dame tu dirección —dijo Sem.

¿Dirección? ¿Cuál? Por algún motivo recordaba que debía fingir que estaba de Cloe. ¿Qué debía decirle a Sem? Un instante de confusión enredó mis pensamientos volviendo todo oscuro y difícil de comprender. ¿Qué debía responder?

—Yo no lo sé —farfullé a riesgo de parecer una estúpida. Pero no lo sabía realmente, sentía solo que todo se balanceaba y que hubiera deseado tanto tener un cojín debajo de mi cabeza.

—Ven, vamos. —Sem no dijo nada más mientras me hacía acomodar en el asiento delantero y me enlazaba el cinturón de seguridad.

Cerré los ojos. Dondequiera que me llevara podía considerarme a salvo. Y así fue que me dormí de nuevo.

Capítulo 11

Cam

Había ido por una cerveza, nada más, nada menos.

Por una noche no deseaba pensar que al día siguiente debería sembrar, en las propuestas de los Sanders, en Victoria, en nada que pudiera enmarañarme el cerebro más de lo que lo estaba. Solo quería estar tranquilo.

Llegué al pub que se encontraba ya discretamente lleno, intercambié un par de saludos por cortesía y, como no tenía ninguna intención de ser sociable, fui a posicionarme en la esquina más alejada de la barra, donde para ir a hablar conmigo hacía falta acercarse a propósito. Y estaba seguro que no tenía el aspecto de alguien que atraía compañía.

Pero no era tan afortunado. Gretchen me puso bajo la nariz una pinta de cerveza roja, llena de espuma. El bar donde trabajaba se había ocupado de las bebidas y la comida en la feria de la agricultura y era uno de mis preferidos, apenas podía, iba a tomarme una cerveza de ella.

—Esta la invita la casa.

Alcé la vista. Gretchen era una linda muchacha y yo le gustaba.

—No la merezco —respondí.

—De hecho, no he dicho que la merecieras.

Gretchen sonreía. Era una buena chica, con los cabellos trenzados y claros, muy bonita, sus mejillas siempre estaban rojas, como si tuviera frío. Tenía una sonrisa abierta y cordial y se habría arrojado a mis brazos, si tan solo yo los hubiera abierto. Podía ser perfecta para mí.

—Termino mi turno en media hora, si quieres esperarme podríamos dar un paseo.

No tenía ningún deseo de pasear, pero estaba seguro que treinta minutos después estaría aún en esa barra, tal vez con otra cerveza delante, por el simple motivo de que no deseaba regresar a casa. No deseaba retomar la conversación acerca de los Sanders con mis hermanos, no tenía intenciones de afrontar la responsabilidad por esa noche. Mi único interés era emborracharme y, si Gretchen quería darme su cuerpo, tal vez lo tomaría. Así, sin pensarlo tanto.

Por otra parte, éramos adultos y concientes. Esa perspectiva, que debería haberme alegrado la noche, en cambio me dejó indiferente. Sabía perfectamente por qué. Había solo un par de piernas en el que habría querido meter primero la cara y luego algo más, exactamente en ese orden. Y no eran las suyas sino las de Victoria Palmer.

Me puse a mirar el partido en la pantalla que se encontraba en lo alto y poco después sentí que alguien me rozaba el brazo.

—Ey, ¿nos vamos?

Ya había pasado media hora sin que yo lo hubiera notado. Gretchen no vestía más el delantal y parecía realmente contenta de dejar el bar conmigo.

—¿Quieres acompañarme a casa? Vivo aquí cerca, a solo dos pasos.

Un poco de aire me vendría bien.

El frío de la noche ahuyentó algunos de los vapores del alcohol. Era agradable sentir ese

hormigueo en la piel.

Gretchen se apretó a mi brazo tal vez para combatir un poco el frío punzante, quizá por algún otro motivo. —Nos conocemos hace tanto tiempo Cam... —Me tensé un poco, esa conversación no comenzaba con las mejores perspectivas.

—Sí, me has visto en momentos de los que no me enorgullezco demasiado.

—Detente- me dio un puñetazo en el brazo- todos empinamos un poco el codo alguna que otra vez y, cuando te sucedió a ti, nunca te pusiste molesto o agresivo. Te lo dice alguien que las ve de todos los colores todos los días.

—Tal vez nunca he bebido tanto como quería —admití. Pero no era cierto. No me gustaba la idea de ser esclavo de situaciones que no podía gobernar o meterme en problemas sin un motivo válido.

—Tal vez, alguna vez podrías perder el control Cam, no sucedería nada, ¿sabes?

No sabía qué responder. ¿A qué se refería? ¿Qué debía perderlo con ella, que quería algo más de mí? No había nacido ayer y sabía reconocer las señales explícitas cuando alguien me las lanzaba.

—Vivo justo ahí.

Señaló una casita baja pintada de azul claro y sus palabras me salvaron de un silencio incómodo. Nos acercamos a la valla sin decir nada. Había llegado el momento de saludarnos y que, si era posible, podía ser aún más vergonzoso que el anterior.

Su mano se posó sobre mi brazo y en ese momento tuve la absoluta certeza de que algo estaba por pasar. Algo que no quería que sucediera.

—¿Quieres entrar? Puedo ofrecerte un café para aclararte las ideas o podrías beber otra cosa, si quieres seguir sin pensar.

—No creo que continuar bebiendo sea una buena idea.

—Cam...

—Sí

Sus manos se entretuvieron en la piel de mis brazos, haciéndole cosquillas. —¿Siempre eres un buen chico? ¿O solo conmigo? —No me miraba a los ojos y por ese detalle comprendí que debía haber juntado todo el valor que poseía para hacer salir esas palabras de su boca.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy por besarte y espero que no me rechaces.

No me dio tiempo a responder porque con un brazo me tomó por la nuca, me atrajo hacia su boca y yo la dejé hacer. Dejé que posara sus labios sobre los míos, pero cuando profundizó el beso con su lengua, me aparté.

Con la frente tocó mi pecho. —No soy tu tipo, ¿cierto? —suspiró. Era uno de los peores momentos de mi vida, no tenía intenciones de hacerla sufrir.

—Yo no soy el tipo apropiado para ti —respondí y en parte sabía que era cierto.

—¿Por qué no crees serlo?

Sus ojos claros se clavaron en los míos.

—Esta noche podría ofrecerte solo un polvo e irme y creo que no mereces eso.

Sus ojos me imploraban. —Deja que sea yo la que decida si me parece bien que me folles y te vayas.

—La verdad Gretchen, es que yo no soy ese tipo de hombre. Y no lo digo porque sea un dechado de virtud, sino simplemente porque soy así.

—No puedo creerlo. Yo que intento convencerte de...

—No es eso, es que no soy un tipo que haga las cosas por hacer. No querría que alguien me usara, por lo tanto tampoco yo quiero usar a los otros. No sé si logro hacerme entender.

—Eres un hombre de otra época, Cam Myers.

—No sé si es un cumplido pero créeme que no tengo todas esas virtudes que tú crees. Solo soy un idiota cabeza dura que debe hacer las cosas a su modo.

Siguió un momento de embarazoso silencio.

—Creo que será mejor que me vaya —dije finalmente.

Odiaba haberla hecho sentir rechazada, pero no podía lanzarme a algo que sentía que no podía continuar, especialmente no con el rostro de Victoria impreso a fuego en mi mente. Yo funcionaba de ese modo, tal vez erróneo, pero era así y punto.

—Buenas noches —susurró con sus ojos azules cargados de desilusión.

—Buenas noches —respondí y me alejé con la sensación de estar peor que antes.

Capítulo 12

Victoria

Cuando me desperté tenía la sensación de encontrarme en un barco. No, no era una nave, eran dos sólidos y robustos brazos que me llevaban a algún lado. El olor era el correcto y también la voz.

—¿Dónde la has encontrado?

—Estaba en el pub, ese que está en las afueras de la ciudad, el que te gusta tanto, dormida con la cabeza en la barra. La cantinera me dijo que se había bajado cuatro copas.

—¿Por qué no la has llevado a su casa?

—Porque no recordaba la dirección, estaba en una especie de estado confusional.

—Joder.

Luego las voces callaron, alguien abrió una puerta y fui depositada sobre sábanas frescas. Estaban perfumadas, como si acabaran de ser cambiadas. Me giré panza abajo sin tener fuerza para abrir los ojos. Alguien me quitó los zapatos y los pantalones. Luego la sensación de una manta que me daba calor. Después el silencio.

No sabía cómo, pero sentía que de algún modo estaba segura. Y me dormí de nuevo.

Cuando abrí los ojos todo estaba completamente oscuro, debía ser aún de noche. Extendí una mano para buscar mi mesita de luz pero no encontré absolutamente nada. No estaba en casa. Los recuerdos comenzaron a aflorar poco a poco. Sem me había encontrado en el bar, ese donde había ido noches antes con su hermano y me había llevado a su casa. Cam me había acostado. Recordaba claramente su voz, profunda y autoritaria, sus brazos que me llevaban al piso de arriba.

Me levanté de la cama y a tientas recorrí la habitación. Estaba sola. Ya no me encontraba entumecida por el alcohol, me sentía completamente despierta y alerta. Tratando de no lastimarme alcancé el pomo de la puerta, no sin antes haberme golpeado el pie contra algo afilado que casi me hizo gritar.

Los vapores del alcohol habían desaparecido por completo cuando me encontré en el corredor. Estaba en casa de los Myers y aún era de noche. Solo había estado en el piso de abajo, en la cocina y en la sala de estar, sin embargo estaba segura. No sabía orientarme pero no importaba. No tenía idea cuál debería ser mi siguiente movida, lo único de lo que estaba segura era que debía encontrar a Cam y estar entre sus brazos. Entré en la primera habitación que encontré, esperando que no fuera la de Sem o, peor aún, la de Jafet.

Escuché una respiración pesada, como de un hombre que dormía. La habitación no estaba perfectamente oscura, un rayo de luna se filtraba y revelaba la figura de Cam tendido en la cama panza arriba. Me estremecí. Era hermoso mientras dormía, parecía una bestia feroz finalmente inofensiva. Me acerqué observándolo. ¿Era correcto lo que quería hacer? ¿Era egoísta? No lo sabía, de hecho lo sabía, pero no me importaba para nada. Me aproximé más a la cama admirándolo, con el corazón que no quería saber nada de latir regularmente. Me deslicé junto a él y el calor de su cuerpo me golpeó, aunque ni siquiera me estaba tocando. Con una palma le rocé el pecho y fue en ese momento que se despertó. Sus ojos me enfocaron y en una fracción de segundo

se dio cuenta que me tenía delante.

—Victoria —susurró con la mirada confundida.

Mi nombre fue una especie de plegaría en sus labios y yo sentí que mi corazón se derretía.

—¿Qué haces aquí?

—No podía dormir —murmuré. Hice bajar mi mano sobre su pecho. Era una bendición que durmiera prácticamente desnudo. Me sentía audaz, libre de prejuicios, sin ninguna inhibición. El hecho de que estuviera en su cama con él no podía ser una coincidencia. Estaba ahí y esa noche algo cambiaría entre nosotros.

—No sé si... —Se humedeció los labios. Estaba por decir que no era correcto, que debía regresar a mi habitación. Tal vez pensaba en cuando yo lo había rechazado. No podía permitir que ese momento se escurriera entre mis dedos, debía hacerle comprender cuánto quería estar ahí en ese instante, cuánto deseaba estar con él.

—Te lo ruego Cam, no me eches.

Y no lo hizo.

Capítulo 13

Cam

Dicen que la mañana siguiente al sexo todo siempre se ve diferente, que uno se arrepiente de lo que ha hecho, que querría regresar en el tiempo, rebobinar la cinta y esperar que todo sucediera de otro modo.

Y también yo siempre lo había creído. Sin embargo, esa mañana tuve la sorpresa de descubrir que no todas las veces eso era cierto. Victoria junto a mí era una especie de visión, casi un milagro. No sabía qué había pasado pero era correcto que estuviera en mi cama, junto a mí. Deseaba hacer el amor con ella aún más que la noche anterior, así como tenía la sensación de que la querría por el resto de mi vida.

¿Pero qué estaba pensando? No era el tipo de los que creía en el "para toda la vida". Para nada.

Victoria se apretó contra mí y yo la abracé. Dormía aún. Apoyé la cabeza en la almohada e intenté disfrutar ese momento de gloria absoluta, de felicidad plena, esa sensación de satisfacción que nunca antes había experimentado.

Pero había algo que perturbaba esas sensaciones y sabía perfectamente de qué se trataba.

Tenía que hablar con mis hermanos, con Sem y Jafet. Debía decirles lo antes posible acerca de la propuesta de Jackson Sanders. No podía mantener por mucho el secreto, no era correcto escaparle a la responsabilidad.

Me escabullí fuera de la cama y me puse rápidamente pantalones y camiseta. Era domingo y Jafet no iría a la escuela. Bien.

Cuando bajé las escaleras y llegué a la cocina dos pares de ojos oscuros se giraron simultáneamente hacia mí, mirándome como si me hubieran crecido antenas en la cabeza.

—¿Ha dormido contigo?

Jafet hizo la pregunta sin términos medios, saltándose incluso los buenos días. Estaba sentado delante de una taza de leche y un plato de pancakes.

Miré hacia Sem que delante de la cocina se encogió de hombros como diciéndome que debía arreglármelas solo. Él había hecho su parte llevándola a casa, el resto había sido mi responsabilidad.

—Buenos días también a ti, Jafet.

Era inútil ganar tiempo. —Si te refieres a Victoria, sí, ha dormido en mi habitación. —Aunque dormir no fuera precisamente el término más adecuado era el que podía usar con un chiquillo de su edad.

—¿Quiere decir que ahora se mudará aquí?

—¡Pero qué dices! —Sem intervino poniendo el último pancake en el plato y sentándose también él. —Que hayan pasado la noche juntos no quiere decir que lo que hay entre ellos sea serio.

¡Y yo que creía que hablar de los Sanders sería la parte difícil!

—Tiene razón Sem, no quiere decir nada. Puede ser que volvamos a vernos, como puede que

no. Depende. —No tenía intenciones de discutir con ellos dos esos detalles pero Jafet no parecía pensar lo mismo.

—¿Depende de qué?

—De muchas cosas, antes que nada de si nos llevamos bien. Y además... es algo complicado de explicar.

—Ok, basta con que no venga a quedarse aquí. Y suceda lo mismo que le ocurrió a Frank de mi clase.

—¿Frank Michaels?

—Exacto. Su madre murió y su padre se puso de novio con una tipa que ahora fue a vivir a su casa. Deja sus bragas en cualquier parte de la sala, cocina cosas horribles y prácticamente le ha lavado el cerebro al padre de Frank que ahora solo le hace caso a ella.

Suspiré. —Te aseguro que eso no nos sucederá a nosotros.

Asintió, en parte satisfecho de mi explicación pero no del todo.

Ahora que el tema Victoria había sido parcialmente afrontado, no tenía excusas para posponer el otro asunto nuevamente.

—Hay una cosa de la que quisiera hablar con los dos.

Me miraron de nuevo más o menos con la misma intensidad de cuando había bajado por las escaleras.

—Sabéis que ayer fui convocado por el abogado de los Sanders. Bueno, me ha hecho una propuesta, de hecho, nos la ha hecho a todos nosotros.

—Creía que siempre eran las mismas ofertas —intervino Sem con la boca llena. —Hace décadas que proponen siempre las mismas cosas.

—Esta vez es algo diferente. —Los ojos de mis hermanos se clavaron en mí y yo sentí un nerviosismo que pocas veces había experimentado en mi vida.

—Además de la oferta por la venta del terreno han puesto en juego un fondo fiduciario para Jafet, para la universidad. Es un paquete que incluye todo. Matrícula, alojamiento, gastos de todo tipo en cualquier universidad a la que quiera ir. No deberíamos preocuparnos por nada y tendría un futuro académico asegurado.

—¿A cambio de Llanura de los Robles?

—Exacto. El fondo más una suma consistente que nos alcanzaría para comprar una discreta parcela en alguna otra parte.

—¡No! —Jafet saltó y se puso de pie como si su silla se hubiera vuelto repentinamente incandescente. La taza de leche se volteó y manchó el mantel pero nadie le hizo mucho caso. —No quiero irme de Llanura de los Robles.

—Cálmate Jafet. Tenemos que pensar también en el futuro.

—No me importa mi futuro si no puedo quedarme aquí.

—Quizá debamos tomar en consideración esta oferta. —La voz de Sem era monocorde, completamente alejada del contenido de sus palabras.

—Tal vez podría ser una oportunidad para Jafet y para todos nosotros. No podemos decir que no sin pensarlo bien —agregó en el mismo tono.

—Tal vez —repetí mirando a los ojos primero a uno y luego al otro.

Nos quedamos en silencio por unos minutos. Parecíamos un cuadro. Sem y yo sentados en la mesa, Jafet de pie listo para escapar. Tal vez era lo que debíamos hacer, tal vez era solo egoísmo tratar de resistir a toda costa. Hubiera sido mucho más razonable y beneficioso para mis hermanos ceder a un acuerdo.

Todos parecían esperar una respuesta mía. Lo leía en sus ojos llenos de desconcierto. ¿Y en quién depositaban la confianza? En el abajo firmante, un cabrón obstinado que no sabía distinguir lo correcto de lo equivocado, que se dejaba cegar por el orgullo.

—No debemos decidir ahora. Lo pensaremos y responderemos en una semana —concluí.

Todos parecieron volver a respirar pero sus ojos continuaron mirándome y yo no podía soportar que pusieran tanta confianza en mí. No la merecía.

—Ahora terminen de comer y vayan al campo, tenemos mucho trabajo por hacer.

Hicieron lo que les dije mientras yo me preparaba un café. Sem comió poco y despacio mientras Jafet limpiaba la mesa. Luego tomaron sus chaquetas y salieron en silencio.

Capítulo 14

Victoria

Nunca me había sentido al mismo tiempo mejor y peor que en ese momento. Había pasado una noche maravillosa con un hombre que se había ganado un sitio en mi corazón. Nunca me había sentido tan amada, reivindicada y deseada como entre los brazos de Cam. Dos brazos sólidos y poderosos que me habían hecho sentir protegida y segura. Había sido como si mi cuerpo hubiera reconocido al suyo como el único compatible en el mundo, él entre todos los hombres. El único capaz de unirse y complementarse conmigo. Aunque no conseguía explicármelo bien ni siquiera a mí misma, sabía que era así.

Sin embargo al mismo tiempo, toda esa sensación de bienestar, de verdadera alegría, de felicidad en estado puro nunca experimentada estaba contaminada por un sabor amargo anidado en el fondo de mi corazón.

Y esa sensación tenía una única responsable. Yo. Yo misma. Yo era la artífice del peor de los engaños. Si nutría aún la esperanza de construir algo con Cam no podría hacerlo apoyándome en el terreno peligroso de las mentiras y la manipulación. Al mismo tiempo sabía que era demasiado tarde para volver atrás y que confesar en ese momento toda mi puesta en escena sería equivalente a perderlo.

—¿Vas a quedarte ahí escondida toda la mañana?

Su voz me increpó. Se había volteado y me había escuchado. Ver cómo la camiseta envolvía sus hombros era algo increíble. Salí de mi escondite, avanzando hacia la cocina. Él se giró y en su rostro leí todo aquello que necesitaba. Aprecio, seguridad, fuerza.

—Ven aquí —dijo extendiendo un brazo. Con la otra mano sostenía la taza de café.

Inmediatamente me refugié en su abrazo y sentí el olor de su cuerpo. No podría renunciar. Estaba segura que había tomado la decisión en ese instante, en ese preciso momento en el que su olor se fijó en mi cerebro.

Había tenido toda la vida dinero, confort, lujo, pero nunca un sentimiento tan rico como el que Cam era capaz de despertar en mí. Lo quería solo a él, no me interesaba nada más, ni la disputa con mi hermano, ni los intereses de la empresa familiar. Solo quería a Cam.

—¿Qué fue lo que sucedió ayer por la noche?

Me tensé. Como siempre, debía mentir. Odiaba esos momentos y parecía que eran cada vez más frecuentes, todo lo que salía de mi boca la mayor parte de las veces era una mentira.

—Solo exageré sin darme cuenta. Pero no me arrepiento. Si no hubiera sucedido no estaría aquí ahora.

—¿Estás segura de que no hay nada más?

Ahí estaba, esa era una buena ocasión para decir la verdad, servida en bandeja de plata. Miré sus ojos oscuros y no sé dónde encontré la fuerza para seguir lastimándonos a ambos.

—Quiero hacer el amor antes del café —repliqué sin responder a su pregunta, sin recato ni vergüenza. Y no solo para cambiar de tema, sobretodo porque era la verdad y en ese momento

tenía una desesperada necesidad de algo que fuera verdadero.

Lo sentí respirar hondo, como si estuviera aprovisionándose de oxígeno. O tal vez era un suspiro. Se inclinó hacia mí, con su boca presionó ligeramente la parte posterior de mi oreja, ahí donde la piel era más tierna.

—Haría el amor contigo siempre, en cada momento del día y de la noche, en cada rincón de esta casa o al aire libre. En cada posición y manera. Victoria, lo único que debes hacer es pedírmelo.

Suspiré excitada solo por sus palabras. Posó su taza y me tomó levantándome apenas y colocándome en la encimera que estaba a mis espaldas. Empujó algo, tal vez el café, quizá otra taza pero no me importaba en lo más mínimo. La única certeza que necesitaba era la de sus labios sobre los míos, su lengua en mi boca. Gemí metiendo las manos bajo su camiseta y tocando esos músculos forjados a fuerza de arduo trabajo.

Ahora bien, si yo estaba excitada, él parecía no quedarse atrás. Sentada en la encimera lo vi arrodillarse ante mí. La imagen de Cam, grande, robusto y poderoso entre mis piernas era algo a lo que no podía resistirme. Se quitó la camiseta, quedando con ese espectacular pecho a la vista mientras su rostro se deslizaba entre mis muslos. Sentí claramente su nariz y luego su lengua. Trabajó como si de ello dependieran nuestras vidas y me llevó tan cerca del orgasmo que tuve que implorarle que se detuviera, si no quería que todo terminara así para mí. Pero sus planes eran otros. No se detuvo hasta que no me escuchó gritar su nombre y cogerle el cabello para empujarlo aún más contra mí. Cuando emergió tenía los labios brillantes y una sonrisa maliciosa. No me dio tiempo de decir nada, se arrojó a mi boca haciéndome sentir mi propio sabor mezclado con el suyo al tiempo se quitaba los jeans. Me penetró mientras me besaba, con un golpe seco y sin preámbulos, así como yo lo quería. Estaba tan lista que no podría haberlo estado más. Cam comenzó a moverse dentro de mí. Era tan excitante y conseguía tocar puntos tan ocultos que ante cada embestida yo pensaba que no podía gozar más. Y sin embargo eso era lo que sucedía, una y otra vez, al infinito. Hasta que mi cuerpo respondió de nuevo. Mi respiración se aceleró, fui a su encuentro como pude hundiéndole las uñas en la espalda; en ese momento Cam introdujo una mano entre nuestros cuerpos y ese fue el final. Para mí y para él. El orgasmo fue largo y abrumador para ambos. Me desplomé jadeando sobre él, sudada, exhausta, feliz.

—Ahora estoy lista para el café.

Mientras Cam preparaba mi café me dirigió una pregunta que turbó el estado de gracia que acababa de alcanzar. —Hoy estás libre, ¿cierto? Es domingo, la tienda está cerrada. —Fue mi estómago el que se cerró por esa afirmación. Si hasta ese momento había sido sincera con mi cuerpo, debía regresar al modo "engaño". Tragué.

—Sí, así es.

—Entonces podemos pasar el día juntos. Si quieres podría mostrarte lo que hago para vivir.

Me di la vuelta esperando que mi expresión no traicionara todo el amor y el sentimiento de culpa mezclados que sentía en ese instante. Me estaba guiñando el ojo y era guapísimo. —Me encantaría —respondí. Aunque lo que realmente me habría hecho feliz hubiera sido tirar ese saco lleno de mentiras que llevaba a mis espaldas y que tarde o temprano terminaría por aplastarme.

—¿Cómo te fue ayer con la propuesta de los Sanders? —Mientras lo preguntaba me mordí el labio para no traicionar un temblor y me giré hacia la ventana. Odiaba esa parte, sabía

exactamente qué respondería y dónde terminaríamos.

—Podría hacerte la misma pregunta —replicó y la sangre se congeló en mis venas.

Era cierto, me había inventado esa mentira piadosa de que estaba en una entrevista de trabajo con los Sanders. Lo observé, no parecía receloso sino solo curioso.

—Aún no me han llamado y probablemente no lo harán. —No tuve el valor de mirarlo a los ojos mientras lo decía.

—Si me hubieras pedido un consejo, te habría dicho que no te metieras con esa gente. De todos modos, en lo que a mí respecta, han ofrecido un fondo fiduciario para Jafet. Han evolucionado en sus estrategias, sabes. Si hasta hoy han contado solo con la necesidad de dinero de nuestra familia, ahora van un paso adelante. Están manipulando mi culpa. ¿Quién soy yo para negarle a mi hermano un futuro diferente?

Respiré hondo y dije lo que realmente pensaba. —Creo que debes aceptar esa oferta. —Mis palabras cayeron en un silencio denso y pesado.

Me obligué a continuar aunque ese era el momento de decir la verdad, si realmente hubiera habido uno apropiado. —Asegurar un porvenir a tu hermano es una elección muy sabia y te haría honor. Con seguridad es tomar una decisión que lo beneficiaría.

—Lo sé. —Inclinó la cabeza y en ese momento Cam no me pareció tan invencible. Era un hombre atormentado, lleno de dudas, se lo veía confuso a la hora de saber qué era lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—No es tan difícil tomar partido, ¿cierto? Basta hacer a un lado a este jodidísimo orgullo que me quema por dentro y encerrarlo con llave en algún lado. En el fondo, cualquiera en mi lugar sería capaz de tomar una decisión correcta y sensata.

—No creo que sea simple, se trata de tu vida, de tus raíces, de tu pasado y de tu futuro. Llanura de los Robles es todo para ti, por lo tanto no diría que es sencillo.

—Pero no debo decidir en este momento. —Se acercó a mis labios sonriendo y olvidé todo rastro de sentido común.

—Vamos al campo. Hay partes donde la hierba está altísima, no puedo esperar para hacer el amor ahí contigo. —Y bastaron esas pocas palabras para hacerme olvidar todas mis buenas intenciones.

Estaba oficialmente perdida.

Capítulo 15

Victoria

—¿A qué conclusión has llegado?

—A ninguna —suspiré afligida. Estaba sumergida hasta el cuello en la bañera de la casa de huéspedes en villa Sanders y Cloe intentaba propinarme un aceite de olor desagradable que se mezclaba con el agua y prometía milagros para la piel. Continuaba insistiendo en que ella se lo pondría y que, si quería seguir personificando su papel, debía ir hasta el final. Alejé la botellita con un gesto resuelto de la mano.

—La verdad es que en el fondo creo que ya lo he decidido. —Era cierto, me sentía una basura, culpable hasta la médula. —No quiero interpretar más tu papel, quiero que Cam me ame por quien soy y, ahora mismo, no sabe quién soy.

Cloe posó la botellita en el borde de la bañera. —Entonces, recapitulemos. Su hermano te ha recogido borracha en el bar de vuestra primera cita, te ha llevado casi en coma a la casa de Cam y tú a la mañana siguiente le has mentado descaradamente diciéndole que solo habías empuinado un poco el codo. Ah, he saltado la parte en la que habéis follado como conejos. Luego os habéis dado de nuevo todo el día, en la casa, en el campo y solo Dios sabe dónde más. Sus hermanos te adoran...

—El pequeño no demasiado —la interrumpí. Era cierto, Jafet era el más desconfiado, lo sorprendía con frecuencia mirándome de reojo y con recelo.

—Está bien, no tiene demasiada importancia, de todos modos uno te adora y el otro te soporta. Decía, que todo va a toda vela excepto por el hecho de que al comienzo te has comportado como una verdadera idiota y que en parte continúas haciéndolo. Mientras él te confió la propuesta que le habían hecho los Sanders, tú le has hecho creer que te habías presentado solo a una entrevista de trabajo. Llegados a este punto diría que ya no hay encrucijada para ti.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tienes presente las encrucijadas? ¿Cuando eliges si ir hacia la derecha o a la izquierda? Bien, ya no te encuentras en posición de elegir. Ahora tu camino continúa derecho. Tienes que decir la verdad, no puedes hacer otra cosa Victoria.

—Él me dejará —suspiré afligida. Era una certeza.

—Debes correr el riesgo o te encontrarás sin nada entre las manos. —Cloe tenía razón, persistir en el engaño era como continuar deslizándose hacia abajo por una grieta sin tener la más mínima posibilidad de aferrarse a algo. Llegaría pronto al fondo y ahí me quedaría.

Salí de la bañera con la piel arrugada y me envolví en la bata rumiando sobre esa situación imposible de resolver.

En ese preciso momento, llamaron a la puerta.

Cloe se puso de pie. —Voy yo, termina de secarte.

Tomé una toalla y me envolví el cabello, luego tomé otra y me froté las piernas. ¿Quién demonios podía estar en la puerta? Cloe no había venido a llamarme. Cuando, intrigada, aparecí

en la sala de estar se me encogió el estómago.

—Jackson —murmuré desconsolada.

Mi hermano se encontraba de pie en la puerta y estaba aguantando el discursito de Cloe sobre su apestoso y milagroso aceite. No sabía si la escuchaba pero con seguridad la miraba a los ojos. Lo que era extraño. Conocía a Cloe hacía una vida pero nunca había sido su tipo. Él se desvivía por las mujeres refinadas, con tacones altos, cabellos recién peinados por el peluquero y uñas pintadas de rojo.

—Ah Victoria, aquí estás.

Bufé. Era la última persona a la que quería ver. Crucé los brazos sobre el pecho esperando que dijera lo que había venido a decir y que luego girara sobre sus talones para irse al diablo.

—¿Estás satisfecho ahora?

—Si te refieres a cómo estoy ganando con los Myers, sí estoy satisfecho, aunque Cam aún no ha respondido.

—Fuiste astuto en jugar la carta del hermano pequeño. —Astuto y mezquino.

Se encogió de hombros en un gesto de falsa modestia. —Lo sé, es cuestión de pocos días y me contactará para aceptar a regañadientes mi propuesta.

—¡Basta! —chillé.

Jackson se puso repentinamente serio. —¿De hacer qué? No soy yo el que se lo está trabajando a sus espaldas. Yo estoy haciendo todo a la luz del sol.

No soportaba el hecho de que tuviera razón, que todo fuera cierto. No sabía si me hacía más mal lo que yo estaba haciendo o lo que sentía al escuchar que mi hermano lo dijera en voz alta.

Miré a Cloe. De ella, a pesar de la camiseta de colores brillantes, provenía una mirada de desaprobación que habría bastado por sí sola para desanimarme. —Lo sé. Y lo haré.

El teléfono eligió precisamente ese momento para sonar. Lo tomé y me refugié en mi habitación, como si de ese modo pudiera esconderme.

—Hola

Su voz baja y cálida. Mi corazón dio un vuelco.

—Hola —respondí. De repente me dieron ganas de reír y ni siquiera yo sabía por qué. Considerando la situación en la que me encontraba, debía hacer todo menos reír, pero evidentemente corazón y razón iban en direcciones separadas cuando se trataba de mí.

—Te recogeré en el trabajo esta tarde.

—Fantástico.

—Quiero que veas algo.

—¿Qué?

—Una sorpresa.

—No veo la hora. —Me sentía una tonta, una tonta chica emocionada y nerviosa. No debería haberme sentido así. Y sin embargo no podía evitarlo. Percibía intensamente una ansiedad, un deseo continuo de verlo, de sentir su cuerpo bajo mis manos, un deseo continuo de él.

—¿A qué hora cierras?

—A las seis —respondí. No tenía la más mínima idea a qué hora Cloe cerraba el negocio.

—¿No es algo temprano?

Fruncí el ceño. —¿Qué he dicho? ¿Las seis? Me equivoqué, quería decir las siete. No sé dónde tengo la cabeza. —¿Tal vez porque nunca en mi vida había cerrado un negocio?

Cuando puse fin a la llamada y regresé a la habitación de al lado, Jackson había levantado campamento. Solo quedaba Cloe con su botella de apestoso brebaje en la mano y la mirada

soñadora dirigida hacia la ventana.

—¿Qué es ese aire soñador? —le reproché.

—¿Qué aire soñador?

—Te recuerdo que mi hermano es un bastardo, que siempre lo fue y que lo será toda la vida.

No me gusta esa cara embobada que tienes.

—No tengo ninguna cara embobada y lo conozco desde que te conozco a ti. Sé de lo que es capaz, pero creo que también él a su modo...

—No, nada. Te hará sufrir Cloe.

Me miró levantando las cejas. Si había algo que podía reconocerle a Cloe era la capacidad de manejar las situaciones con calma y ponderación.

—Necesito que me hagas un favor. ¿Quién está en tu tienda en este momento?

—Está cerrada, la abriré en media hora.

—Ok ¿y a qué hora cierras?

—Las seis y cuarenta y cinco, ¿por qué?

—Porque tú te irás a las seis y media, es decir cuando llegará yo que me quedaré hasta el cierre. Cam irá a buscarme ahí a las siete.

Me miró con reproche en los ojos. —¿Le dirás la verdad?

—Lo intentaré. Ahora dame algo terrible de tu guardarropas para que me ponga.

Cloe hizo una mueca. —Siempre eres tan gentil, sin embargo no tengo nada aquí: esta es tu casa por si no lo recuerdas. En el negocio encontrarás algo de tu talla. Pero deja la etiqueta puesta. No todos somos asquerosamente ricos como tú.

A las dieciocho treinta casi había llegado al negocio de Cloe. Estaba por dar vuelta la esquina cuando algo hizo que me detuviera al instante, como si repentinamente me hubiera congelado. No era algo, sino alguien.

Jafet Myers, con esa maraña negra en la frente, venía derecho hacia mí con un morral en su hombro, conversando y sonriendo junto a una muchachita que tenía más o menos su edad. ¿Qué hacía en esa parte de la ciudad? De hecho, ¡Qué hacía en la ciudad y punto! ¿Por qué no estaba en el campo sembrando, arando o haciendo cualquier otra cosa que hicieran los campesinos a esa hora?

Él me miró en el mismo momento en que me detuve y nuestros ojos se encontraron. Tenía que permanecer calma y lúcida. ¿Qué podía hacerme un chaval? Absolutamente nada, no tenía motivos para temer su presencia. Y sin embargo, no estaba para nada feliz con ese encuentro casual. Yo no le gustaba y, sobre todo, el chico siempre tenía aire de quien sospecha algo.

Avanzamos el uno hacia el otro hasta detenernos.

—Hola Jafet.

—Hola —murmuró. Sabía qué estaba mirando, mi ropa tan diferente a la que solía vestir en las ocasiones en que había ido a su casa. Estaba elegante y refinada, como en mi vida real. Él me miraba receloso, su amiga, en cambio, admirada. Siempre supe que la mejor defensa era un buen ataque.

—¿Qué haces aquí? —pregunté y le vi perder un poco de su seguridad.

—Paseo —respondió evitando mirarme.

—¿Quién es tu amiga?

La muchachita en cuestión fue mucho más sociable que él. —Me llamo Tara. —Y sonrió.

—Hola Tara, soy Victoria, una amiga de los hermanos de Jafet.

—¿Cómo es que estás en esta zona de la ciudad? —volví al ataque.

Él se encogió de hombros. —Vine a dar una vuelta.

—Extraño que tus hermanos te manden hasta aquí. —Era un golpe bajo pero debía hacerle comprender a ese muchacho quién mandaba.

—No se los he dicho. Pero solo porque no hubo tiempo, no nos hemos visto. Si les hubiera preguntado me habrían respondido que podía venir.

Tocado y hundido. Pero tenía que felicitarlo, era alguien que no se rendía sin luchar.

—Estás diferente a cuando vienes a casa —comentó finalmente. Me miró con determinación, como si hubiera pasado al contraataque. En ese punto ya no estaba tan segura de ser yo quien guiaba el juego.

—Es porque ahora estoy yendo al trabajo — respondí — de hecho, si me detengo llegaré tarde, por lo tanto, los saludo. Adiós Tara, fue un placer conocerte.

Los dejé pensando que la situación se hacía cada minuto más complicada y que dentro de poco manejarla sería imposible a menos que quisiera mentirles también a dos muchachitos.

Llegué finalmente al negocio de Cloe. Nos habíamos pasado la posta, rápidamente me había puesto las prendas menos horrorosas que había encontrado, poniendo atención a dejar la etiqueta pegada y luego había hecho que ella me entregara las llaves para cerrar. Una vez sola, me había retocado el maquillaje y el cabello para parecer al menos bonita, incluso llevando esa ropa excéntrica.

Habían pasado unos quince minutos cuando sentí un ruido en la puerta. Cam se había adelantado. Mejor.

Abrí sin siquiera preguntarme por qué había llegado antes y si era realmente él. De hecho, no lo era. Me encontré frente de un joven delgado y no demasiado alto, con los ojos inyectados en sangre. También él parecía igual de sorprendido que yo.

—El negocio está cerrado —declaré seca e intenté cerrar la puerta, pero el desconocido me lo impidió metiendo un pie en medio.

—Entonces vuelve a abrir —respondió. Forzó mi resistencia y abrió la puerta.

La lucha era despareja porque, a pesar de que parecía un adicto esmirriado, tenía una fuerza sorprendente. Dando un último empujón logró entrar y me encontré mirando esos ojos inyectados en sangre.

—Dame la recaudación —me ordenó sin preámbulos y sin nada que me amenazara salvo él mismo.

Si no hubiera sido un momento trágico, debería haberme reído. ¿La recaudación? Apenas sabía dónde se encontraba la caja registradora y probablemente Cloe se había llevado consigo el efectivo.

—Escucha, la tienda no es mía, estoy aquí solo para cerrar, por lo tanto no sé si hay dinero y donde está. —Lo que decía era inverosímil e hizo que el hombre se alterara.

Me miró lleno de rabia, como si le hubiera estropeado un lindo juego. El juego de hacerme robar por él.

Miró a su alrededor. —Dame tu dinero entonces. —Miré en la dirección en la que él lo hacía, es decir, hacía mi cartera de diseñador. Una maravillosa baguette de Louis Vuitton que me había costado un dineral. Solo revendiendo ese objeto podría reunir una buena suma.

—Dámela toda, así como está. No te molestes en sacar la billetera. Estoy seguro que hará

juego —rió sarcásticamente. Fui a buscarla con paso tambaleante. Cuando se la tendí, él me la arrancó de las manos haciéndome vacilar. Con ese movimiento brusco terminé casi encima de él recuperando el equilibrio en el último momento. Ese extraño bailecito debió hacerle pasar ideas aún más extrañas por la cabeza porque cerró la puerta tras de sí y cambió la expresión. Ya no estaba agitado y agresivo sino que ahora parecía excitado y determinado.

—Ahora que he cobrado podemos divertirnos un poco. Además, has sido buena. —Se metió la cartera en el bolsillo posterior de esos sucios jeans que llevaba puestos y avanzó hacia mí.

Retrocedí un paso y aún sin quererlo, le hice ganar terreno. —No quiero divertirme contigo.

—Pero yo sí.

—Estoy esperando a una persona, te sugiero que te vayas —lo amenacé.

—Todas dicen eso —replicó con tono aburrido. —Está viniendo mi marido, estoy esperando a alguien...No es cierto y ambos lo sabemos.

De repente estiró una mano hacia mi cuello y me estrelló contra la pared. Mientras con esa mano me quitaba el aire con la otra comenzaba a hurgar en mi escote.

—Eres una puta, como todas.

Tenía la vista nublada por el miedo y el dolor. No sabía si moriría antes por la asfixia o por el terror, tal vez ambas cosas juntas. La única verdad que tenía bien clara era que por ningún motivo quería permanecer entre sus garras. Intenté patear para golpearlo en sus partes bajas, pero su agarre en mi cuello me estaba asfixiando.

Cuando vi una silueta grande y familiar recortarse a sus espaldas el alivio fue tan fuerte que se me salieron las lágrimas. Y no solo porque estaba volviendo a respirar. La presión en mi cuello se aflojó en el mismo momento en que Cam lo giró y le asestó un potente puñetazo en la mandíbula. El hombre gimió y cayó al suelo. Cam era tres veces más grande y más pesado, ese tipo no tenía esperanzas de salirse con la suya. Se subió sobre él y comenzó a darle golpes de puño en la cara. Uno, dos, tres, cuatro. Al cuarto puñetazo en pleno rostro me di cuenta que Cam no se detendría hasta que ese individuo no dejara de respirar. No podía matarlo, no podía dejar que lo hiciera.

—¡Cam! —Le tomé un brazo intentando detener la golpiza. Cam se giró hacia mí con el rostro desencajado.

—Lo matarás —le dije hablando suavemente sin soltar su agarre. —Y no vale la pena. Yo estoy bien, te lo suplico.

Como si mi voz lo hubiera despertado de un trance, lentamente se puso de pie.

Yo saqué la cartera de debajo del cuerpo tendido de ese individuo y recuperé mi teléfono. Marqué al novecientos once y pedí ayuda.

—¿Tú estás bien? —me preguntó. Levanté los ojos del teléfono sobre el que permanecía obstinadamente inclinada. ¿Qué me sucedía? Estaba tan conmocionada que no lograba ni siquiera hablar.

Cuando lo miré, parte de la furia que lo había animado hasta hacía poco antes parecía haberse evaporado y su mirada se había vuelto límpida. Estaba muy preocupado, por mí.

—¿Estás bien? —repitió.

—Sí, no pasó nada, solo porque llegaste tú.

—Pensé en anticiparme un poco —admitió como si fuera culpa suya no haber llegado incluso antes.

—Tuviste una buena idea —respondí para desdramatizar, aunque en realidad tenía unos terribles deseos de llorar. Algo debió traicionarme, tal vez la mirada velada. —Ven aquí —me dijo abriendo los brazos. Era como si no hubiera esperado otra cosa hasta ese momento. Sus

brazos fueron mi cuna, mi refugio, el único sitio en el que habría querido encontrarme. Cerré los ojos para disfrutar su abrazo, sin dejar de mirar las piernas extendidas e inmóviles del hombre que había intentado lastimarme.

Cuando llegó la policía aún estábamos así, uno abrazado al otro, solo que yo estaba sentada en sus rodillas y no había soltado el agarre sobre su cuello.

Los policías llamaron una ambulancia y uno de los agentes dirigió una mirada preocupada hacia Cam. Todos éramos perfectamente concientes, los policías en primer lugar, de que había estado muy cerca de matar a mi agresor. Di mi testimonio y Cam el suyo. Tuve que mentir diciendo que el negocio era mío y eso me recordó que las mentiras solían encadenarse unas a otras y acababan por crear una enorme bola de nieve.

Cuando todo terminó y la ambulancia y los agentes dejaron el negocio, Cam me ayudó a cerrar. Por fortuna, porque me temblaban las manos.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Sacudí la cabeza haciendo señas que no, con un nudo en la garganta que me impedía pronunciar palabra.

—Me habías hablado de una sorpresa. No es lindo ilusionar a las chicas —me esforcé por sonreír.

—Tienes razón —sonrió también él y fue algo maravilloso.

—Además, no quiero recordar esta noche por esta horrible aventura sino por tu sorpresa.

—Ok, vamos. —Me rodeó los hombros con un brazo y rápidamente me pareció que nada podía hacerme mal mientras él estuviera conmigo. La sensación de haber escapado a algo realmente terrible había sido ampliamente superada por el sentimiento de seguridad que ese hombre sabía darme.

Era oficial.

Me estaba enamorando irreversiblemente de él.

Capítulo 16

Cam

—Ha sido una sorpresa maravillosa.

Tendida sobre el techo del granero conmigo, con una manta bajo nosotros y los brazos cruzados sosteniendo su cabeza, miraba en la misma dirección en la que yo lo hacía, es decir, al cielo. No tenía palabras para describir qué era, sino una negra extensión, inmensa, ilimitada, un tapete oscuro salpicado por millones, millares de pequeñas bolitas doradas. Un espectáculo que quitaba el aliento. Venía a admirarlo desde que era niño, pero nunca antes lo había compartido con alguien. El techo del granero era mi lugar especial, solo mío, el sitio al que iba cuando los problemas me sofocaban. Estando allí, por la noche, podía pensar en la enormidad del mundo y en lo pequeño que era yo. O simplemente iba relajarme cuando estaba particularmente feliz pero no sabía cómo expresarlo.

Había subido la noche en que había muerto mi madre y no sabía si sería capaz de sobrevivir a ese dolor tan devastador, también cuando cobré mi primer dinero y sentía que era dueño del mundo, cuando murió mi padre y ahora con Victoria.

A partir de esa noche no sería nunca más solo mi lugar especial. Era como si sintiera el inexplicable deseo de compartir las cosas más bellas, personales y secretas que tenía, con Victoria. ¿Cómo se llamaba cuando algo así ocurría? ¿Tal vez era estar enamorado?

—Esto es lo más lindo que tengo y quiero que sea tuyo también.

—¿Desde cuándo el cielo de noche se volvió tuyo? —bromeó sonriendo.

—El cielo de aquí arriba lo es —respondí. Y era cierto. Era mío.

—Cuando estoy aquí arriba pienso en toda la suerte que he tenido —admití relajado.

Victoria se levantó flexionando un codo y apoyando la cabeza en la palma de su mano para mirarme y yo quité la mirada de las estrechas para fijarla en sus ojos. —He tenido una familia, algo por lo que pelear, personas que me quieren y a las que quiero. Y ahora has llegado tú...soy un hombre afortunado. Has venido de la nada, de manera repentina. A veces me parece que te he esperado toda la vida.

No creía que sería tan fácil decir esas dos simples palabras.

—Te amo, Victoria.

Se había hecho un hueco justo en el centro de mi corazón y ahí se quedaría porque yo haría de todo por retenerla.

Me miró seria y con los ojos un poco brillosos. —No es justo que lo hayas dicho tú primero. —Sonrió. —Te amo Cam y quiero estar contigo.

—Nada podría impedírmelo —respondí, porque era eso lo que efectivamente sentía.

Repentinamente recordé que debía darle algo.

—Ten, las he encontrado ayer en la mañana. —Le tendí las llaves de su auto. Había cortado la hierba delante de la puerta de ingreso a la propiedad y habían quedado a la vista enseguida.

—Oh, gracias. —Las tomó y rápidamente las guardó en su bolsillo.

Había algo que me pesaba en el corazón y que quería compartir con ella. Tal vez la decisión

más importante de mi vida, de seguro una decisión que cambiaría mi existencia y, si quería que mi futuro fuera con Victoria, lo correcto era hablar de eso.

—Un día todo esto no será más mío.

Me resultaba difícil decirlo, me dolía el centro del pecho solo de pensarlo, tan solo de imaginar que esas palabras podían concretarse.

—No digas eso...

—Sí, ya lo hemos hablado. Es lo mejor para el futuro de Jafet.

—No debes hacerlo por obligación.

—No podría vivir pensando que le he quitado una oportunidad a mi hermano. No podría perdonármelo.

—Pero...

—¡También tú has tenido que ir a buscar trabajo de los Sanders! —Cuando es preciso hacer algo, se lo hace.

—Sí, tienes razón pero seguramente no me contratarán, no he sabido más nada de ellos.

—Era para decir que a veces no tenemos muchas opciones. De todos modos, la decisión ya ha sido tomada.

Decirlo era mil veces peor que pensarlo. Tragué el dolor esforzándome por pensar en el futuro. —¿Sabes qué haremos con esa suma?

Sacudió la cabeza. —Compraré con mis hermanos un pequeño terreno y si quieres...

No me dio tiempo a terminar. —Sí —respondió de inmediato.

Y esa respuesta suya barrió cualquier incertidumbre y todo sufrimiento, y yo no necesité nada más para saber cuál era el sabor de la felicidad.

Capítulo 17

Victoria

Tendría que haber sido un día feliz, un día de triunfo para mi familia. A pesar de que había perdido el desafío, ¿no era también yo una Sanders? Como tal, tendría que haber estado orgullosa de la victoria de mi hermano, al fin y al cabo se trataba de una adquisición hecha por mi familia. Llanura de los Robles finalmente sería parte de la vastísima lista de propiedades de los Sanders y mi padre por fin tendría paz y pasaría una vejez tranquila como jubilado.

Eso si yo no hubiera sido realmente competitiva.

Si lo hubiera sido, tendría que haberme sentido desmoralizada por el hecho de que la empresa familiar estaba por pasar a manos de Jackson. Había ganado el reto, había logrado arrebatarnos a los Myers sus tierras, de modo que, por explícita voluntad de mi padre, heredaría el control de la compañía. Probablemente yo quedaría relegada a mi actual rol de directora de recursos humanos. Jackson era alguien que quería vencer, no destruirme, nunca haría nada en mi contra. Solo pasaría a estar un paso por delante, por delante de mí, gozándome obviamente.

Todo esto si me hubiera importado algo de la empresa. La realidad era que había llegado a un punto en el cual ese era el último de mis pensamientos. Yo quería únicamente estar con Cam, el resto era superfluo. Y, considerando esa premisa, me sentía pésimo.

Mi padre estaba sentado detrás del escritorio en su oficina presidencial en la torre Sanders, mi hermano y yo estábamos frente a él en los sillones para las visitas. Jackson estaba guapo y resplandeciente y lucía un traje nuevo, confeccionado especialmente para la ocasión, mientras que yo, a pesar de que estaba vestida elegantemente, me sentía una piltrafa.

—Este es el contrato firmado por Cam Myers. Ha aceptado el fondo fiduciario para su hermano menor y la suma que le hemos ofrecido. Probablemente comprarán tierras en alguna otra parte. Es lógico, cultivar maíz es lo único que esos tres granjeros saben hacer.

Las palabras de mi hermano penetraron en mi carne como espadas. ¿Por qué debía sufrir tanto?

—Jackson, has hecho un excelente trabajo, lograste hacer algo que yo he intentado por años y años, fracasando siempre. No tengo problemas en admitirlo, de hecho te felicito, eres mi orgullo. ¿Victoria?

Había sido llamada a intervenir en la conversación. —¿Qué?

—¿Qué piensas del trabajo de tu hermano? —¿Qué pregunta estúpida. ¿Qué respondía a una pregunta tan absurda? Con la más convencional y estereotipada de las respuestas.

—Creo que ha sido un completo éxito y te felicito Jackson.

Mi padre parecía satisfecho de cómo había tomado la derrota.

—Bien, entonces haría entrar al abogado Montgomery para que veamos los detalles...

Me puse de pie, me daba vueltas la cabeza y tenía una sensación de opresión en la boca del estómago, como si algo terriblemente pesado se me hubiera posicionado encima y no quisiera saber nada con bajar. La voz de mi padre se había vuelto una especie de sonido de fondo, monótono y carente de significado. —Perdonad, necesito ir un momento al baño.

No esperé que alguien respondiera, su permiso no me interesaba en lo más mínimo. Estaba tan mal que no habría resistido sentada ahí ni un minuto más. Al salir por la puerta, me tropecé y casi terminé entre los brazos del anciano abogado que, por el contrario, estaba entrando. Me recuperé esquivándolo y me giré hacia el corredor que conducía a mi oficina. Caminé con las manos pegadas a la pared para sostenerme mientras me acercaba a la puerta de mi despacho. Solo debía cruzarla y llegaría al baño, me refrescaría el rostro y me recuperaría de ese difícil momento. Por otra parte, el stress era un enemigo que no debía subestimar.

Sucedió todo en pocos segundos, tan pocos que no tuve tiempo de impedir que pasara o de hacer algo para contener ese daño irreparable. Las puertas del ascensor se abrieron.

Lo vi antes de que saliera de la cabina con la cabeza gacha. Identifiqué el instante exacto en que la levantó y me miró a los ojos.

Cam.

Nunca en la vida olvidaría esa sensación. Vi pasar por su mirada primero la sorpresa y luego la desorientación. Movié apenas los ojos a la puerta que estaba a mis espaldas. Esta vez era imposible huir, imposible esconderme en cualquier otra parte. La puerta que se encontraba tras de mí tenía escrito en brillantes caracteres negros sobre un fondo de latón

Victoria Sanders – Directora de Recursos Humanos

Era inequívoca. No había posibilidad de error, no había modo de justificar mi presencia ahí que no fuera con la verdad.

—Eres una de ellos —pronunció lentamente mirándome a la cara.

Repentinamente todo había cambiado. La luz llena de deseo que había aprendido a reconocer y que brillaba en sus ojos se había transformado en una mirada fría y penetrante. De golpe habíamos retrocedido y nos encontrábamos más atrás que la noche en que nos habíamos conocido. Mucho más atrás. Si entonces solo existía la desconfianza que se derivaba de no conocerme, en ese momento se había sumado algo a lo que no tenía el valor de dar un nombre.

—Cam, yo... —hubiera querido decir— puedo explicártelo todo —pero hasta para mis mismos oídos esa frase parecía absurda. ¿Qué podía explicar? Absolutamente nada.

—¡Victoria Sanders! ¿Tú, qué? —preguntó disgustado.

—No es lo que parece —logré decir.

—¿Sabes qué parece? —preguntó avanzando directo hacia mí. Tuve que alzar la mirada porque en ese momento estaba sobre mí, sobrepasándome, mirándome desde lo alto. —Parece que eres la propietaria de esta compañía y que te has burlado de mí todo este tiempo.

—No es así como piensas.

—No quiero saber nada más. Me das asco.

Me dio la espalda dejándome ahí, vacía y sola.

Había fracasado completa y definitivamente pero sobre todo, había perdido la estima y el amor de la única persona que me había importado algo.

Capítulo 18

Victoria

Dos semanas después

—Y en ese momento, ¿tú qué hiciste?

Remover lo que había ocurrido esa mañana era algo tan doloroso que resultaba casi desgarrador. Pero estaba con Cloe y le debía una explicación, era la única que había logrado sacarme de casa después de quince días continuos de aislamiento. No había querido poner un pie ni siquiera en el trabajo, no había salido, ni siquiera la había vuelto a ver a ella. El deseo de vivir se había apagado, dentro de mí no había quedado nada que me empujara a ir hacia delante.

Pero luego Cloe casi que me había tirado de las orejas y me había obligado a que nos encontráramos en un café en el centro de la ciudad. Tenía el cabello tan despeinado que la solución más indolora había sido atarlo en una cola desplumada. Mis ojos estaban tan rojos e hinchados por el llanto que me había puesto las gafas de sol más grandes que tenía para enmascarar un poco la situación. En las épocas en que me vestía con la ropa de Cloe, comparada con ese día, era una gran señora.

Para no hablar del ánimo. Me sentía tan mal que no había un modo lo suficientemente dramático de describirlo. Vacía y desprovista de objetivos.

Desilusionar a Cam había sido tal vez peor que perderlo. Ver pasar por sus ojos la certeza de que lo había engañado me había provocado un dolor que no podía soportar. Había sido yo la que lo había desilusionado. Nunca me lo podría perdonar.

—Debes salir adelante. —Cada una tenía en frente una taza de café pero la mía había quedado prácticamente intacta.

—No puedo.

—Entonces debes buscarlo y hablar con él.

—¿Estás bromeando? Como mínimo habrá comprado una docena de perros guardianes y los habrá adiestrado haciéndoles ver mi cara y enseñándoles a atacarme.

—En mi opinión, él sufre tanto como tú. Si no más.

—Genial, ahora sí que me siento mejor. —Estaba segura que sufría y me odiaba en la misma medida.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que la víctima eres tú? ¿Que no podías hacer otra cosa? No puedo decírtelo porque no es así. Podías ser honesta desde el comienzo y todo esto no habría sucedido. Por lo tanto, toma toda la dignidad que te queda y, si verdaderamente te importa Cam Myers, ve a pedirle perdón. De lo contrario continúa llorando toda la vida. En un punto tienes derecho a hacerlo porque la culpa es tuya.

Metí la nariz en mi taza. Hubiera querido mantenerla ahí para siempre, cerrar los ojos saboreando ese dulce sabor y pensando que se había tratado solo de un sueño. Hubiera sido maravilloso poder despertar y comenzar todo de nuevo, tener una segunda oportunidad. Pero las cosas no irían de ese modo, no tendría esa segunda chance de hacer bien las cosas.

Saqué la nariz de mi taza. —Me echará, no querrá saber nada de mí.

—Es probable, pero no puedes rendirte sin intentarlo.

Llegué a la puerta de Llanura de los Robles y sentí la tentación de regresar. No había llamado por teléfono, si lo hubiera hecho estaba segura de que Cam se habría negado a verme.

Extrañamente estaba abierto. De hecho, no, no era extraño porque había un gran vehículo agrícola que había acabado de entrar antes que yo. A pesar de que habían vendido la propiedad, los trabajos necesarios para cosechar debían continuar ya que no cederían también su producción.

Había alguien junto al conductor del vehículo, pero no era Cam. Era Sem. No sabía si sentirme desilusionada o aliviada, o tal vez un poco de ambas.

Quería ver a Cam con todas mis fuerzas y al mismo tiempo temía inmensamente ese momento. Apenas me vio, Sem dejó de hablar con el hombre y vino hacia mí. Tenía el ceño fruncido mientras se acercaba y yo sentí una punzada en el estómago. Era el sentimiento de culpa que me causaba la desilusión que veía reflejada también en sus ojos, algo que no podía soportar.

—¿Por qué estás aquí? —No había reproche en su voz sino solo decepción.

—Necesito hablar con Cam.

—Él no quiere verte. Y no puedo decir que esté completamente equivocado. —Me miró con una mezcla de pena y desaprobación. Los había decepcionada a todos, incluso a él.

—Lo sé. Es solo que...

—Victoria, yo sé que lo lamentas. También yo lo lamento y estoy seguro, por lo poco que pude conocerte, que en algún momento tal vez hubieras querido decirlo. Quizá cuando las cosas comenzaron a ir bien entre vosotros. Pero ya es demasiado tarde yo creo que...Cam no te perdonará nunca. —Había sido breve y honesto. Cómo hacer en pocos segundos el resumen de una vida que ya no valía la pena vivir.

Asimilé sus palabras hinchando el pecho. Era probable, pero al menos debía hacer un intento, no podría vivir con el arrepentimiento de ni siquiera haber tratado de remediar mis errores.

—Yo también lo creo pero debo intentarlo, de lo contrario no conseguiré levantarme mañana ni todas las mañanas que vendrán después. No sé si logras entenderlo de algún modo.

Asintió mirándome con tristeza. —Está allá en medio del terreno, trabajando solo hace horas. A mano. Es un tipo de labor que podría hacer perfectamente un tractor, pero quiere agotarse. —Y no era tan difícil imaginar cuál era la razón.

—Ok, voy.

—No te lo recomiendo, pero haz como te parezca.

Comencé a caminar en la tierra alejándome de Sem. El suelo estaba lo suficientemente compacto como para que no me hundiera pero al mismo tiempo me daba un enorme trabajo arrastrar mis piernas.

La figura de Cam se hacía más grande a medida que me acercaba, me sentía agitada como si el corazón me fuera a explotar en el pecho de un momento a otro. Su espalda desnuda estaba brillante de sudor, ese sudor de quien trabaja con esfuerzo y duramente. Nada que ver con mi trabajo, un trabajo sucio y llevado a cabo con engaños y fraudes.

Cuando se giró, capé solo por un instante su expresión cansada mientras se limpiaba la frente con un brazo. —Sem, pásame esa...

Cuando se dio cuenta que no era Sem, se enderezó más y arqueó las cejas de manera amenazante. Era inmenso y hostil y al mismo tiempo magnífico. Era todo lo que había perdido

para siempre.

—¿Qué quieres? —preguntó sin ningún tacto. Temblé.

—Hablarte. —Me acerqué pero cuando me miró lo hizo de tal modo que consideré oportuno detenerme.

—Ahórrate el aire y vete.

—Ok, me voy pero no antes de haberte dicho lo que he venido a decirte.

Me dio la espalda. —Me importa una mierda lo que tienes para decir.

Lo tomé de un brazo porque la idea de que me estuviera dejando afuera de su vida era demasiado dolorosa para soportarla, pero fue un error. Apenas toqué su piel caldeada por el sol Cam se giró y en sus ojos leí algo que era más parecido al desprecio que cualquier otra mirada que hubiera visto alguna vez. Lo solté. En ese momento la idea de que nunca me haría mal fue ofuscada por el resentimiento del que estaba impregnado su mirada.

—Te lo ruego, escúchame —le imploré.

—Dame un motivo por el que debería hacerlo.

Sus palabras fueron como fuego en mi piel.

Dame un motivo. ¿Qué motivo podía tener para escucharme? No tenía justificación, de ningún tipo.

—No hay ninguno, solo te lo estoy pidiendo por favor —susurré.

—Apresúrate porque tengo que terminar aquí —fue la respuesta. Tragué la sensación de amargura y la certeza de que cualquier cosa que dijera nunca sería suficiente. Pero no tenía alternativas, no podía remediar el pasado. Solo tenía cinco minutos para confesar y luego irme y desaparecer de su vida.

—Todo comenzó porque mi padre nos lanzó un reto a mí y a mi hermano Jackson. —Vi una mueca de disgusto en su rostro pero continué. —Quien obtuviera Llanura de los Robles tendría la conducción de las industrias Sanders. La cosa me tentó y decidí usar una forma poco convencional para vencer a mi hermano.

—Decidiste embaucar al pobre campesino tonto —me corrigió con amargura.

El corazón me dolía cada vez más, pero decidí ser sincera hasta el final. —Pensaba hacerlo antes de conocerte, pero me fue suficiente pasar algo de tiempo contigo para comprender que nunca podría hacerlo.

—Espera, ¿y cuándo fue exactamente que lo comprendiste? —Estaba enojado. Mis palabras parecían haber despertado la furia dentro de él.

—De inmediato, pero tenía miedo que me alejaras de tu lado.

—¿Como estoy haciendo ahora? Victoria, yo confiaba en ti y tú me has engañado desde el comienzo.

Sus palabras cayeron sobre mí como una cuchilla inclemente.

—Cuando te encontré la primera vez en tu oficina me hiciste creer que estabas ahí para una entrevista de trabajo. Quién sabe cuánto te habrás reído de mí a mis espaldas.

—No, ¡no es así!

—También te he dicho cosas de las que ahora me arrepiento. —Debía referirse a cuando sobre el techo del granero me había confesado que me amaba.

—No digas eso, por favor.

Pero no tenía intenciones de escuchar mis súplicas.

—¿Sabes por qué nos encontramos? —me preguntó con ojos fríos y voz firme. Negué con la cabeza temiendo lo que estaba por decir. —Faltaba un documento para cerrar el acuerdo. Estaba

indeciso acerca de si pasar ese día o al día siguiente. Imagina qué casualidad —declaró cínicamente.

—Pensaba contártelo todo —admití con voz suplicante y él hizo una mueca de disgusto.

—Ahora vete, has tenido tus cinco minutos.

No había absolutamente nada que pudiera hacer o decir para hacerlo cambiar de idea. Por otra parte, tampoco yo habría perdonado un comportamiento de esa clase.

Abrí la boca y luego la cerré. No había nada más que pudiera hacer, ya había hecho suficiente y luego había jugado todas mis cartas para remediarlo. La verdad era que no existía enmienda para un comportamiento como el mío. Antes de dejar para siempre la propiedad de los Myers eché una mirada a la casa y a lo lejos vi una figura pálida que miraba en mi dirección. Era Jafet.

Capítulo 19

Cam

Entré en casa completamente empapado de sudor. El único deseo que verdaderamente sentía en ese momento era el de meterme bajo la ducha y luego dormir infinitamente, tal vez olvidando las últimas semanas que habían trastornado mi vida. Hubiera querido borrar a Victoria y a su recuerdo pero era imposible. Continuar pensando en ella era mi castigo por haber caído en su trampa.

Pero no había tiempo tampoco para eso. Debíamos empacar e irnos.

—No veo ninguna valija —les dije sombríamente a mis hermanos. Ambos estaban sentados en la mesa de la cocina, Jafet miraba su teléfono como si contuviera verdades irrefutables, mientras que Sem tenía la barbilla apoyada en las palmas de las manos y la mirada perdida en el vacío.

—No las hemos hecho —respondió Jafet.

—¿Qué parte de que debemos dejar lo antes posible la propiedad no les quedó clara?

—Yo de aquí no me voy. —Jafet levantó los ojos del teléfono. Estaba más serio y determinado que nunca.

—Hemos firmado un contrato. Todos estuvimos de acuerdo.

—Sí, pero no sabíamos que nos estaban estafando.

—Vosotros no fuisteis embaucados. Fui yo el que le permitió a Victoria Sanders aprovecharse de mí. Por lo demás, todo está en regla. Hemos cedido el terreno y la casa, nos pagarán y nos iremos.

Sem se puso de pie. —No queremos su dinero.

—Era su dinero también antes de que descubriera el engaño.

—No lo queremos y punto. Rompe el contrato.

—No podemos, ya está firmado, es mi deber honrarlo.

Jafet intervino. —¿O qué? ¿No podemos atrincherarnos en casa y no dejar entrar a nadie?

—No, no podemos. Debimos pensarlo antes. Ya está hecho. Ahora ve a preparar tus valijas.

—¡No! —La reacción de Jafet me dejó sorprendido, casi nunca se revelaba a lo que yo le decía, especialmente cuando se lo decía con el tono que estaba usando en ese momento.

—No quiero irme Cam, no puedes decidir tú por la vida de todos.

Me quedé con la boca abierta. Mi hermano menor acababa de hacerme callar. Nunca se había revelado a mis decisiones, ninguno había osado nunca hacerlo. Dejé la habitación antes de que pudiera impedirselo o antes de que pudiera decirle que era yo quien decidía.

Posé mi mirada en Sem pero con gran estupor para mí porque no encontré un corderito manso y sometido a mis deseos, nada de eso. Encontré dos ojos que ardían como brasas en los míos.

—¿Qué esperabas? ¿Que estuviera contento? Te has dejado fregar en grande y ahora todos nosotros debemos pagar las consecuencias.

Me levanté sin una pizca de paciencia en el cuerpo.

—¿Se puede saber qué coño estás diciendo?

—Simplemente que no eres el único que se encariñó con Victoria. ¿Has pensado en ello,

cabrón? —¿O como de costumbre crees que todo lo que sucede en nuestra familia es culpa o mérito tuyo?

—Yo no creo eso.

—¿Ah, no? Porque yo opino que estás demasiado concentrado en ti mismo. Creo que piensas que todo depende de ti. Bien, escucha una cosa Cam, te estoy por dar una noticia que te dejará atónito: no eres el único amo del destino de todos nosotros.

—Nunca quise serlo —murmuré sintiéndome repentinamente cansado.

—Para ellos era solo un juego, lo has dicho tú mismo, un juego entre ella y su hermano para tomar el control de la empresa. Yo me siento...estafado, engañado, ni siquiera sé cómo decirlo. Tal vez, si no hubiera sido para vencer a su hermana, Jackson Sanders no se habría valido de nuestro cariño por Jafet y nosotros nunca habríamos accedido a firmar.

—Es inútil que seáis tan melodramáticos los dos. Hemos firmado un contrato, estábamos de acuerdo y ahora tenemos que irnos.

—Veremos.

Sem dejó la cocina y se dirigió al piso de arriba. De repente me parecía que me faltaba el aire. ¿Qué les había agarrado a todos? ¿No solo había sido jodido por la mujer que se había adueñado de mi corazón, ahora también se metían mis hermanos a decirme que había cometido el error más grande de mi vida? No podía creerlo.

Media hora después estaba sobre el granero mirando las estrellas. Solo. Habían pasado tan pocos días de la vez anterior, sin embargo todo había cambiado de forma conmovedora. Teniendo a Victoria junto a mí había sentido que podía tocar ese cielo con un dedo, creía que todo sería simple, que todo iría bien. En cambio, habían bastado pocos días para que todo se derrumbara sobre mí, sepultándome.

Cerré los ojos con esa sensación que oprimía mi pecho.

Capítulo 20

Victoria.

Cuando estacioné el auto frente a la casa de huéspedes inmediatamente supe que algo no estaba bien.

Ese algo era alguien: Jackson.

Mi hermano debería haber salido a festejar con sus amigos su victoria y la consecuente adquisición de las industrias Sanders. No tendría que haber estado tirado detrás de la puerta de mi casa, con la barbilla apuntando hacia abajo, el cabello despeinado y el aspecto de un vagabundo borracho. Me aproximé.

—¿Se puede saber qué sucede? —Bajé a su altura y levantó el rostro. Y una pestilencia insoportable a alcohol me golpeó en plena cara.

—¡Jackson! ¿Cómo has podido llegar a esto?

Él me miró con ojos rojos y nublados. —¿Cómo pude, yo? ¡Cómo pudo él! —murmuró.

—¿Él quién? —Deliraba.

—Nuestro padre...

¿Qué estaba diciendo?

—...burlarse de nosotros de una manera tan desagradable...

—¿Pero qué estás balbuceando?

—Estoy hablando de la recompensa.

No conseguía comprender si las palabras que decía tenían un sentido o eran consecuencia del estado lastimoso en el que se encontraba.

—Comienza desde el inicio Jackson, e intenta hacerlo con un cierto orden.

Solo entonces noté que en la mano derecha sostenía una botella que intentó levantar. Estaba medio vacía y contenía tres dedos de un líquido color ámbar. Pero estaba demasiado borracho para llevársela a los labios y resistir a mi presión en el momento en el que se lo impedí.

—Ahora basta. Levántate, entra en casa e intenta despertarte.

Dejé caer la botella al suelo y lo ayudé a levantarse. Entramos en casa con esfuerzo y con más esfuerzo aún conseguí hacerlo sentar en el diván. Le di un vaso de agua y a continuación un café cargado. Luego me paré delante de él esperando ver un destello de lucidez en esos ojos vacíos.

—Comienza desde el inicio.

Suspiró. —Ese maldito bastardo de nuestro padre no me dará nada. Nunca tuvo intenciones de ceder las industrias Sanders al vencedor de su estúpida competencia.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Exactamente lo que has escuchado. Hazme otro puto café, si no quieres tener que limpiar vómito de esta bonita alfombra.

Me puse de pie como una autómatas obedeciendo a su pedido, también porque no podía quedarme quieta después de lo que había oído. —Pero ¿por qué?

—¿Y todavía te lo preguntas? Para ponernos el uno contra el otro. Manipularnos y obtener a través de nosotros el resultado que hace una vida se le escapa.

—Creía que tú ya eras el dueño de todo.

—No soy el dueño de nada. ¿Y sabes que otra cosa quiere decir esto?

Me senté junto a él. Sabía que quería decir, por lo que me anticipé poniendo en palabras la realidad. —Que mandé todo al diablo con Cam por nada. Por la nada más absoluta he tirado al cubo lo único bueno que me había sucedido en la vida.

Se hizo un silencio en el que pensé que, si había creído que no podía sentirme peor, estaba muy equivocada. Ahora que había sabido que nunca había habido nada que ganar, me sentía realmente la más infame de las personas.

—Lindo regalito nos ha hecho nuestro padre —admitió mi hermano.

A pesar de la desesperación debía ser objetiva. —No puedo culparlo por mi comportamiento. Nadie me apuntó una pistola a la cabeza para que arruinara la vida de Cam, engañarlo y...

—¿Has hablado con él?

—Lo intenté, pero no quiere saber nada de mí.

—Tiene razón.

Otra bofetada. Suspiré. —Lo sé, también yo haría lo mismo.

—Es duro —él terminó la frase por mí. Era cierto. Era duro, de hecho era durísimo.

Permanecimos un momento en silencio, él pensando en la competencia que nunca había tenido la posibilidad de ganar y yo en el enorme desastre en el que había transformado mi vida.

—Tal vez hay algo que puedo hacer —murmuré.

—¿Qué?

—Algo para remediar este desastre. No será agradable y necesitaré tu ayuda.

Lo miré. Estaba hecho un completo desastre, no sabía si podría apoyarme en lo que estaba por proponerle y si tendría la lucidez necesaria para comprender y sopesar mis palabras. Y tampoco sabía si serviría de algo. Pero debía hacer el intento.

—No podrá ser peor que lo que he pasado en las últimas veinticuatro horas.

—Entonces duerme, descansa bien porque quiero proponértelo estando sobrio.

Capítulo 21

Cam

No creía que sería tan complicado. ¿Complicado? ¿Por qué no llamaba las cosas, no las situaciones, por su nombre? No había sido complicado, había sido simplemente devastador. No recordaba haber sentido un dolor similar desde el día de la muerte de mis padres. Un sentimiento de abandono y soledad infinitos, la certeza de ser una especie de náufrago en medio del mar. Nadie vendría a salvarme.

Y la misma idéntica sensación la estaba experimentando por Victoria. Había tomado mi corazón y lo había hecho jirones. Y no importaba que hubiera pasado un mes. Un maldito mes que para mí parecía un año. La herida estaba abierta, sangrante, y mi miedo era que me atormentara para siempre. No se trataba de un dolor soportable, compatible con la vida de todos los días, sino de uno lacerante, de esos que te dejan sin aliento, incapaz de reaccionar y de luchar. Sería como una de esas cicatrices que se hacían sentir cuando cambiaba el tiempo, constante y perpetua. Estaba seguro.

—Ey Cam, ¿estás encantado?

Me giré hacia mi hermano Sem mirándolo como si estuviera viéndolo por primera vez en la vida. Estaba de pie delante de él, completamente perdido en mis pensamientos. Sería nuestra última cosecha en ese campo y debíamos organizarnos para buscar uno nuevo. Terreno con casa incluida. No era fácil y no había tiempo que perder, a menos que quisiéramos dormir en el auto por un largo período. Aún no habíamos buscado prácticamente nada, aunque Sem me había llamado la atención dos tardes atrás, haciéndome recordar que dentro de pocos días estaríamos en el medio de la calle. Había sido necesario que él interviniera para despertarme de esa especie de trance. La discusión que había tenido con mis hermanos había sido archivada. El contrato debía ser respetado, quisiéramos o no; si pasábamos de él, la alternativa sería hacer frente a las medidas que tomarían los abogados de los Sanders por el incumplimiento del contrato.

Sem y yo habíamos ido a una agencia de bienes raíces, la más cercana a nuestra casa, en la periferia de Omaha, en un barrio popular, tranquilo, vivaz y lleno de gente.

—Entremos —dije después de haber estacionado el auto junto a la sede. Era extraño, tener que presentarse y preguntar si había algo que se adecuara a lo que nosotros necesitábamos. Tan solo pensarlo era extraño. Pero no teníamos opción. Mi mano estaba sobre el pomo de la puerta de entrada de la agencia cuando sentí que me llamaban.

—¡Cam!

Me giré entrecerrando los ojos. No podía creer que estuviera sucediendo. Había bloqueado su número en el teléfono y ella no se había vuelto a presentar en mi casa. Creía que nunca más la vería.

Me volví. Ahí estaba, con su elegante vestido floreado, zapatos de tacón alto y cabello suelto como una gran señora. Una estupenda, magnífica mujer. Maravillosa. La mujer que había tomado

mi corazón y lo había puesto en una picadora de carne estaba ahí, frente a mí como una aparición. Y yo no era más que un soberano idiota porque, a pesar de todo, me sentía irremediablemente atraído por ella. Pero estaba mal, no podía haber nada peor, nada de lo que tuviera que huir tanto como de Victoria Sanders, estaba en juego mi mismísima supervivencia.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con poca delicadeza.

Me miró con pesar, luego miró a Sem con la misma expresión. Comprendí inmediatamente lo que había sucedido y la rabia se apoderó por completo de mí con la fuerza de un misil.

—Se lo has dicho tú —ladré en dirección a mi hermano.

—De otro modo no habrías accedido a encontrarte con ella —respondió encogiéndose de hombros.

No tenía miedo de mí, aunque debería haberlo tenido; sentía que habían jugado conmigo, me sentía engañado una vez más y no podía soportarlo.

—¿No crees que hay un buen motivo? ¿O debemos dejar que los Sanders continúen tomándonos por idiotas?

No podía pensar que mi propio hermano me había tendido una emboscada.

—Y sin embargo, hay un buen motivo y, si tienes la paciencia de escucharla, tal vez lo comprendas. —Con un esfuerzo enorme moví los ojos de Sem a Victoria y me sentí inmediatamente peor. Era linda, hermosa. Mucho más linda de como la recordaba y tenía una expresión tan triste que me parecía que mi corazón sangraría por la pena de verla tan afligida. Pero la debilidad duró solo un instante. Con el rabillo del ojo vi a mi hermano alejarse apenas y yo me acerqué a ella.

—¿Qué quieres? —ladré.

—Hola —respondió, como si en lugar de haberla ofendido la hubiera saludado amablemente. ¿Era normal que tuviera deseos de estrecharla, abrazarla, tenerla contra mi pecho? Todo era tan absurdo.

—Quisiera odiarte y no entiendo por qué no puedo hacerlo. —Se me había escapado, literalmente había huido de mis labios y era la verdad. Nunca había sido más sincero que en ese momento.

—Lo sé —admitió bajando la mirada y me pareció aún más hermosa. Estaba enloqueciendo.

—Tenía que decirte algo y tuve que contactar a Sem porque temía que tú no quisieras ni siquiera verme pero es algo importante, por lo tanto...

Estaba nerviosa y hubiera querido tomar sus manos entre las mías para decirle que se tranquilizara, pero me obligué a quedarme quieto. No podía permitirme ninguna debilidad, ya me había descubierto bastante permitiéndole hablar.

—Ok, dime lo que tengas que decirme y luego...

No me dio tiempo a terminar. Abrió con manos temblorosas la pequeña cartera de lujo que llevaba sobre su hombro y sacó una pila de hojas de papel arrugadas que reconocí de inmediato. Había soñado con esas hojas por noches y noches, habían sido parte de mis más recurrentes pesadillas, nunca podría olvidarlas.

—Jackson ha invalidado el contrato. El firmante era él y ha decidido romperlo, si para ti está bien. Quedas liberado de la venta del terreno.

Había hablado de prisa, como si tuviera miedo que la interrumpiese y dejase de escucharla.

Alcé los ojos.

—Pero cómo...

—No, no es mérito mío. Solo es culpa de nuestro padre. Nos había puesto a competir uno

contra otro prometiéndole la empresa a quien lograra hacerte firmar el contrato. Pero era todo un engaño, un sucio modo de aprovecharse de nosotros. Cuando Jackson lo comprendió decidió rescindir el contrato. Se lo pedí yo.

—¿Pero tu padre no había previsto que esto podría suceder?

—No ha hecho tiempo de blindar el contrato y eso es precisamente de lo que Jackson se ocupa en la empresa. En pocas palabras, el contrato ahora es nulo, siempre que así lo desees.

—Victoria...

—Sí, lo sé, no tengo un gran mérito en esto. Tal vez hace todo aún más triste y miserable pero...al menos te devolvió tu propiedad.

Contuve la respiración, la garganta me quemaba. —Esto no cambia nada entre nosotros.

Suspiró aún más triste y hermosa. —Imaginé que dirías eso. Está bien, de hecho no, es absurdo que diga eso. No puede estar bien para mí, pero está bien. Solo vine a decirte esto.

Me dio la espalda y yo la vi alejarse percibiendo en mi pecho un dolor tan grande que me parecía que cargaba con todo el peso del mundo en mi espalda.

Capítulo 22

Victoria

Admitir mi culpa con Cam no había traído ningún cambio a nuestra relación. —Nuestra relación —no existía más, no había habido más nada entre nosotros después de que lo había encontrado, con la ayuda de Sem, frente a la agencia de bienes raíces para entregarle el contrato. Él no me había buscado, ni yo lo había hecho. Hubiera sido inútil.

Mi padre casi se había enfermado por lo que había hecho mi hermano, lo había tomado como una traición personal. Para él era impensable que, después de haber alcanzado la meta que había soñado toda la vida, precisamente su hijo hubiera sido capaz de quitársela de las manos. Era absurdo que no hubiera pensado que manipularnos podía tener consecuencias. En su infinito egoísmo no podía comprender que no estaban en juego solo sus intereses y que sus hijos no eran peones que podía mover a gusto en un tablero.

El resultado había sido que ambos nos habíamos alejado de las industrias Sanders. Un corte limpio. Jackson y yo habíamos abierto una sociedad de servicios de consultoría por nuestra cuenta. No tenía nada que ver con la venta de maíz, era pequeña, estaba poco organizada y a duras penas tenía una secretaria que se ocupaba de ambos: Tally. Pero al menos era nuestra y, por cómo iban las cosas, con la habilidad de Jackson y mi experiencia, despegaría dentro de poco.

La sede estaba bastante lejos de la torre Sanders, en un barrio mucho menos lujoso y más accesible a nuestros bolsillos. Pero a pesar de todo, me sentía mejor, en paz, con la conciencia tranquila. Era lo mínimo necesario para resistir todos los días. Resistir, precisamente. No vivir, ni mucho menos disfrutar, sino tirar de alguna manera hasta el final de la jornada para re comenzar la mañana siguiente.

Había dejado la casa de huéspedes de mi padre antes de que él me intimara a hacerlo y estaba buscando una nueva vivienda; mientras tanto me había mudado con Cloe. Para agradecer su hospitalidad, a veces le daba una mano en la tienda por la tarde. Era casi cómico que la farsa que había montado para Cam se estuviera poco a poco convirtiendo en realidad: mi trabajo falso y mi falso hogar de repente se habían convertido en los verdaderos.

Esa tarde Cloe no podría cerrar el negocio porque tenía una cita misteriosa y yo me había ofrecido a hacerlo en su lugar.

—¿Qué te parece?

La veía en el espejo. Se había puesto un par de pantalones azul noche, ajustados en los muslos y anchos en las piernas. Y esa era la parte más normal. La blusa que había escogido era una paleta de colores y caía suavemente sobre su pecho y sus caderas. Le quedaba bien pero no se lo diría hasta que no me revelara el secreto. —Quiero saber con quién sales.

—No lo aprobarías, por eso no te lo digo.

—No he dicho nada, tal vez me gusta.

—Ok, salgo con tu hermano.

Por poco no me ahogo. ¿Mi hermano?— ¿Qué?

—Has oído perfectamente y no te infartes por favor.

—Pero no es posible, tú lo odias y él...

—¿Él piensa que soy un mamarracho? Sí de hecho me lo ha dicho muchísimas veces pero yo comprendí que ocultaba su temor detrás de tanto engreimiento y ahora estamos aquí, en la noche de la cita.

—Realmente no sé qué decir, creo que vosotros dos no tenéis nada en común. En definitiva, visitas mi casa hace una vida y...

Cloe se me acercó y me sonrió. —Y a veces sucede y punto.

Era cierto. Tomó mis manos y me miró a los ojos. —Jackson no es el hombre sin escrúpulos que quiere hacer creer, no del todo, al menos. ¿Por qué piensas que aceptó romper el contrato de compra de Llanura de los Robles? Tu padre es un anciano, ¿cuánto más vivirá? Podría haberse tragado ese sapo y esperar a que en un futuro todo fuera suyo. Por el contrario, corrió el riesgo de ser desheredado por haber tomado esa decisión. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

Asentí. Yo sabía que Jackson en realidad tenía un gran corazón, así como sabía que Cloe nunca se había dejado desalentar por sus modos huraños y bruscos. Era extraño pensarlos juntos: él que solo vestía trajes de sastre, ella excéntrica hasta la médula. Pero eran las personas a las que más quería y sería algo maravilloso que tuvieran un futuro juntos.

—Ten cuidado —le dije a último minuto, con un nudo en la garganta mientras ella tomaba la cartera y salía.

Diez minutos después de que Cloe se fue comenzó a llover a cántaros. Quería decir que no vendría ninguna clienta más. Faltaba solo un cuarto de hora para el cierre, pero si lo anticipaba nadie se quejaría, considerando que el cielo estaba manchado de nubes grises y cargadas de lluvia. Había aprendido la lección y cerré la puerta con llave. Si nuevamente era sorprendida por algún malintencionado, esta vez nadie vendría a salvarme. Suspiré. Esa certeza era más de lo que podía soportar. Cam ya no era parte de mi vida, nunca volvería a serlo. Cuanto antes lo aceptara, mejor sería para mí. Mientras contaba el dinero de la caja escuché que golpeaban la puerta. Rápidamente estiré la cabeza intentando descubrir quién era, pero había bajado tres cuartas partes de la persiana y no conseguía ver nada más que un par de zapatos gastados.

El corazón comenzó a latirme fuerte. Conocía esos zapatos. Los había visto pocas veces pero me eran familiares. Corrí hacia la puerta mientras desde el otro lado continuaban golpeando. La persiana que subía lentamente revelaba poco a poco a mi misterioso visitante y, cuando llegó al pecho, ya sabía de quién se trataba. Era la única persona que no habría esperado ver. Abrí la puerta.

—¡Jafet!

Parecía incómodo y no me miraba a los ojos. Lo hizo solo una vez y luego bajó la vista al suelo.

—¿Qué sucede? ¿Qué haces aquí?

Cambió el peso de un pie al otro sin responder y siempre mirando hacia abajo.

—No sé si esta es tu verdadera dirección pero no sabía dónde más buscarte. —Suspiré. Mis mentiras tendrían secuelas para siempre.

—Si viniste desde tu casa hasta esta zona de la ciudad debe haber un buen motivo.

—Lo hay —respondió levantando finalmente la cabeza.

Esperé en silencio que reuniera el valor de hablar. Debía ser algo importante porque de lo

contrario no habría hecho semejante trayecto, considerando además que me detestaba.

Respiró hondo. —Esta noche él tiene una cita con Gretchen, la cantinera alemana, esa de tetas grandes y cabello rubio.

—Oh, entiendo. —Permanecí un momento en silencio asimilando la noticia. El pecho me dolía y la sensación era como si me estuvieran arrancando algo, un órgano vital, tal vez.

—Bueno, diría que es justo pasar la página y continuar. —Tenía lágrimas en los ojos pero no podía hacer otra cosa. —¿Tú por qué estás aquí diciéndomelo?

Se encogió de hombros. —No quiero a Gretchen. Te prefiero a ti.

Me dieron ganas de reír. —¿A mí? ¡Pero si no me soportas!

—Esa es peor —admitió. —Terminará como en casa de mi amigo Frank, lo presiento. Será un infierno.

Suspiré. —Jafet, quisiera tanto poder hacer algo pero es verdaderamente imposible. Entre Cam y yo todo terminó y lamentablemente, por culpa mía. No hay nada que pueda hacer o decir para que las cosas vuelvan a ser como antes, para que él vuelva conmigo. Por lo tanto, está bien que él intente continuar con su vida y salir con otras mujeres. Me duele, pero es justo. —No conocía otro modo de explicarle la situación a un muchachito.

—Salen esta noche, aún estás a tiempo de detenerlos. Escuché que la lleva al Meeting, creo que es aquí cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—He hecho mis investigaciones —respondió abochornado— esperaba que tú, tal vez...

Lo miré con dulzura y sentí una inmensa ternura por ese jovencito que siempre me había tratado con suficiencia y ahora creía que yo podía ser su salvavidas. —¿Tal vez qué? ¿Crees que yo puedo presentarme ahí y decirles: ¡deténganse! Y después, quizás echar a Gretchen y tomar su sitio junto a tu hermano?

—Más o menos algo parecido, pero si lo dices así haces que suene estúpido.

—No es estúpido Jafet, solo es inútil. Tuve mi oportunidad con Cam, la desperdicié y me arrepentiré para toda la vida. Pero ya pasó y no puedo hacer nada más para remediarlo. —Le acaricié la cabeza aunque hubiera querido abrazarlo y estrecharlo fuerte para consolar su desilusión, pero no creía que me lo hubiera permitido.

—Ok. —Se fue dándose vuelta sin saludarme ni decir nada más y yo lo dejé irse. Cerré la puerta y lentamente me deslicé a lo largo de ella hasta sentarme en el suelo.

Permanecí en esa posición por unos diez minutos intentando vaciar la mente y no pensar en qué hacía Cam en ese preciso instante. Estaba cenando con Gretchen, probablemente riendo de lo que ella decía, aunque imaginar que Cam reía era una empresa realmente ardua. Tal vez estaba...el curso de mis pensamientos fue interrumpido por un enérgico golpeteo.

Debía ser de nuevo Jafet. No, no podía tolerar pasar otra vez por esa situación. Me levanté con poquísima paciencia. Había tratado de explicarle cómo eran las cosas pero, si era necesario, sería dura.

—Ahora tienes que escucharme...

Por segunda vez en mi vida abrí esa puerta con ímpetu y en el instante en el que lo hice pensé, por una fracción de segundo, que me estaba comportando de manera imprudente. Fue solo un momento, no podía detenerme porque ya había abierto. Al instante siguiente lo vi a Cam. La respiración se congeló en mi pecho. Era grande, ocupaba casi toda la puerta. Llevaba el cabello tan corto que parecía rapado, la expresión seria, una chaqueta sobre el jeans y una camisa immaculada. Verlo después de tanto tiempo me dio una sensación de vértigo y al mismo tiempo

infundió dentro de mí el doloroso deseo de arrojarme a sus brazos.

—¿Tu noche? —fue lo primero que se me ocurrió decir, como una estúpida.

Él frunció el ceño pensando tal vez en cómo sabía, pero no me lo preguntó.

—Hubiera sido un error —respondió solamente. Y escuchar su voz, de nuevo, me hizo temblar las piernas.

Nunca hubiera querido formular la pregunta que estaba por hacer, pero mi corazón era demasiado frágil para sufrir otro round y salir indemne. No podría soportar hacerme falsas ilusiones o cultivar esperanzas que nunca se concretarían. Necesitaba certezas, seguridad o nada.

Tomar o dejar que para mí era como vivir o morir.

—¿Qué quieres Cam? —pregunté con la boca completamente seca.

—Te quiero a ti —respondió. Y entró.

Di un paso hacia atrás. —¿A qué te refieres? No querías saber nada y...

Cam respetó la distancia que había puesto entre nosotros deteniéndose. —Me equivoqué. Te equivocaste primero tú y luego lo hice yo. Has comenzado con las peores intenciones pero yo también odiaba a muerte a los Sanders y, si te hubieras presentado en casa diciendo la verdad, probablemente no hubiera querido hablar contigo, nunca habiéramos salido y no habría descubierto que te amo y que no puedo estar lejos de ti.

Me llevé una mano a la boca para ahogar un gemido. Cam se acercó y me tomó por los brazos con sus dos grandes manos.

—Victoria, podrías haber dejado que Jackson conservara la propiedad de Llanura de los Robles y en lugar de ello me la has devuelto. Intenté buscar alternativas a ti, incluso fue lo que he hecho esta misma noche, pero no puedo, simplemente porque no las hay. Eres la única para mí, a pesar de todo. Y no tengo intenciones de dejar ir a la única persona a la que podría amar.

—Entonces no me dejes ir —susurré y luego me abandoné a todo ese amor que sentía, dejando que su abrazo me envolviera.

Epílogo

Cam

El restaurante lo había escogido Cloe y lo único seguro era que nadie sino ella estaría satisfecho con la comida.

Victoria esa noche exhibía una belleza abrumadora, como todas las noches. Habitualmente gozaba el espectáculo de su encanto yo solo, en nuestra casa en Llanura de los Robles, en la habitación, en los campos o sobre el techo del granero, que por la noche seguía siendo nuestro sitio especial.

Pero no esa noche.

Esa noche compartiríamos una cena familiar y habíamos tenido que salir de nuestro retiro para socializar con los otros.

Jackson y Cloe ya habían llegado. Era sorprendente ver cómo ese dandy había cambiado desde que salía con Cloe. Continuaba vistiendo los mismos elegantes trajes, pero era menos bastardo de lo que había sido en el pasado. No se trataba solo de una impresión mía, lo decía también su hermana.

Sem y Jafet completaban la mesa. Les había dicho que se vistieran bien porque no cenaríamos en un fast food, sino en un verdadero restaurante, por lo tanto, al menos peinarse era obligación. Por otra parte, bastaba que los pedidos provinieran de Victoria para que esos dos se pusieran inmediatamente en posición de firmes para acatarlos. Era un misterio que aún debía aclarar, no tanto por Sem que siempre la había apreciado, sino por Jafet, que había transformado la intolerancia hacia ella en una actitud respetuosa. Aún un poco distante, pero de todos modos llena de estima.

Después de la ronda de saludos, Cloe tomó la palabra. —Entonces, ¿a qué debemos esta invitación? —Se dirigía directamente a mí y a Victoria, considerando que éramos nosotros los que habíamos querido reunir a la familia. El camarero nos interrumpió llevando el champagne que habíamos ordenado y hablé mientras Jackson llenaba las copas de todos.

—Estamos aquí para festejar una gran novedad. Llanura de los Robles continuará perteneciendo a la familia Myers pero será administrada con la ayuda de la competencia profesional de mi futura esposa: Victoria Sanders y dentro de poco, Myers.

Se alzó un coro de felicitaciones y un tintineo de copas. Miré a Victoria a los ojos. Cuando le había hecho esa propuesta, no quería aceptar. Le había dicho que se trataba de un paquete completo, que debería tomar todo junto, el matrimonio y la administración de los campos. Ella se conmovió y respondió que no lo merecía.

Victoria se dirigió a su hermano. —Jackson, no te dejaré solo en la dirección de nuestra sociedad. Llevaré adelante ambos compromisos sin problemas, considerando que son dos ámbitos completamente diferentes, no habrá ningún tipo de competencia o conflicto de intereses. Solo te advierto que, cuando nuestro padre ya no esté, y espero que eso sucede lo más tarde posible, si heredas tú las industrias Sanders, seré despiadada contigo y no permitiré que aproveches nuestro

parentesco para hacer adquisiciones.

Sonreímos todos. —Siempre tengo disponible una montaña de ese estiércol letal – dijo Sem – y sé usar muy bien la pala.

Jackson rio. —Me bastó probarlo una vez. He aprendido la lección: nunca meterse contra un Myers. ¿Cierto Jafet?

Y mi hermano, que había estado en silencio hasta ese momento, le guiñó un ojo.

Agradecimientos

No me importa resultar repetitiva y seguramente lo seré, pero como siempre debo agradecer a mi preciada familia, a mi marido y a mis espléndidos niños que me han dado la serenidad necesaria para concentrarme en la escritura y en la publicación de mis novelas. Sin vosotros no podría hacerlo.

Gracias como siempre a mis lectoras, fieles en los buenos y en los malos momentos, como los mejores matrimonios. Sois un gran estímulo y me dais el impulso para continuar creando historias.

Os agradezco anticipadamente si deseáis dejar una breve reseña, me haréis muy feliz.

Hasta la próxima novela.

Gwendolen Hope